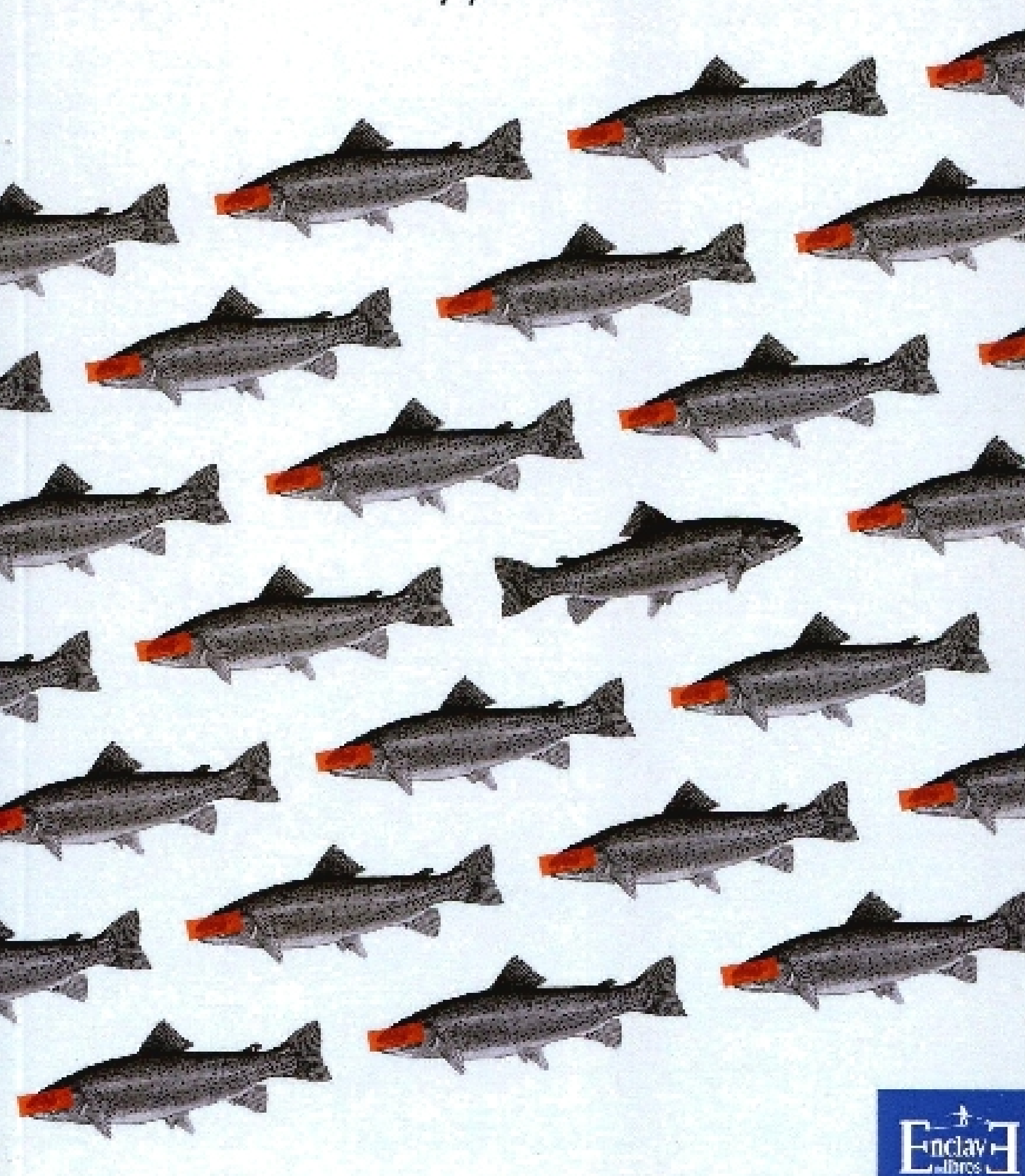
EN EL ACUARIO DE FACEBOOK

EL RESISTIBLE ASCENSO DEL ANARCO-CAPITALISMO

Ippolita



EN EL ACUARIO DE FACEBOOK

EL RESISTIBLE ASCENSO DEL ANARCO-CAPITALISMO

He empezado a hacer un acuario.
Ha ido creciendo más y más.
Hasta que he llegado a hacer un acuario de agua salada.
Entonces he parado y he pensado:
O me voy de aquí
O entro en el acuario

Malcolm

Put a straight lick with a crooked stick

refrán jamaicano

ISBN: 9788494020803
D.L.: M. 19.014-2012

Primera edición: Mayo de 2012
Título: En el acuario de Facebook
Autor: Ippolita
Maquetación y diseño de cubierta:
Iñaki Martín
cna@estudiocna.com
Edición: Enclave de Libros
C/ Relatores, 16
28012 Madrid
enclavedelibros.blogspot.com
Producción gráfica: Impulso

Índice

EN EL ACUARIO DE FACEBOOK

Ippolita

PRIMERA PARTE

TENGO MIL AMIGOS, PERO NO CONOZCO A NINGUNO

La masa como tal necesita atraer hacia ella a otros, posee la determinación apasionada de abarcar a "todos". Al mismo tiempo, reconoce como una constricción todo lo que se opone a su crecimiento y en poco tiempo desarrolla un sentido de persecución. Dicha persecución tiene una doble forma. La agresión exterior a la masa, como por ejemplo la crítica llevada a cabo por los órganos de prensa oficiales, no puede sino hacerla más fuerte, la reafirma en sus propias posiciones; por el contrario, la agresión desde el interior, es decir la defección, la pérdida de usuarios, es verdaderamente peligrosa. Los que se desvinculan y abandonan son percibidos como traidores, y su gesto individual como un chantaje, como una acción inmoral. La masa es siempre una «fortaleza sitiada» en dos frentes, dentro y fuera de los muros.

Elias Canetti

Instrucciones de uso: default power

Facebook tiene 800 millones de usuarios, Windows Live Messenger 350 millones, Twitter 300 millones, Linkedin 130 millones, Google+ ha entrado con prepotencia en la competición. Cada día estos números crecen, nacen nuevas redes sociales. No se trata de un fenómeno occidental, ni es característico de sociedades supuestamente democráticas: decenas de millones de rusos usan Vkontakte, redes sociales chinas (severamente controladas por las autoridades) como QZone y RenRen suman muchos centenares de millones de usuarios, y el gobierno iraní promueve Cloob. La gran mayoría de estos usuarios deja sin modificar la configuración por defecto de las plataformas de las redes sociales. Cuando esta configuración cambia, como por ejemplo ocurrió en repetidas ocasiones en 2010, por las modificaciones realizadas en la configuración de la *privacy* de Facebook, la mayoría deja sin cambio la nueva configuración por defecto. Esto es el *default power*: el poder de cambiar la vida *online* de millones de usuarios, sólo modificando unos pocos parámetros. Todo es público, todo se puede hacer con poco esfuerzo: cerrarles las cuentas a los que les gustan los gatos; tener bajo control las fotos de quien dice ser sentimentalmente libre.

En el próximo *login*, nuestro perfil *online* podría ser muy distinto del que conocemos: como si, volviendo a casa, descubriésemos que ha cambiado el mobiliario, que las cosas ya no están en su sitio. Esta es la premisa que siempre deberíamos tener en cuenta cuando

hablamos de redes de masas: nadie entre nosotros quiere ser parte de la masa, pero cuando utilizamos estas redes, somos la masa. Y la masa está sujeta al *default power*.

En el principio era Google

A comienzos de 2006, cuando la Web social estaba todavía en manos de unos pocos elegidos (en Estados Unidos las universidades de Ivy League, además de Stanford, acababan de adherirse en masa a Facebook), Ippolita publicaba *Open non è Free*[1]. Abierto no quiere decir libre, o sea el *Open Source* no es lo mismo que el *Free Software*, la libertad cuesta mucho, mientras que abrirse al libre mercado permite ganar un montón de dinero. La acogida del libro fue modesta, por no decir escasa. En lugar de buscar un enfoque más sencillo, animados por reflexiones de alto calado filosófico, nos decantamos entonces por subir el listón. El proceso en curso nos parecía del todo evidente: una transición crucial desde la epistemología hasta la ontología en los mundos digitales. El "qué" (lo que conoces) iba a ser sustituido rápidamente por el "quién" (lo que eres); la gestión del conocimiento se volvía construcción y gestión de la identidad.

Desde luego, el tema es de tal complejidad que hace aumentar el pulso, y, lo que es peor, de escasísimo interés para un público no especializado. En fin, nos parecía que una reflexión acerca de las transformaciones de la informática dirigida a un número reducido de especialistas tendría bastante poca importancia. Así que, para facilitarnos la tarea, la decisión cayó sobre... ¡Google![2] El actor más gigantesco en este dominio, el motor de búsqueda más famoso, el más utilizado y versátil. Su objetivo (*Mission*, un credo articulado

[1] Ippolita, *Open non è free. Comunità digitali fra etica hacker e libero mercato*, Milano, Elèuthera, 2005.

[2] Ippolita, *Luci e ombre di Google*, Milano, Feltrinelli, 2007; *Le côté obscur de Google*, Paris, Payot & Rivages; *El lado oscuro de Google*, Barcelona, Virus, 2010.

incluso con *Evangelists*, evangelistas que difunden la «buena nueva digital») es la organización de todo el conocimiento del mundo. Según las declaraciones del entonces CEO del gigante de Mountain View, Eric Schmidt, se trata de una empresa global de las tecnologías de la información «que vale 100 billones de dólares».

Sin embargo, Google sólo es un ejemplo de la deriva en curso, es decir de la extensión global de prácticas de delegación de las «intenciones de búsqueda» en un sujeto hegemónico. La visión del mundo futuro de Google está claramente expresada en el botón «Voy a tener suerte»: quien desea y realiza mis deseos es un sujeto tecnócrata en el que pongo toda mi confianza. Yo soy lo que Google sabe (mi ontología es la epistemología de Google). Mis búsquedas y mis desplazamientos *online*, mis consultas y mis preferencias, mis correos electrónicos y mis fotos, mis mensajes privados y públicos, todo lo que compone mi identidad lo gestiona Google «para mi bien».

El libro *Luci e ombre di Google*, gracias también a su difusión *copyleft*, ha circulado en varios idiomas. Y, sin embargo, aunque Google sigue dando que hablar, no hay ningún nuevo análisis que intente romper las jaulas, por un lado, de la especialización «para unos pocos elegidos» (se multiplican los estudios sobre los algoritmos de indexación), y por el otro, de la banal puesta al día de nuevas funciones (no faltan recopilatorios, rápidamente obsoletos, de los diez servicios de Google para forrarse en la Web). Pero en el *cloud computing* («nubes» de datos), se difunde la *FOG*: no se trata de niebla, sino de miedo (*Fear Of Google*); miedo de que un monopolio del conocimiento represente una amenaza no sólo para los individuos, sino también para empresas y autoridades estatales o extra-estatales; el peligro de un control capilar del *business* y de los poderes constituidos (el antaño llamado complejo militar-industrial). Estados más o menos autoritarios, Authority Antitrust, empresas y particulares ponen demandas millonarias. Sin embargo, en la época del triunfante libre mercado, no cuesta tanto imaginar que el «todo gratis» en el fondo quiere decir pagar los servicios de otra forma: a

través de un control en continuo perfeccionamiento. Alguien debe conocerlo todo para que los usuarios avanzados puedan conseguir su libertad: un objeto personalizado, único, para cada uno.

¿Ha cambiado algo desde 2006? Realmente, no mucho. Las docenas de nuevos servicios no han hecho sino confirmar el espíritu totalitario del proyecto: «organizar el conocimiento de todo el mundo». Google es cada vez más el ejemplo de la «webización» de todo. Sus «armas» siguen siendo las mismas: sobriedad y eficiencia; filosofía académica de la excelencia (Stanford, Silicon Valley); capitalismo blando (gratificaciones, *brand & corporate identity*); explotación del código *open source*. Es cierto, Google parece ya mayor, casi renquea tras los «nuevos actores de la Web 2.0», ¡aquellos que hacen el *social networking*! Después de los catastróficos fracasos de Google Wave y Google Buzz, hemos llegado al giro verdaderamente «social» del «gigante bueno» con Google+ y sus círculos de relaciones, inmediatamente plagiados por Facebook para mitigar las críticas acerca de la difícil gestión de la *privacy*. Mientras tanto, otros competidores agresivos han conquistado posiciones de poder.

La era de la «distratención»[3] democrática

La Web 2.0[4] es un conjunto de comportamientos más que de nuevas tecnologías. «Estar *online* y charlar con los amigos», «publicar fotos, textos, vídeos, etc., e intercambiarlos con la *community*», «¡estar conectados, al paso con los tiempos, participar del mundo *online*!». En una palabra, el imperativo es «¡comparte!». Quizás el mayor bulo jamás visto, y con un asombroso éxito de público, si consideramos los números. ¿Y los chats? ¿Los *blogs*? ¿Las listas de correo? ¿Los

---

[3] fusión de los términos distracción y atención (N. del T.).

[4] Ippolita, Geert Lovink, Ned Rossiter, *The Digital Given. 10 Theses on web 2.0* http://networkcultures.org/wpmu/geert/2009/06/15/the-digital-given-10-web-20-theses-by-ippolita-geert-lovink-ned-rossiter/

foros de discusión? ¿El p2p? ¿El VOIP? ¿Es que no bastaban para compartir? Pues no, porque de acuerdo con la ley del crecimiento ilimitado, difundida por el turbo-capitalismo californiano, lo mejor es siempre lo más grande o quizás lo más pequeño pero más potente y más rápido. Resulta que todos estamos entusiasmados a la vez que afligidos por esta ideología contemporánea. Nuestro nuevo teléfono móvil es más potente que nuestro viejo ordenador, nuestro ordenador portátil tiene más capacidad que el viejo servidor de nuestra empresa, nuestro nuevo *e-mail* puede enviar más datos adjuntos que todos los mensajes enviados hasta ahora, nuestra nueva cámara de fotos tiene una resolución superior a nuestro viejo televisor.

Con Facebook, la ideología del «todo y ya, pero más rápido» ha entrado en una nueva fase que tiene tintes religiosos. La promesa salvadora es: «comparte y serás feliz». Más de ochocientos millones de usuarios («censo» de diciembre de 2011, más o menos el equivalente de la población de la Unión Europea y de los Estados Unidos juntos), un crecimiento tan espectacular, un fenómeno global y, sin embargo, tan localizado en grupos de «amigos» no podía dejar de atraer la atención de Ippolita. Es necesaria una crítica radical de Facebook, no sólo porque siempre se dispara contra el más poderoso, sino también porque dicha crítica encaja de lleno con las tácticas de Ippolita: imaginar posibles herramientas de autogestión y autonomía, no desde lo alto de una teoría llana y perfecta, sino desde las prácticas cotidianas de uso, abuso y subversión de las tecnologías que construyen nuestros mundos.

Si adoráis Facebook (y lo mismo vale para Linkedin, Twitter, My Space, GroupOn, etc.) hasta el punto de que no estáis dispuestos a mirar un poco más a fondo lo que hay detrás del escenario, no hace falta que sigáis con la lectura. El objetivo no es convencer de que Facebook es la encarnación del mal, sino utilizarlo para comprender el presente. Esta no es una investigación objetiva, todo lo contrario, es subjetiva, posicionada y parcial, basada en un asunto muy claro: la Web 2.0, con Facebook a la cabeza, son fenómenos de delegación

tecnócrata y, como tales, peligrosos. Y esto sin tener en cuenta la funcionalidad de las mismas herramientas, el hecho de que funcionen bien o mal, de que nos gusten o las detestemos, de que seamos usuarios completamente sumisos e ingenuos o manitas muy listos.

El postulado común de las investigaciones de Ippolita es muy simple: conectarse a una red significa trazar una relación desde un punto de partida hacia otro punto. En un sentido, significa abrir ventanas personales a un mundo; en otro significa, a la vez, abrir las propias puertas a ese mundo. La apertura y el intercambio no son prácticas fáciles, automáticas o naturales. Hacen falta competencias adecuadas que hay que construir sobre la base de las propias exigencias personales. No es posible ninguna seguridad absoluta, lo único realmente seguro es evitar conectarse. Como nosotros deseamos conectarnos con los Otros, y queremos crear herramientas para satisfacer estos deseos, no queremos renunciar a relacionarnos. Por otro lado, tampoco queremos aceptar pasivamente toda «novedad» tecnológica como si fuera un irrenunciable instrumento de liberación.

La difusión capilar de las redes sociales conlleva dinámicas de exclusión que ya experimentamos en la época del *boom* de la telefonía móvil. Si no posees una cuenta en Facebook, no sólo no formas parte de una minoría, sino que sencilla y radicalmente no existes; y se hace difícil mantener el contacto con los demás, más aún si no has tenido relaciones anteriores al mágico mundo de las redes sociales; por ejemplo, por razones de edad: los adolescentes sufren una mayor presión social para que adopten de manera exclusiva este tipo de herramientas. Afortunadamente, son casi siempre mucho más listos y competentes que los adultos en la gestión de las mismas, pues han nacido y crecido en un mundo interconectado digitalmente, del que conocen luces y sombras por experiencia personal. Desafortunadamente, por lo general no tienen ninguna memoria histórica y piensan erróneamente que son del todo diferentes de las generaciones anteriores, con problemas totalmente nuevos y herramientas completamente innovadoras para gestionarlos y solu-

cionarlos. El hecho de que te pongan en ridículo en tu propio muro de Facebook quizás no sea tan distinto de las bromas en cualquier grupo de adolescentes en todas las latitudes y en todos los tiempos. Las cuestiones sociales son sobre todo cuestiones humanas, de relaciones entre seres humanos, integrados cada uno de ellos en su ambiente. A pesar de la película brillante de las pantallas táctiles, la civilización 2.0 es muy parecida a todas las anteriores, porque los seres humanos continúan buscando la atención de sus iguales, necesitan nutrirse, dormir, mantener relaciones de amistad, dar sentido al mundo que habitan; siguen enamorándose y defraudándose, soñando y esperando, engañándose y robándose, haciéndose daño y matándose. En una palabra, también en la era de las redes sociales digitales, los seres humanos deben vérselas con la consciencia de la finitud de su propio ser en el tiempo (la incomprensibilidad de la muerte) y en el espacio (el escándalo de la existencia de los otros, de un mundo exterior). Aunque, como veremos, en la época de la «distratención» global es realmente arduo poner en práctica políticas adecuadas, pues todos están tan atareados en chatear, fotografiar, *postear*, teclear mensajes, *twittear* que ya no disponen del tiempo ni de las capacidades para cultivar relaciones significativas.

De todos modos, a pesar de que el cuerpo y el lenguaje siguen siendo los límites compartidos de la experiencia humana, una parte mayoritaria del mundo adulto tiende a renunciar a cualquier comprensión y fomenta a la utilización consciente de las tecnologías digitales. Quizás atemorizados por la sensación de no dar la talla, a causa del galopante mito de la juventud en nuestras sociedades dirigidas por viejos rehechos mediante la cirugía estética, muchos reniegan del roce con las tecnologías digitales, sobre todo con aquellas que requieren una mayor implicación social, y se encierran en una suerte de desalentado «de eso yo no entiendo nada», llegando en muchos casos al ludismo de los que no quieren absolutamente oír hablar de Internet y similares. Corrobora esta percepción de novedad total la nefasta categoría de los tecno-entusiastas, defensores, ellos

sí, del Internet-centrismo por el que todo está destinado a pasar por Internet, desde las relaciones interpersonales a las compras, desde la política local a la internacional, desde la salud a la formación. El Internet 2.0 sería la realización *online* de un mundo perfectamente democrático en el cual cada *netizen* (*net citizen*, ciudadano de la red) contribuye al bienestar común, sobre todo en cuanto consumidor.

Existen muchas variantes de ciber-utopistas de este tipo. Los conservadores más extremistas son los huérfanos de la Guerra Fría, que siguen aún convencidos de que el bloque soviético se derrumbó por arte de magia, al cabo de unos pocos meses del otoño caliente de 1989 bajo la presión de las radios libres financiadas por la CIA y a causa de los *samizdat* filo-occidentales difundidos gracias a las nuevas tecnologías de la época (fax y fotocopiadoras); en definitiva, por la presión de la libre información. Resulta muy consolador difundir el cuento de la impalpable información libre occidental que derribó a la hidra soviética, en lugar de reflexionar sobre la insostenibilidad económica y política de ese sistema, sobre los errores de los jerarcas, o, quizás, escarbar en los archivos pre-Glasnost para construir un sólido conocimiento histórico. La fábula cuenta que un buen día, de repente, las poblaciones del otro lado del telón de acero descubrieron que su rey estaba desnudo, que los fusiles filo-gubernamentales, aunque cargados, no se iban a usar en contra de ellos, y sobre todo que los centros comerciales occidentales estaban repletos de maravillas sin comparación posible con los miserables productos de bajísima calidad de las dictaduras comunistas. Así, las poblaciones sometidas al Pacto de Varsovia, iluminadas por los subversivos media occidentales, se rebelaron justamente para poder tener acceso a la libertad del mercado.

Una vez confirmado el capitalismo como única vía, parecía que los conservadores ya casi no tuviesen enemigos que combatir: el fin de la historia proclamado por ultra-liberales como Francis Fukuyama parecía ser la única y triste constatación, por más que el panorama del consumismo global que se iba afirmando

en los años noventa pareciera atractivo. Sin embargo, China no se derrumbó después de los sucesos de la plaza de Tiananmen, todo lo contrario, tomó la vía capitalista sin modificar su carácter despótico. Desde las guerras del Golfo trasmitidas por la CNN, hasta la primavera árabe en Facebook y Twitter, los medios en tiempo real no han traído la democracia automáticamente, pero han permitido a los occidentales sentirse parte del espectáculo global, quedándose cómodamente sentados en sus sillones. Casi todos los viejos dictadores están aún en su sitio, mientras que otros nuevos han aparecido en la escena mundial en cada continente. Todas estas noticias resultan óptimas para los belicistas, porque las guerras digitales parecen más necesarias que nunca para afirmar una y otra vez la sociedad triunfante del libre mercado.

Resulta fácil identificar a los conservadores ciber-utopistas: son aquellos que hablan de Internet y de las herramientas de comunicación de la Web 2.0 como de misiles de la libertad que apuntan hacia los regímenes autoritarios. Son aquellos que bendicen a los *bloggers* iraníes, egipcios, tunecinos, sirios o cubanos como otros tantos agentes secretos filo-occidentales, hordas de guerrilleros del libre mercado, poniéndolos así en peligro aún más de lo que ya estaban. Financian fundaciones y programas de guerra informática para apuñalar a los dictadores contemporáneos con la fuerza de la libertad de palabra, para difundir sistemas contra la represión capaces de perforar los *firewalls* de la censura y provocar la sublevación de las masas oprimidas.

Los ciber-utopistas progresistas están menos cómodos con las alegorías militares, aunque hablan igualmente de la libertad de Internet como de un punto irrenunciable de la agenda de gobierno para realizar una sociedad más libre y justa. Están convencidos de que la libre circulación de las informaciones es una formidable herramienta de democracia; con mayor razón ejercen de evangelizadores demócratas de la Web 2.0, pues allá donde son los usuarios quienes generan la mayoría de los contenidos, la democracia debería surgir

espontáneamente, como si de un efecto colateral de Internet se tratara. Desde su óptica, la penetración capilar de la automatización informática de la sociedad traerá automáticamente la democracia global.

Conservadores o progresistas, los gurús de Internet difunden la lógica perversa de la cibernética social, un mecanismo de retroacción jamás comprobado, según el cual a la participación en la Web 2.0 le corresponde automáticamente un mayor nivel de democracia. Igual que toda fe progresista, también la ciber-utópica se fundamenta en el postulado de que la historia tiene un desarrollo lineal, que el Progreso siempre es un bien, incluso cuantificable en términos numéricos. En esta sencilla ecuación utópica, la participación *online* es a la democracia lo que el PIB al bienestar de una sociedad. ¡Ha llegado la era de la libertad y los regímenes autoritarios están a punto de derrumbarse a golpes de *tweet*! Mientras tanto, las democracias occidentales se vuelven cada vez más democráticas porque los ciudadanos están más informados, pueden acceder cuando y como quieran a la verdad puesta a su disposición por las redes digitales y gestionada para su bien por unas sociedades privadas. Es prácticamente imposible que los ciudadanos conectados y conscientes padezcan los abusos de las administraciones corruptas, la manipulación del marketing, la propaganda de los extremistas religiosos, nacionalistas y xenófobos, las estafas de los maliciosos, la violencia oculta en muchas relaciones sociales (que en inglés se conocen con el nombre de *mobbing* o *stalking*), los chantajes del crimen organizado. El ciber-ciudadano elige siempre de forma consciente. En definitiva, la ignorancia sería un problema residual, las guerras una cuestión de falta de información; hasta el hambre y la pobreza se resolverían con la abundancia de las informaciones y relaciones gratuitas, establecidas en la gran plaza democrática de Internet.

Hoy más que nunca nos hallamos sumergidos en sociedades del conocimiento; nos han hablado de redes que favorecen el libre flujo de las informaciones, además del dinero, y de cómo esta circulación traería bienestar, riqueza y felicidad para todos. Desde la

riqueza de las naciones hemos llegado a la riqueza de las redes, a la democracia global conectada a escala local. Sin embargo, una mirada a la realidad que nos circunda, aunque no tuviésemos en cuenta la crisis económica y financiera que está sacudiendo al sistema capitalista global, pone en evidencia que el ciber-utopismo es un espejismo, y que la democracia 2.0 no tiene nada que ver con la sociedad abierta liberal, ni tampoco con una sociedad revolucionaria de individuos autónomos, capaces de gestionar juntos un mundo común bajo dinámicas no autoritarias. Es más, desde ahora podemos afirmar que las formas sociales 2.0 presentan notables afinidades con el modelo de la sociedad cerrada imaginado por el liberal Popper en contraste con la democracia occidental.

El entusiasmo mostrado por las redes, y más aún por la sociabilidad en la red, es un fenómeno clásico que se verifica puntualmente en cuanto emerge una nueva tecnología mediática. En efecto, con cada ola tecnológica, ejércitos de expertos y futurólogos se prodigan en exaltar las progresivas suertes de la humanidad, revelando haber entendido la lógica intrínseca de esta o aquella tecnología. Así, la prensa ha sido considerada como lo que ha impulsado las democracias en Europa; cuando llegó el telégrafo, la guerra parecía una idea absurda de una época pasada en la cual las personas no podían comunicarse entre sí; la radio, prometedora tecnología con la que en teoría todos podían emitir y recibir, fue promovida como herramienta de una nueva era de paz; la televisión prometía hacernos ver lo que ocurría en el otro extremo del mundo, de manera que se sacarían a la luz los horrores de la guerra y, por consiguiente, se evitarían. Bien, las guerras de religión han estallado también gracias a la prensa, cuya ayuda ha resultado indispensable para los nacionalismos y la construcción de las modernas burocracias estatales; el telégrafo ha sido un instrumento fundamental en la destrucción del Lejano Oeste y de los nativos americanos; la radio ha sido el arma de propaganda más poderosa de los regímenes fascistas y nazis, hasta llegar a los genocidios étnicos de Yugoslavia y Ruanda; y la

televisión, el sedante de las masas de consumidores y el púlpito de los telepredicadores más agresivos.

La euforia mediática siempre tiende a equivocarse, porque se fundamenta en el principio subyacente del determinismo tecnológico, una fe firmemente ilustrada según la cual la información es emancipadora y el conocimiento, las ideas revolucionarias y el Progreso un horizonte ineluctable. Sin embargo, si los medios de comunicación son intrínsicamente democráticos, y si la llegada de los *social media* anda pareja con la tan esperada revolución por la que los individuos participan en primera persona en la construcción de la sociedad, entonces no hace falta esforzarse. La narración del determinismo tecnológico se basa en una presunta necesidad histórica, según la cual el peso de las elecciones individuales sería nulo o irrelevante. En esto se parece a la dialéctica marxista: hay que imponer la libertad, porque la tecnología es libre de por sí, portadora de los derechos humanos universales, independientemente de las personas, así como es inevitable la dictadura del proletariado. De esta manera se oculta el hecho de que las empresas que están detrás de la explosión de los *social media* no son simples partidarios, a su pesar, de un proceso histórico inevitable; al revés, son agentes activos que persiguen sus propios intereses. No hay que dar por supuesto que la *privacy* es un concepto obsoleto porque la sociedad, tecnológicamente determinada, marche hacia la transparencia total; son Facebook, Google, Twitter, Amazon y otros semejantes los que necesitan desmantelar la *privacy* para poder instaurar el reino del consumo personalizado.

El investigador bielorruso Evgeny Morozov, uno de los pocos estudiosos que alertó contra las ingenuidades de la red, contra el fideísmo tecnológico y el Internet-centrismo, nos recuerda que la esencia de la tecnología nunca es tecnológica, sino que es analizable en términos sociales, políticos, económicos, psicológicos, antropológicos; por tanto, sería absurdo considerar Internet un objeto en sí, exquisitamente tecnológico, que absorbe y media cualquier

otro discurso. Propiedad aristotélica más que categoría kantiana, la tecnología es una suerte de *passpartout* conceptual y discursivo: el objeto tecnológico parece dotado de esta propiedad virtuosa, la "tecnologicidad", en tanto encarnación de un ideal tecnológico, ideal que en el objeto de alta tecnología se halla exactamente en su lugar natural; una propiedad sin ningún significado concreto, como la "caballinidad", propiedad del caballo, o la humanidad, típica del ser humano. Hay que entrar en materia evitando refugiarse detrás de palabras ambiguas.

Por otro lado, conviene evitar también el riesgo opuesto, es decir el «banal rechazo de creer que algunas tecnologías, por su misma naturaleza, una vez se encuentren inmersas en un ambiente social favorable, estén más dirigidas a producir ciertos resultados sociales y políticos que otras»[5]. Se suele decir que todo depende del uso que se hace de una tecnología, porque la tecnología no es ni buena ni mala en sí, es neutral. Falso. La tecnología no es para nada neutral: cada herramienta tiene características precisas que hay que analizar y razonar de manera específica. Sin embargo, sería conveniente poner la cuestión en un marco general. La técnica es potencia, el uso de las herramientas tecnológicas implica la práctica de una capacidad, fruto de un conocimiento mediante el cual el usuario se coloca en una dinámica de poder situada «en relación con»; tampoco el uso de una tecnología es neutral, pues modifica la personalidad del usuario. El fontanero es fontanero como consecuencia de su saber-poder. El punto crucial es que el uso de instrumentos de comunicación, dedicados explícitamente a lo social, no sólo modifica la identidad de los usuarios particulares, sino también la identidad colectiva. La utilización de la tecnología en el marco social es una fuente de socio-poder. Llamamos socio-poderes a

---

[5] Evgeny Morozov, *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*, Allen Lane. Penguin Books, 2011.

> las fuerzas condicionantes que plasman la relación entre individuos y colectividad, expresadas en los dispositivos injertados en el menudo y cotidiano despliegue del proceso de socialización, o sea en todos esos momentos en los cuales la subjetividad se relaciona con las creencias comunes, las normas de comportamiento, los cánones del juicio, las nociones de pertenencia y exclusión y con el concepto de desviación. [...] El poder activa tanto mecanismos (la sanción) como resultados (la producción de una determinada conducta) análogos a los del proceso de socialización. La diferencia estriba en los dispositivos: mientras que al poder, por lo general, se le puede identificar en momentos específicos, el socio-poder es holístico, difuso y omnipresente, activo en la organización del conocimiento y en la reglamentación de las praxis. Por tanto, no hay que considerar el socio-poder simplemente como la capacidad de determinar la conducta de los demás por medio de la fuerza, pues concierne más bien a la más sutil y menos evidente capacidad de plasmar, hacer más o menos deseable una cierta acción; de sugerir, persuadir, generar actitudes[6].

Esta perspectiva se aleja notablemente de la posición de Morozov, que como sincero demócrata que es, dice creer de verdad en la supuesta misión de los gobiernos occidentales de exportar la democracia a todo el mundo. Por un lado, si el socio-poder es difuso, es fundamental desplazar la atención de los grandes actores más o menos opresivos (gobiernos, empresas, políticas internacionales) hacia los pequeños residuos y las conductas anómalas que construyen líneas de fuga concretas en la vida cotidiana. Hoy no tiene sentido denunciar meramente la interferencia de los *social media* en lo social, como si la culpa de que la gente ya no se hable en persona fuera toda de Facebook, sin escarbar un poco más a fondo; especialmente si se considera que la mayoría de las veces son las personas mismas las que requieren abiertamente dicha interferencia y la hacen posible. Por otro lado, en el intento de tomar una correcta distancia analítica con esos mismos grandes actores que parecen determinantes y, a la vez, plenamente representativos del *Zeitgeist* de la sociedad del conoci-

[6] Stefano Boni, *Culture e poteri*, Milano, Elèuthera, 2011.

miento, se tendrá que evitar creer que todo nuevo *gadget* tecnológico sea una herramienta potencial de mayor libertad y democracia que, por alguna extraña razón, se revele como un formidable instrumento de opresión. Así que intentaremos arrojar luz arqueológicamente sobre las motivaciones políticas, económicas e históricas que llevan por ejemplo a Facebook a propagar el verbo de la puesta en común como panacea de todos los males de la sociedad. De todas formas, tendremos muy presentes los agudos análisis de Morozov a propósito de la facilidad con la cual los regímenes dictatoriales han adoptado la filosofía 2.0 para controlar mejor la población. Lo cierto es que hay que analizar específicamente los nuevos modos de relación que están emergiendo entre las personas. ¿Qué es, en concreto, lo que no nos gusta de la Web 2.0 y de Facebook en particular?

Dinámicas sociales: homofilia y voyeurismo

Facebook promueve la homofilia[7], la fascinación recíproca de quien se siente parte de la misma identidad, que no tiene nada que ver con la afinidad. Los «amigos» de Facebook, al menos formalmente, son individuos que comparten el amor para las mismas cosas. Nos gusta esto. Puede que en un futuro se añada también «no nos gusta esto otro», aunque es dudoso, pues el disenso genera discusión. Participaremos en este evento. Somos iguales, por eso estamos tan juntitos y nos intercambiamos *posts*, mensajes, fotos, «rega-

[7] Millar McPherson, Lynn Smith-Lowin and James M. Cook, «Birds of a Feather: Homophily in Social Networks», *Annual Review of Sociology*, Vol. 27: 415-444 (Volume publication date August 2001) DOI: 10.1146/ANNUREV.SOC.27.1.415. Las raíces de la homofilia se hunden en la filosofía griega clásica y Aristóteles (*Ética Nicomachea*), estando Platón (*Fedro*) en cabeza. Puede que la heterofilia se remonte al menos a la sofística (Protágoras y Gorgias sobre todo) y al interés de Heródoto (*Historias, I, 1*) por los «bárbaros» (Egipcios, Persas, Babilonios), cuyas maravillosas culturas a menudo los Griegos consideran ejemplares. En el marco de las redes sociales, habría que explorarla en las formas del pensamiento de la diferencia y del devenir.

los», juguetes, *poke*. Los intercambios sociales se regulan siguiendo el principio de lo idéntico. La dialéctica es imposible, el conflicto está estructuralmente prohibido, la evolución (cruce, intercambio y selección de diferencias) queda bloqueada. Estamos entre nosotros porque nos reconocemos en la misma identidad; fuera, las conductas anómalas, la diversidad no existen, no nos conciernen en absoluto.

Desde un punto de vista social, la homofilia conlleva la tendencia a la creación de grupos homogéneos de personas que literalmente se reflejan unos en otros. Exactamente lo opuesto a la afinidad, una dinámica en la que se postula la diferencia; es más, se valora como el fundamento de toda relación posible. En las relaciones de afinidad, los individuos se perciben y se relacionan entre sí como haces diferenciales que presentan rasgos similares, cierto aire de familia que facilita la interacción. Queda excluida toda adecuación al grupo, porque es la unicidad del individuo y no su homogeneidad la que crea valor.

La consecuencia lógica de una estructuración social en pequeños grupos homogéneos, desde unos pocos centenares de «amigos» a unos miles de «*fans*», consiste en la instauración de las dinámicas sociales propias de un pequeño país. Todos lo saben todo de todos. El control social es difuso, implícito en cada relación. Aunque en teoría se pueden establecer muchos niveles distintos de puesta en común de las informaciones publicadas en el propio perfil personal, concretamente la tendencia es la de hacer circular todo al máximo, en círculos concéntricos cada vez más amplios, hasta volverse transparentes para «toda la red de Internet». La razón declarada es que «Facebook está basado en el concepto de la puesta en común» y está programado para «ayudarte a que te encuentres y conectes con los demás de manera sencilla»[8]. Las razones económicas, que trataremos en detalle más adelante, están claras: «incitar a las personas a ser públicas aumenta los ingresos [publicitarios]. [...] La tecnología lo

[8] http://www.Facebook.com/policy.php

hace todo fácil, más visible y accesible. La tecnología está muy, muy alineada con el mercado».[9]

De esta manera la ideología de la puesta en común de la Web 2.0, organizada según los cánones de la homofilia, convierte la delación de los comportamientos de los demás en una práctica social aceptada y alentada, y la autodelación en regla de oro de la convivencia. Anteayer fulano estaba en la fiesta de mengano, aquí están las fotos, di que te gustan y compártelas con tus «amigos». Actualiza ahora tu perfil y cuéntale a todos en bucle lo que te gusta, dónde estás, con quién, qué haces; y dinos también cuál es tu marca preferida de vaqueros, tu posición preferida en la cama, porque si te interesa un lubricante excepcional del gusto que te agrada, disponemos de una publicidad personalizada del producto ideal para ti, aquí lo tienes en bandeja al instante...

Si la identidad grupal está construida sobre la base de sentimientos tan sencillos como «me gusta», por un lado es necesario repetir continuamente lo que te gusta y lo que no te gusta; por otro, también hay que conocer en tiempo real lo que les gusta a los demás, para evitar desagradables desviaciones de la identidad que refuerza nuestro sentido de pertenencia. Consolidar la identidad implica tanto el autocontrol de sí como de los demás. No es oportuno decir que esta cosa no te gusta lo más mínimo, que no aguantas a esta persona que aparece entre los amigos de tus amigos; es mucho mejor pasar. El conflicto creativo es sustituido por la indiferencia como estilo relacional, e incluso por sutiles mezquindades, como enviar por puro despecho fotos en las que otros no han salido bien. Se contesta rápido a los que nos contestan rápidamente, mientras que se dejan en espera las peticiones de puesta en común, de comentarios y de «me gusta» del que no ha sido solícito con nosotros, creando así una contabilidad relacional implícita y subterránea.

[9] Erica Naone, «The Changing Nature of Privacy on Facebook – Microsoft's Danah Boyd on social networking» *Technology Review*, http://www.technologyreview.com/web/25226/

Facebook propone muchas herramientas para rastrear sin interrupción todos los movimientos de los usuarios, como Facebook Connect y Mobile, para mantenernos siempre conectados, incluso cuando no estamos en la página web o delante del ordenador. Hay herramientas de autodelación como *smartphone* y *tablet* cada vez más populares, que fomentan el cruce de datos GPS geo-referenciados con los perfiles personales, requiriendo al mismo tiempo informaciones cada vez más detalladas sobre nuestra red social. Y todo siempre para nuestro bien, para poder compartir mejor y más rápidamente todo. Pero, ¿qué es lo que compartimos en realidad?

Dinámicas psicológicas: narcisismo, exhibicionismo, pornografía emocional

Lo primero que se comparte en Facebook es, por supuesto, la propia identidad en la forma de un nombre y una imagen no obligatorios. Hacen falta la fecha de nacimiento y el sexo (de momento sólo existen dos posibilidades: varón y hembra), formalmente para impedir el registro a los menores de 13 años. En la práctica, el *nickname* se corresponde casi siempre con nuestro nombre y apellido reales, pues, como declara el eslogan en la *homepage*, «Facebook te ayuda a conectarte y a mantenerte en conexión con las personas de tu vida», es más fácil que te encuentren si utilizas tus verdaderos datos anagráficos. «Por esta razón, para tu nombre y para la imagen de tu perfil no están previstas configuraciones de la *privacy*»[10].

Facebook no quiere falsos nombres. La razón consiste en que «Facebook se basa en las interacciones que acontecen en el mundo real. El uso de seudónimos contradice los valores en los cuales se basa nuestro sistema. Los usuarios que utilizan nombres falsos son más proclives a realizar actividades que violan nuestras normativas.

[10] http://www.Facebook.com/policy.php

Este principio es importantísimo para nosotros, por eso eliminamos las cuentas falsas en cuanto nos enteramos»[11]. Ippolita, que usa un nombre colectivo heterónomo y propugna la creación de identidades múltiples y en devenir, no puede sino estar en profundo desacuerdo. Independientemente del hecho banal de que la identidad de un individuo esté en continua mutación, incluso desde el punto de vista biológico, y que un nombre y una fecha de nacimiento son muy poca cosa para identificarme, la identidad es, en cualquier caso, una representación. Es el teatro del yo lo que se presenta al mundo. La identidad es el fruto de una construcción incesante, y no un hecho estable e inmodificable; sólo lo que está muerto es inalterable. Los seres vivos cambian, justamente porque están vivos[12]. Dejemos de lado por ahora los aspectos filosóficos y concentrémonos en cómo se construye esta identidad virtual.

La imagen del perfil es importante, importantísima. Así que colocaremos una foto en la que hemos salido bien, una pose sugerente, que llame la atención. Este es nuestro verdadero yo: desde luego no las fotos en las que aparecemos cansados, decepcionados y deprimidos. Las fotos comprometedoras las buscaremos en los perfiles de los demás, porque la dinámica de la delación-autodelación es precisamente esta: presentar nuestro lado mejor y buscar morbosamente el peor de los demás. En Facebook todos somos Narciso mirando su propia imagen, en este caso reflejada por la red social. Por eso es importante ocultar lo que no es presentable y confesable, pues se corre el riesgo de no gustar. Y puesto que Facebook nace como instrumento de *speed dating*, para pescar *partners* posibles en el circuito más amplio posible (pero de alguna manera elitista: persiste el espíritu de las universidades de la Ivy League, las más exclusivas de América, transformado en una especie de «elitismo

---

[11] http://www.Facebook.com/help/?page=1132

[12] Véase, a propósito, gran parte de la obra de François Laplantine, y en particular *Je, Nous et les autres. Etres humains au-delà des appartenances*, Paris, Le Pommier, 1999, y *El sujeto. Ensayo de antropología política*, Barcelona, Bellaterra, 2010.

de masas»[13]), está claro que para conseguir más citas es mejor mostrarse en la mejor forma posible.

El segundo movimiento del espejo es la imagen que se refleja a sí misma. Nos reflejamos para gustarnos, no para compadecernos. Pero Narciso reflejado no puede sino ser un exhibicionista al cuadrado. El uso compulsivo es típico del descubrimiento de un nuevo juego, especialmente si las reglas del juego exigen la exposición de las vísceras, aunque depuradas de los aspectos más obscenos, pues el garante de la moralidad, léase Facebook, es conocido por eliminar perfiles cuando se topa con fotos de desnudos o similares. La celebridad implica algún tipo de sacrificio; y la micro-celebridad, tan difusa en Facebook, tampoco se puede conseguir sin un esfuerzo en la exhibición. Los *fans* deben poder contactar en todo momento con su micro-ídolo.

En la sociedad del espectáculo masificada todos somos al tiempo espectadores que aplauden y actores en el escenario representando nuestras identidades virtuales. Es impresionante ver cuántos y distintos detalles están dispuestos a contar las personas sobre sus vidas para ser el centro de atención. Igualmente, es muy fácil verificar el poder de las redes sociales como arena de exhibicionismo masturbatorio colectivo. Podéis abrir un perfil Facebook creíble, con nombre y apellido (no demasiado comunes ni demasiado elaborados o flagrantemente falsos), una dirección de correo electrónico (recién abierto en Google, desde el cual habéis procurado inscribiros en todas las *mailing lists*, *newsletters* y *feed RSS* que le interesan a vuestro alter ego digital), poner que habéis ido a tal o cual instituto, que sois seguidores de un determinado equipo de fútbol, que os gusta un género musical y cultiváis *hobbies* muy concretos. Enviad cuantas más peticiones de amistad podáis, Facebook os guiará en el descu-

13 El elitismo de masas es un oxímoron sobre el cual pivota la publicidad. Los productos más deseados están «en exclusiva para todos», con precios populares pero rebuscados. Porque «el lujo es un derecho». Acerca de la publicidad, cáncer social y gasolina del capitalismo, véase M.A.R.C.U.S.E, *De la miseria humana en el medio publicitario* Barcelona, Melusina, 2006.

brimiento de amigos que todavía no imagináis tener. Contestad con entusiasmo a los que aceptan vuestra amistad, enviad *links* simpáticos, *Lolcats*[14] bribones, ofreced vuestra disponibilidad para cuidar la *farmville*[15] de vuestros amigos, y se os compensará con muchas atenciones. Vuestro perfil de Facebook es del todo artificial y no se corresponde con ninguna persona real, pero en la red social sois muy activos, y con una pizca de ingeniería social[16] podréis descubrirlo todo acerca de vuestros nuevos «amigos».

Desde hace tiempo circulan en las redes sociales unos programas informáticos, piezas de código capaces de actuar según las reglas áureas de la ingeniería social. Estudian el comportamiento de las personas para captar información. Fingen saber cosas que no saben, engañan, mienten. Hablaremos más adelante de los *socialbots*, programas que han demostrado poder penetrar y comprometer redes de confianza en Facebook, y no sólo ahí; también existen métodos menos sofisticados. El *phishing* es una categoría muy común de ataque que se vale de técnicas de ingeniería social. Para que la presa «muerda el anzuelo» basta con alertarla, para su bien: ¡ten cuidado, alguien ha entrado en tu perfil Facebook! ¡Escribe aquí tu vieja *password* y cámbiala de inmediato! Así podré acceder también a las informaciones que aún no has compartido con todos.

La paradoja evidente consiste en que, en un mundo en el cual todos están obligados a ser «ellos mismos», a decir la verdad sobre

---

[14] Un *Lolcat* es una imagen que combina una fotografía de un gato con un texto subjetivamente humorístico e idiosincrát'‚o en inglés macarrónico referido como *Kitty Pidgin* o *lolspeak*.

[15] *Farmville* es uno de los juegos más populares en Facebook, creado por la sociedad videolúdica Zynga, con muchos millones de jugadores. El juego simula la vida de un agricultor, permitiendo a los jugadores plantar, cultivar y cosechar plantas y árboles virtuales además de criar animales. Los objetos pueden ser intercambiados, regalados, comprados o vendidos.

[16] La extensa bibliografía acerca de las técnicas de ingeniería social necesitaría de un texto aparte. Señalamos los clásicos del *black hat hacker* Kevin D. Mitnick (con William L. Simon), *The Art of Deception: Controlling the Human Element of Security*, 2002; y *The Art of Intrusion: The Real Stories Behind the Exploits of Hackers, Intruders and Deceivers*, 2005.

lo que hacen y quieren, a revelar exactamente dónde están sin malentendidos posibles, cualquiera que tenga malas intenciones se halla en una situación ideal, rodeado de personas totalmente sinceras que sólo esperan que alguien se interese por ellas. Andy Warhol predijo que todo el mundo tendría derecho a un cuarto de hora de celebridad, pero es bastante peor de lo que podíamos imaginar. Se trata de una celebridad difusa, al alcance de todos pero de confines inciertos, que requiere una actualización compulsiva del propio perfil, una confianza absoluta y una transparencia radical hacia las máquinas, que nos conocen mejor de lo que nos conocemos nosotros, y que pueden con facilidad aconsejarnos *gadgets* producidos aposta para nosotros.

El estadio final de la involución psicológica en Facebook es por tanto la pornografía emocional y relacional. Como ilustran desde hace tiempo los *talk show* y los *reality show* televisivos, tirarse de los pelos, llorar, gritar, retorcerse, pelearse e insultarse delante de un público participativo es fuente de inmenso placer. Uno se siente famoso, incluso cuando no nos conoce nadie. No hace falta tener capacidades específicas, saber recitar, cantar o bailar, o al menos hablar, ni tampoco ser guapos: basta con darlo todo a las cámaras, las emociones en estado puro, sin filtros. Facebook intensifica este programa de pornografía emocional a escala mundial, introduciendo herramientas excepcionales de transparencia bajo la forma de casillas por validar, *forms* o espacios vacíos para rellenar. ¿Cuál es tu situación sentimental? Es importante que todos sepan si estás libre, ocupado, divorciada, dispuesta a la aventura. Comparte tu estado emocional, dinos ahora, «¿En qué estás pensando?». ¡Sé transparente!

El aspecto más curioso, por no decir trágico, es que el estilo «tipo blog», en el que las informaciones de ayer no tienen ya ninguna relevancia hoy, no permite ninguna estratificación. La experiencia queda circunscrita a una especie de eterno presente. El pasado fluye inexorablemente hacia abajo y nadie acude a leer los

posts viejos. Con la excepción de quien quiere descubrir algo turbio, pues todos tienen algo que ocultar, y las relaciones sociales se basan en la discreción y la mentira, o cuando menos en las medias verdades y la omisión. Si un jefe, un *partner* sospechoso, un *software* espía, una autoridad a la que Facebook ha vendido el acceso a tus datos quieren saber qué has hecho, gracias a la puesta en común en la que te has volcado con tanto celo lo encontrarán sin ninguna duda. La incorporación de la *Timeline*, una línea de tiempo en la cual poder insertar fotos, *posts* y contenidos de momentos previos a la apertura del propio perfil en Facebook, va en la misma dirección de hacer accesible todo aspecto de la propia personalidad en una narración sin puntos obscuros, lineal, clara, consecuente.

Aquí y ahora, sin ninguna profundidad, sin ninguna complejidad, sin ninguna ambigüedad. Ser. No existe la posibilidad de no ser, y el devenir es simplemente inconcebible. A diferencia de lo que sucede en el mundo ahí fuera, en las redes sociales *online* las cosas son, no devienen; simplemente, un estado se sobrepone al anterior, borrándolo sin apelación. Tu identidad es fija aunque cambie. Estás libre de elegir: ¿te gustan los hombres o las mujeres? ¡No, los dos a la vez no se puede, una sola elección! No, no sabemos lo que quiere decir *transgender*, quizás los programadores prevean una nueva categoría (muy definida) para la próxima versión del *software*. Quizá cambies de idea, no hay problema: tu nueva identidad es un nuevo «estado» que elimina el viejo. Lo contrario que en la realidad, donde las identidades son complejos haces de cualidades que vibran, en muchas ocasiones disonantes, que se modifican a veces dolorosamente, pues la memoria de lo que éramos está construida sobre el olvido, la selección y la narración de sí, y no sobre el recuerdo total fijado para siempre en un perfil[17].

A raíz de esta tensión por «decir todo», Facebook es el campeón

[17] Para una investigación, también histórica y jurídica, sobre el tema de la memoria como olvido en los mundos digitales, véase Victor Mayer-Schonberger, *Delete. The virtue of forgetting in the digital age*, Princeton University Press, 2009.

de la pornografía[18] emocional y relacional: ¡sé transparente! Escribe, dibuja, fotografía y establece *links* sobre lo que te afecta más íntimamente; expone sin filtros tus emociones para el público que te observa de la manera más trivial posible: esta es la máxima libertad de expresión.

La sociedad de la prestación

Compartir en Facebook significa sustancialmente compartir objetos digitales que componen identidades virtuales. Yo soy mi comportamiento *online.* Sobra decir que pasar tanto tiempo produciendo una imagen de uno mismo *online,* repercute también en la vida *offline.* Las identidades virtuales que se pueden construir con las herramientas de Facebook son llanas en su mayoría, sin la profundidad típica de las identidades de pleno derecho, ricas en matices y contrastes. Habitualmente, en la vida real, antes de decir «En qué estoy pensando», reflexiono, pondero cuidadosamente los pros y los contras. Por lo general, no voy gritando por la calle que el que imaginaba que era el amor de mi vida me acaba de dejar a través de un sms y que ahora estoy disponible en el mercado de las relaciones. En Facebook, es más fácil comportarse sin filtros. Se requiere la máxima sinceridad, lo cual en este caso rima con ingenua estupidez.

Los sentimientos de los seres humanos pueden ser muy complejos, por no decir retorcidos. La literatura, el arte, la creatividad son otras de las expresiones de la extraordinaria capacidad humana de crear mundos compartidos en los cuales sentir junto a los demás. El riesgo de que la participación de masas en las redes sociales, en lugar de generar «autoría colectiva» se materialice en un enjambre

---

[18] Pornografía, del griego πόρνη, porne, «prostituta» y γραφή, graphè, «dibujo, escrito, documento» significa literalmente «escribir en» o «dibujar prostitutas». La representación pública del sí mismo, objetos únicos del propio placer narcisista, presenta los rasgos de la auto-prostitución. En tanto objeto de marketing, en el mercado público de las identidades, presenta los modos de la prostitución a cambio de atenciones.

de interacciones superficiales, es dramáticamente real. El tiempo, como nos ha explicado Michel De Certeau[19], es el único bien del que disponemos para inventar desde lo cotidiano. Cuando no se tiene un lugar propio y se actúa en territorio ajeno, cuando ni siquiera es posible practicar estrategias, sí se pueden articular tácticas. En teoría, se puede utilizar el tiempo personal para construir relaciones significativas incluso en contextos heterodirigidos como Facebook y las redes sociales, basados en reglas no establecidas por los usuarios. Sin embargo, hasta las tácticas más refinadas de subversión en el uso de las herramientas, rara vez consiguen concretar zonas autónomas de experimentación. Casi siempre, el tiempo vital acaba reabsorbido por los espacios digitales y puesto al servicio del beneficio económico. Por supuesto, muchos perciben que algo va mal, incluso entre los más tecnófilos, pues como sostiene el artista Richard Foreman, «hemos sido reducidos a *pancake* (tortitas) instantáneas y transformados en sinapsis imprevisibles pero estadísticamente cruciales para toda la red Gödel-to-Google». Y la velocidad es un arma de doble filo, porque la ilusión de obtener resultados inmediatos en respuesta a las propias intenciones de búsqueda (Google) y en respuesta a los propios deseos de sociabilidad (Facebook), mortifica la rica profundidad de la cultura literaria y la difícil construcción de un mundo compartido de relaciones llenas de sentido:

> hoy veo entre todos nosotros (incluso yo) la substitución de la complejidad interior por un nuevo tipo de auto-evolución que acontece bajo la presión del exceso de información y de la tecnología de lo inmediatamente disponible. Un nuevo sí cada vez menos necesitado de un robusto patrimonio cultural, dado que nos estamos convirtiendo en pancake people [personas tortita] anchos y llanos, desde el momento en que nos conectamos con esa vasta red de informaciones a la cual accedemos simplemente apretando una tecla.[20]

[19] Michel De Certeau, *L'invention du quotidien, 1. Arts de faire et 2. Habiter, cuisiner*, éd. Etablie et presentée par Luce Giard, Paris, Gallimard, 1990; *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, 1999.
[20] Richard Foreman, «The Pancake people, or, "The gods are pounding my head", http://edge.org/conversation/the-pancake-orthe-gods-are-pounding-my-head

El vaciado de la interioridad individual, volcada por completo en una exterioridad digital, tiene que ver con la tensión hacia el exterior, con la búsqueda incesante de respuestas (conocimiento) y de contactos que tengan sentido para el individuo (afectividad). Las respuestas de las Redes, proporcionadas por máquinas mecánicas (ordenadores, cables, infraestructuras) y significantes (programas informáticos), forman parte del discurso de la ciencia. Como señalaba Feyerabend, la ciencia asume un carácter religioso cuando quiere imponer una única verdad[21]. También la ciencia, madre del pensamiento técnico y de los artefactos tecnológicos, se parece a un gas que tiende a saturar todo espacio discursivo, imponiéndose con métodos pastorales acuñados por la más antigua y funcional jerarquía universalista del mundo, la Iglesia católica. Al igual que un buen pastor cuida de su rebaño, el tecnócrata moderno procura a las ovejas todo lo que necesitan, siempre y cuando se mantengan dóciles y transparentes, digan sinceramente todo lo que las remueve y abracen con entusiasmo la buena nueva de la sociedad digital. La novedad estriba en que las ovejas deben autodefinirse de forma activa según los estándares ofrecidos por las herramientas puestas a disposición: lejos de ser masa indistinta, son singulares, mínimas variaciones de la identidad definidas por parámetros de la máxima claridad posible. De este modo, las tecnologías digitales pueden intentar ofrecer una verdad personalizada e inmediata a todos los deseos. «Google, Facebook & C.», pequeñas divinidades de la economía de la búsqueda y de la atención son, por lo tanto, una hipóstasis menor de la religiosidad científica, a las cuales nos entregamos para oficiar el rito de la tecnología superior y liberadora.

Esperamos impacientes que los algoritmos de la búsqueda encuentren lo que necesitamos en la maraña de la Red. Pero, a pesar de la obsesión, a pesar de que un puñado de segundos más o menos parezca marcar la diferencia, estamos saturados de autocontrol:

[21] P.K.Feyerabend, *Tratado Contra El Método*, Madrid, Tecnos, 1997.

porque la sociabilidad de Facebook, de Google, de las redes sociales digitales ha conseguido dotarnos de un fenomenal autocontrol. Ansiosos, controlamos decenas de veces cada día nuestro correo electrónico, incluso varias direcciones de correo. Controlamos el muro de Facebook; controlamos las reacciones de nuestros *followers* en Twitter; controlamos que no hemos perdido llamadas o mensajes en nuestros móviles y *smartphones*; controlamos si alguien está contactando con nosotros en Skype, MSN o algún otro sistema de chat. Esta es la sociabilidad turbo-capitalista: el control y el ajuste compulsivo de nuestros perfiles digitales, para estar a la altura del mundo ahí fuera. Controlamos que existimos, pues si no estamos ahí fuera no existimos. El autocontrol, en el sentido exacto de «controlarse a sí mismos», se ha vuelto una segunda naturaleza, un reflejo condicionado por la presencia de objetos tecnológicos, junto con los cuales formamos el sistema técnico global. Esperamos que alguien conteste nuestros correos, nuestros *posts*; queremos ser etiquetados y reconocidos. Queremos atención, queremos reconocimiento; pero sólo conseguimos migajas, retales de tiempo más o menos de la misma calidad que ofrecemos a los demás, quienes, al igual que nosotros, están demasiado atareados en crearse un álter ego digital a la altura de las circunstancias. Estamos en la sociedad de la prestación.

El conjunto de las creencias supersticiosas que acompañan el uso cotidiano de los instrumentos digitales, bastante menos codificado que las religiones clásicas, es la salsa de los innumerables, insípidos pastos *online*. Mientras tanto el control «para vuestra seguridad» va militarizando todo el espacio exterior y llega a controlar todo movimiento *online*. De todas formas, el «espacio interno»[22] de las personas-tortita, atareadas como están en conservar todos los amigos, conocidos y seguidores *online* es muy limitado.

Los tecno-entusiastas de la «participación *online*» de masas

[22] La idea de que el espacio interior es el único espacio que todavía queda realmente por explorar, y por tanto ajeno, remonta al menos a J.G.Ballard, «Which way to inner space?». London, New Worlds, 1962.

difunden la falsa conciencia de que la suma de muchos navegadores "distratentos" genera un enorme valor añadido, fácilmente transformable en dinero. En la economía del conocimiento, cuantas más personas participen con sus conocimientos, tanto más sube la riqueza total. Sin embargo, no es verdad que hoy las personas saben más. Conocer todo de una *sitcom*, de los estilos de vida de los famosos, de la última moda del Village de New York, viviendo en el barrio de Bovisa en Milán, o en el de Belleville en París, para nada significa conocer más, ni tampoco conocer mejor. Tampoco saber lo que les pasa en todo momento a nuestros amigos digitales de Facebook, o a los que quisiéramos que fuesen nuestros amigos y por eso les seguimos en Twitter. La suma de estos conocimientos sólo sirve para hacer girar más velozmente hacia ninguna parte el motor del Progreso Digital. La felicidad liberadora de la máxima de Raoul Vaneigem, «Todo se puede decir, nada es sagrado» queda banalizada por la abundancia de estulticias. Sucede así que todo es casi-sagrado, relativo, en el peor sentido de equivalente, (a igual distancia de, igual de inútil) porque parece que nada nuevo se puede decir ya.

Sin embargo, los conocimientos no son todos iguales. No todo es equivalente. Es verdad que mi abuela Gardenia no podría apañarse nunca con los s*martphones* y el VoIP, pero podría aprender con una preparación adecuada, gracias a una formación específica. Sin embargo, mi abuela se apañaba soberbiamente en su mundo, que continúa siendo, sin que nos demos cuenta, el mundo real de la mayoría de la población mundial, además de nuestro mundo real fuera de las pantallas. Por un lado, hay una diferencia entre saber reparar el grifo que gotea aquí y ahora, o saber remendar un bolsillo agujereado, o saber cantar, bailar, ir en bicicleta, o saber escuchar el secreto de un amigo, y, por otro, ser capaces de *postear* en el propio muro de Facebook (¿pero por qué se llama muro? ¿Acaso es un espacio inacabable para graffitis?). Se trata de dos tipos de competencias de complejidad análoga, pero muy diferentes. Las primeras producen autonomía, hacen a las personas individuos autónomos;

la última competencia es un saber-poder que depende totalmente de las producciones heterónomas (dirigidas por otros según las normas de otros) del mundo «ahí fuera», especialmente si no tengo la más mínima idea de cómo funciona técnicamente Facebook (por lo tanto no soy autónomo en relación con la herramienta) aunque lo utilice compulsivamente. De hecho, cuando por medio de *default power* cambian las reglas de Facebook o del instrumento al cual me entrego para construir mi identidad, como usuario me quedo desorientado, perdido, pues lo que sabía ya no sirve, o al menos debe ser actualizado. En cierto sentido, yo soy obsoleto y tengo que actualizarme por medio de una formación continuada que no estratifica ni enseña nada más que la adecuación al sistema. Cuando cambia un botón, cuando el proveedor del servicio modifica la organización del espacio de la cuenta personal «para mejorar la experiencia del usuario», lo que se tambalea es la misma identidad. ¿Qué se puede oponer a la obsolescencia programada de las capacidades, si nada de lo que existe ahí fuera depende verdaderamente de nosotros?

El concepto mismo de oponerse, criticar, buscar alternativas, se vuelve obsoleto. La articulación del pensamiento queda atrapada en la velocidad de la mutación, una velocidad de fuga necesaria para disfrazar la inconsistencia de la socialización que se está creando. En la próxima parte veremos cómo esta socialización forma parte de un proceso ideológico preciso, el extremismo anarco-capitalista, que se conjuga fenomenalmente bien con la visión de la tecnología salvadora y liberadora. La superficialidad del mito de la participación *online* queda puesta en evidencia hasta por las expresiones utilizadas para describir la experiencia en la red. Me gusta, primer *link*, cliquea aquí, dinos lo que estás pensando: son reacciones a estímulos apenas binarios, apenas mono-direccionales. En Facebook se puede ser asertivo con respecto a los propios gustos, pero criticar no tiene sentido. La objeción más común es: si no te gusta, no vayas, todo está en la red y tú serás libre de escoger lo que te guste.

Además del hecho de que la libertad es un proceso de cons-

trucción y no una elección entre blanco y negro, la falta de matices de la experiencia lleva a simplificaciones indebidas. En ocasiones se predisponen sistemas de «voto», como sucede en el sistema de las recomendaciones de Amazon, así como en el sistema de evaluación de los artículos de Wikipedia. La agregación y el análisis de estos datos, que investigaremos en detalle cuando hablemos de la *privacy* y la perfilación[23], sirven para establecer unos *ranks*, es decir para ordenar los resultados sobre la base de los valores expresados por los usuarios, susceptibles de cambiar con el tiempo. Según los pretorianos de la democracia electrónica, el hecho de expresar las propias preferencias debería evitar el problema de la dictadura de la mayoría, más que evidente en el sistema de ranking más popular, el *page ranking* de Google. Al comienzo, puesto que al entrar en una página web se consideraba cada *link* como la expresión de un «voto de preferencia», los primeros resultados eran aquellos «más votados por la mayoría». Pero desde el inicio los algoritmos han sido modificados por filtros contextuales para adaptar los resultados al usuario, mediando los resultados del algoritmo del *top rank* global con los datos derivados de la perfilación del usuario (búsquedas anteriores, cronología de navegación, etc.). Se va delineando una verdadera ideología de la transparencia, realizable sólo cuando se va vaciando, literalmente, a los individuos y se va volcando su interioridad en un sistema *online*. Estos contenidos, agolpados con procedimientos de *data mining*[24], serán seccionados de forma cada vez más granular para ofrecer a cada usuario el servicio-producto a su medida que responda en tiempo real a las preferencias expresadas.

Ya se ocuparán los algoritmos de extraer, de forma semiautomática, desde una serie de «me gusta», la respuesta correcta para cualquier deseo. La metáfora espacial interno (individualidad) versus

---

[23] acción y efecto del rastreo y almacenamiento sistemático de los datos del usuario con fines publicitarios y de control (N. del T.).

[24] http://donttrack.us/ Una breve presentación que ilustra claramente cómo funciona el sistema de rastreo de las búsquedas.

externo (colectividad, red) viene bien para detectar el error de fondo de la tecnología milagrosa típica de la distopía turbo-capitalista. Los conocimientos almacenados ahí fuera, en los llamados «Big Data», son una quimera, pues los conocimientos útiles para los seres humanos no están fuera, no son intercambiables: pueden ser objetivados, intercambiados, aprendidos, traducidos y compartidos, pero sobre todo son procesos de imaginación individual. La individuación, el devenir sí mismos, todo lo que de hecho es contrario a la memoria total irreflexiva de las máquinas digitales, es un devenir en el cual continuamente perdemos conocimientos, perdemos memoria y la reconstruimos, y nosotros mismos nos reconstruimos en los procesos vitales.

Cuando conocemos algo o a alguien, entramos claramente en relación con algo externo respecto a nuestra individualidad. Pero, al igual que no todas las relaciones resultan interesantes o merecedoras de profundización, del mismo modo no todos los *links* de la Red son iguales. La dictadura del *link* de coste cero vale lo que cuesta: nada[25]. La cultura del «me gusta» no tiene nada que ver con la expresión de los deseos personales, es un juicio pseudo-casual. No es fácil trazar una conexión nueva. Significa seccionar un mundo, antes continuo, con una línea preferencial, conectar dos realidades separadas, crear nuevas divisiones del espacio[26]. Requiere cuidado, energía, atención. Requiere conciencia porque, si el puente que levanto desde un punto al otro de la Red estuviera mal proyectado, se caería en cuanto otros intentasen utilizarlo. Al contrario, el culto del

[25] Cuando por haber recargado el móvil conseguimos cien sms gratis -que hay que enviar dentro de las próximas doce horas- nos hallamos ante la enésima posibilidad comunicativa que no cuesta ni vale nada, tanto para quien envía como para quien recibe. Es el cuidado y el tiempo dedicado a llenar de sentido un acto de comunicación. Sin embargo, el mecanismo perverso de la gratuidad comunicativa es tan importante de conseguir, que incluso nos culpabilizamos por no haber aprovechado la ocasión extraordinaria de enviar sms a raudales.

[26] Se puede fácilmente utilizar la teoría de grafos para mostrar gráficamente (la red de Internet) cómo una conexión realmente nueva reconfigura por completo la misma red y es, por tanto, un acto de creación radical. Para una panorámica introductoria sobre el tema, véase Albert-László Varabais, *Link, La scienza delle reti*, Torino, Einaudi, 2004.

link tiene que ver con el inmediatismo del «todo ya ha sido dicho», del «todo ya está ahí fuera», «todos ya están allí, tus amigos te esperan, tu competencia se está forrando, tus clientes te buscan»; basta con introducir la dirección para llegar al instante, basta con abrir una cuenta en este o aquel servicio social para estar enseguida entre amigos. La fiesta está ahí fuera, el aburrimiento está aquí dentro.

Ahora se puede entender mejor la portada real del eslogan atribuido a Pierre Lévy: «No one knows everything, everyone knows something, all knowledge resides in networks»[27] [nadie conoce todo, todos conocen algo, todo el conocimiento está en las redes]. Este aforismo, extremadamente peligroso por lo que en él subyace y por sus posibles consecuencias, merece una atención especial. La articulación nadie-todos-todo remite a la dialéctica hegeliana. Efectivamente, la superación del carácter limitado del conocimiento (tesis: nadie conoce todo) se produce a través de una revalorización del conocimiento difuso (antitesis: todos conocen algo) para acabar en la síntesis con el giro completo hacia el exterior: todo el conocimiento (es decir cada cosa, considerada la equivalencia telemática por la cual la realidad es la información) está ahí fuera. Parece muy razonable: ya que cada uno de nosotros conoce algo, basta con que todos «echen fuera» lo que conocen *et voilà*, cada uno de nosotros tendrá sólo que alargar la mano para hacerse con la infinita riqueza del saber «ahí fuera». Así de fácil parece participar en la construcción de los mundos compartidos.

Como veremos mejor más adelante, «ahí fuera» no hay nada, absolutamente nada que no haya sido creado por una imaginación individual, capaz de socializarse y volverse así colectiva. La idea, aparentemente inocua, de almacenar los conocimientos «ahí fuera», aprovechándolos ilimitadamente en tiempo real, está basada en el presupuesto de la información[28]. Lástima que la información no

---

27 De la contraportada de Pierre Lévy, *Collective Intelligence*, New York, Basic Books, 1995.

28 Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 1:La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2000.

exista sino como meta-categoría para eliminar de un plumazo la complejidad de las interacciones comunicativas. ¿De qué sustancia está hecha la comunicación? Impalpable y etérea, la información digital necesita sin embargo de pesados *hard disk* de metal, silicio y minerales raros; de ingeniería e industria para construir los circuitos en los que circula; de electricidad (¿petróleo, carbón, nuclear, solar, eólica?) para ponerla a disposición; de sistemas de descodificación extremadamente complejos para hacerla comprensible para nosotros. Los conocimientos son inseparables de los cerebros humanos que los crean. Dicho en términos más técnicos, las mentes son coextensivas a los cuerpos, los cuerpos a las mentes, por eso cuerpos no humanos quizás podrán un día manifestar actividades mentales conscientes, pero no de tipo humano.

Por tanto, aunque existiera un soporte exterior para el conocimiento, digital o no, (para la información ya existe, pero la información no es autoconsciente), no actuaría en favor del interés colectivo. La socialización automática gestionada por la máquina es un bulo. Aun sin entrar en el detalle de la crítica, podemos afirmar certeramente que los datos en general, y los Big Data en particular, no son inteligentes. La acumulación de información no genera socialización. Los Big Data no son sociables. Los Big Data no nos vuelven automáticamente libres, autónomos y felices. La inteligencia colectiva de las redes es un sueño de control reaccionario. En cuanto cesa de autorreconocerse, de reflexionar sobre sí mismo, el imaginario colectivo[29] se cristaliza y da lugar a instituciones opresivas. Las instituciones son necesarias para la articulación social, aunque en casi todos los casos, perdida la memoria de su origen histórico, no actúan para el bien de las personas, sino para su auto-perpetuación, chupando las energías de los individuos. Podemos fácilmente imaginar lo inhumanas que serán

---

[29] Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983.

las instituciones que cristalicen a partir del imaginario colectivo tecnológico puestas en relación con las históricamente conocidas. Piénsese en la institución del control digital y por consiguiente en la policía digital: si de algún modo es siempre posible oponerse a la dominación humana, ¿cómo podremos rebelarnos contra la máquina encargada de hacer respetar la ley vigente «ahí fuera»[30]? No es nada casual que estas instituciones estén progresivamente adoptando el modelo reticular, transformándose así en organizaciones reticulares. De este modo descargan las externalidades negativas en los puntos débiles de la Red, consiguiendo al tiempo acumular aún más poder. Cuando las instituciones no poseen ni siquiera un rostro público o pseudo-democrático, sino que se rigen explícitamente por principios antisociales, como es el caso de las empresas privadas anarco-capitalistas del tipo de Facebook, la red social resultante no es una red de cooperación sino una trampa.

En conclusión: para comunicar el Sí -la propia identidad- no hacen falta ni menos reglas ni menos herramientas iguales para todos y fáciles de utilizar; al contrario, hacen falta más reglas y más herramientas distintas para cada situación particular, para cada relación, las cuales hay que aprender a usar. Solamente así se puede imaginar una mayor autonomía, es decir «poniéndose reglas uno mismo». En cambio, la participación masiva en Facebook conlleva la construcción de un mundo ilusorio en el que sólo existen amigos y ningún enemigo; lo peor es que, para mantener cerca de uno a los «amigos», en lugar de estar con ellos, es necesario pasar el máximo tiempo posible retocando el propio perfil, en una espiral de verdadera toxicomanía masturbatoria (FB-*addicted*).

---

[30] La democracia digital basada en el principio «un *link* un voto» se transforma rápidamente en un sistema retroactivo de recomendaciones (Google, Amazon, Facebook), que de hecho militariza las Redes. Si no tenéis nada que esconder, no tenéis nada que temer, aseguran los servicios de perfilación. No utilizaremos en vuestra contra las informaciones que nos confiáis. Es la ley quien nos lo prohíbe. Un argumento débil que de hecho enmascara la completa expropiación de los datos personales.

Público y privado, ontología e identidad.

¿Lo privado es público? Según Facebook, lo privado debería tender a ser lo más posible público. Público en el sentido de gestionado por Facebook, publicado por Facebook, puesto a disposición por Facebook, que es una sociedad privada. Sin embargo, las redes sociales reales en las que se reconoce un individuo, no tienen nada que ver con las redes de comportamiento (las personas que vemos con frecuencia pero no son «amigos»: padres, hijos, parientes, vecinos, etc.), ni con las redes articuladas *online*. Los trabajos de Danah Boyd acerca de las redes sociales[31] aportan un buen punto de partida para poner las cosas en claro. El problema fundamental siempre es el mismo: la ontología personal que se crea en un contexto colectivo, es decir la identidad. Esto es lo que opina al respecto Mark Zuckerberg:

> Tú posees una identidad [...] Los días en que tenías una imagen diferente para tus compañeros de trabajo o socios y otra para los demás conocidos, probablemente están llegando a su fin, y muy rápidamente [...]. Poseer dos identidades es un ejemplo de falta de integridad[32].

Todo el recorrido de Ippolita postula que la identidad es el lugar de la diferencia[33]. Ya evidenciamos razones biológicas, psicológicas y culturales. El moralismo de Zuckerberg roza la mentira cuando sostiene que una sola identidad, clara y precisa, es necesaria para no engañar a los demás, aparte de engañarse uno mismo. Quisiera convencernos de que Facebook se dedica a la recomposición de nuestras identidades dispersas en los mil fragmentos de la competitiva vida

---

[31] Todo el sitio http://www.zephoria.org/ merece una visita atenta; para una introducción desde el punto de vista académico, véase Danah M. Boyd, Nicole B. Allison, «Social Network Sites: Definition, History, and Scholarship», en *Journal of Computer-Mediated Communication*, Volume 13, Issue 1, pages 210-230, October 2008.

[32] David Kirkpatrick, *El Efecto Facebook*, Barcelona, Gestión 2001, 2011.

[33] Para una perspectiva radical de la identidad como lugar de la diferencia véase Rosi Braidotti, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal, 2005.

contemporánea, y nos devuelve en forma de don la (mítica) integridad perdida. Un solo perfil que armoniza, en una conseguida publicidad de nosotros mismos, un yo trabajador agresivo, un yo familiar cariñoso, un yo sexual apetecible, un yo amistoso divertido, un yo social caritativo. Facebook es el automarketing personalizado de masas.

Por supuesto, no se puede eliminar la identidad, como no se puede eliminar el poder, y es una suerte que sea así: es la condición para la comunicación, para la evolución, para el cambio. La identidad hay que gestionarla, difundirla, multiplicarla, buscarla, exactamente como el poder. Comunicar es hablar-escribir desde un lugar concreto, o sea asumir una identidad, es decir construir un saber-poder. La escritura está basada en el lenguaje, el lenguaje en la identidad, la identidad en el poder, por lo tanto, cualquiera que sea la manera de comunicarnos, ya estamos involucrados en la construcción de identidades, individuales y colectivas.

Pero la vida social tal y como la conocemos ahora, a pesar de ser imperfecta y mejorable, se fundamenta en la posibilidad de difundir discretamente «visiones» diferentes de nosotros mismos, diversas identidades en las que se reflejan los demás, contribuyendo a modificar nuestras relaciones sociales. No somos «las mismas personas» con cualquiera, ni se trata de tener acceso a diferentes niveles de profundidad de nuestro perfil individual único. Se trata de comportarse y de ser realmente distintos según la situación en la que nos hallemos, y esto, aunque pueda parecer terriblemente incoherente, es más necesario y positivo que nunca para la percepción de la propia integridad. Como veremos mejor más adelante, se trata de difundir el socio-poder, fortaleciendo las relaciones que nos gustan, creando conexiones donde no las había, podando las ramas secas, en vez de hacerlo cristalizar en identidades fijas, en cúmulos de datos agregables en forma de segmentos comercialmente relevantes para publicidades personalizadas. En la vida cotidiana no nos comportamos con nuestros padres igual que con nuestros hijos. No confiamos las preocupaciones del trabajo a nuestros hijos, a no ser que queramos responsabilizarlos por

algún motivo, usando no obstante modos diferentes de los que empleamos para hablar con los amigos del mismo tema. No salimos de fiesta con nuestros padres ni tampoco con el quiosquero con el que nos encontramos cada mañana desde hace muchos años; y en caso de que ocurriera, no nos portaríamos con ellos como con nuestros amigos. No nos acostamos con nuestro jefe (al menos no todos) así que no se entiende por qué debería ser nuestro amigo en Facebook; o peor, porque deberíamos compartir con todos las mismas informaciones reservadas a nuestra pareja. Sin embargo, los lazos afectivos con la familia no son menos profundos que los de la amistad, y con toda probabilidad pasamos más tiempo en el trabajo del que dedicamos a nuestras relaciones sentimentales. Simplemente, se trata de relaciones distintas que dibujan redes sociales diferentes y exigen diferentes identidades.

Pero no sólo esto: las identidades evolucionan continuamente. Cuando se tienen quince años puede que uno se rebele furiosamente contra los padres, pero a los treinta no tiene ningún sentido (o bien es el síntoma de un problema más grave, lo opuesto a un desarrollo sereno). Y los compañeros del colegio, los pocos cuyo contacto no hemos perdido (para volver a encontrarlos en Facebook, por supuesto), recuerdan perfectamente que éramos personas distintas entonces. Al igual que personas con las que mantuvimos relaciones amorosas pueden recordarnos como un rayo de sol en sus vidas, mientras que nuestro ex marido nos odia con toda la fuerza de su corazón porque le exigimos el sustento, y de hecho somos muy frías y antipáticas con él. Ya no estamos enamoradas, las cosas han cambiado. Hemos cambiado, cambiamos aquí y ahora, las relaciones sociales encarnan el cambio que nos hace estar vivos. Veamos entonces algún caso concreto que muestra la perversión de los mecanismos de identificación fija promovido-impuesto por Facebook. Se trata de ejemplos estilizados, aplicados intencionadamente sobre las mujeres, y que lamentablemente han ocurrido ya muchas veces en la realidad.

Despido. Una joven profesora, competente y querida por sus

alumnos, es fotografiada en una fiesta de amigos en evidente estado de ebriedad. Las fotos, y un vídeo particularmente explícito, circulan inmediatamente, siendo etiquetados en los perfiles de Facebook de amigos de amigos de amigos... hasta que llegan a sus superiores, a la autoridad. La profesora es excluida de las oposiciones para pasar a estar fija en plantilla; recibe una dura reprimenda en contra de la cual replica que su vida privada no tiene nada que ver con su cargo de profesora pública. Se queda sin trabajo por ser un «mal ejemplo» para los alumnos.

Violencia. Una madre, intentando proteger a su hijo, recibe golpes y abusos de su marido. Después de infinitos sufrimientos consigue escaparse de su verdugo. Reconstruye su vida en otra ciudad, lejos, junto con su hijo. Ya ha pasado el peligro. Pero queda Facebook: su perseguidor la encuentra gracias a un aplicación que ella utiliza de vez en cuando y que revela la situación geográfica del usuario, o simplemente leyendo los *posts*. La mujer tendrá que destruir su cuenta o será siempre localizable de alguna manera. Su vida privada, publicada en Facebook, es un peligro que puede volverse mortal.

Muerte. Una chica es grabada por «amigos de amigos» mientras practica sexo oral con un amigo en los baños del instituto. El vídeo aparece *online* al instante. Todos saben de su acción privada, ya publicada y comentada con todo lujo de detalles. Intenta defenderse, se cambia de instituto, pero también los nuevos compañeros están en Facebook y saben bien qué tipo de chica es. Se la ridiculiza, se la insulta y se la margina. En el fondo te lo has buscado: este es el pensamiento oculto que, muchas veces expresado públicamente, la convence de que su vida ya no tiene sentido alguno. Marcada para siempre, se corta las venas mientras toma un baño de agua caliente, dejando escrito en su muro de Facebook: «Yo no soy así»[34].

---

[34] Informamos de un caso italiano, simplemente a título de ejemplo: http://www.repubblica.it/2008/08/sezioni/cronaca/suicida/suicida/suicida.html

La privacy ha muerto. La ideología de la transparencia radical.

A lo largo de los cinco primeros años de existencia «pública», de 2005 a 2010, Facebook ha ido erosionando constantemente la *privacy* de sus usuarios[35]. Facebook difunde la ideología de la transparencia, es más, de la transparencia radical: ser transparentes para las máquinas nos volverá libres[36]. Ya criticamos el «*You can't be on Facebook without being your authentic self*»[37]: el yo auténtico es un concepto peligroso. La autenticidad es un proceso, no es un hecho establecido de una vez para siempre, es devenir uno mismo junto con aquellos otros que contribuyen a nuestro crecimiento personal.

Sin embargo, la de Facebook es una fe ciega, una religión aplicada que no atiende a razones. De hecho:

> Miembros del grupo de Facebook en favor de la transparencia radical, Zuckerberg incluido, están convencidos de que una mayor visibilidad hace mejores a las personas. Algunos critican, por ejemplo, que por culpa de Facebook los jóvenes pasen hoy demasiado tiempo engañando a sus amigos y amigas. Dicen también que una mayor transparencia hará la sociedad más tolerante y, por tanto, que la gente probablemente aceptará que todos hagamos ocasionalmente alguna cosa mala o comprometedora. La presunción de que la transparencia es inevitable se concretó con el lanzamiento News Feed en Septiembre de 2006. Este trata todos tus comportamientos de la misma forma [...][38]

Hemos visto ya cómo el solapamiento *online* entre las redes de comportamiento y las de afinidad provoca enormes trastornos, incluso verdaderos peligros para la vida cotidiana. Sin embargo, es un dogma de Facebook, y por otro lado también una precisa necesidad comer-

---

35 Véase el gráfico interactivo de Matt McKeon, http://mattmckeon.com/facebook-privacy/

36 Danah Boyd, *Facebook and radical transparency (a rant)* http://www.zephoria.org/thoughts/archives/2010/05/14/Facebook-and-radical-transparency-a-rant.html

37 David Kirkpatrick, op. cit., («No puedes estar en Facebook sin ser tú mismo»).

38 David Kirkpatrick, op. cit.

cial: los datos de los usuarios deben ser públicos, la *privacy* debe desdibujarse y quedarse como si fuera una reliquia del pasado para favorecer la cosecha de la publicidad difusa. Los anunciantes deben poder verificar, sin lesionar la *privacy* de nadie, que su publicidad se ha colgado sólo en las páginas de los usuarios que se corresponden con el perfil del consumidor requerido para su producto.

Y que quede claro, todo para nuestro beneficio como usuarios. Al menos esta es la postura oficial de la empresa, una *mission* expresada con ahínco en comunicados, entrevistas, presentaciones. ¿Y si yo no quisiera ser totalmente transparente? No precisamente porque tenga algo que ocultar (aunque todos tenemos bastante que esconder), sino porque no quiero que todos sepan de mí las mismas cosas a la vez. Soy más irregular, articulado y contradictorio de lo que pueda contar mi perfil Facebook. Quiero inyectar caos, disconformidad entre los datos que querrían definirme, romper la baraja.

Además, banalmente, si esta noche no me apetece salir contigo, quiero poderte decir que «estoy cansada» sin ofrecer más explicaciones, sin que te ofendas; o peor, que te sientas engañada y traicionada cuando mañana descubras en el muro de Facebook de una amiga común que anoche no estuve en casa, sino que me fui a bailar con otros amigos. La vida social es más compleja de lo que la transparencia radical nos permite, a no ser que renunciemos a la mayoría de lo que nos hace diferentes de los demás, y por eso mismo más interesantes y más deseables, y que nos uniformemos con un grupo que piensa del mismo modo.

En todo caso, los datos personales de los servicios de *social networking*, incluso Facebook, están en las *clouds*, en las nubes de datos, desde luego fuera de nuestro atento control, como lo estaba por ejemplo el diario íntimo de antaño. Hasta hace poco, todos los datos insertados en Facebook eran para siempre, no podían ser borrados por los usuarios y pasaban de inmediato a ser «propiedad no exclusiva de Facebook», o sea que podían venderse a terceros. Por cierto, el problema del derecho de autor es ridículo, pues no

tiene sentido pensar que Facebook espera ganar dinero vendiendo nuestras ridículas fotos de las vacaciones en baja definición, o nuestros *posts* llenos de errores gramaticales, como si fueran piezas dignas del premio Pulitzer. No somos artistas defraudados y explotados. De todas formas, el *data mining*[39] llevado a cabo para la perfilación, el material que se acumula en los *data centers* para formar los Big Data, es un problema serio. Nada es gratis, sobre todo en la Web 2.0, donde el precio que hay que pagar por la «gratuidad» del servicio, que «será siempre así» -como declara la *homepage* de Facebook- es la recogida, indexación y explotación de los datos de los perfiles de los usuarios, y sobre todo de sus recíprocas relaciones, a la espera de ser convertidos en dinero.

¿Y la *privacy*? En la actualidad la sociedad *online* se basa en la ausencia de *privacy*, es decir en la posibilidad de escanear *mails*, fotos, blogs, textos, todo lo que haga falta para extraer palabras clave y proponer publicidad contextual y dirigida, sobre la base de intercambios considerados «privados, confidenciales». Google, Facebook, el *social networking* ponen en evidencia la existencia de esferas ni públicas ni privadas, gobernadas por las tecnocracias, y en particular por tecnocracias privadas con fines de lucro. La *privacy*, o sea la privacidad, es literalmente el «derecho a estar solos» (*right to be alone*). Por eso, la protección de la «*privacy* común» en una red social es un oxímoron: el objetivo de una red es hacer circular, en este caso, las informaciones. Cuando las informaciones son las identidades de las personas que componen la red, la idea de quedarse solos es clara-

---

[39] El popular término *data mining* resulta vago y no técnico. El análisis de los datos por medio de sistemas semiautomáticos es un campo de investigación amplísimo y heterogéneo. Simplificando, podemos decir que en general al *data mining* no le interesa la individualización de personas reales, sino la extracción de correlaciones significativas de grandes masas de datos a través de procedimientos matemáticos: por ejemplo, de esquemas interesantes de grupos de datos agregados (*cluster analisys*), o de datos fuera de la norma (*anomaly detection*). La actividad del *data mining* se torna crítica desde el momento en que se la orienta a trazar el perfil de los usuarios, especialmente cuando los objetivos son los de vigilar. Es a esta específica aplicación del *data mining* a la que nos referiremos.

mente inconsistente. La única posibilidad es desconectarse de la red. La *privacy* es una quimera: sólo existe cuando nos damos cuenta de que ha sido violada. Después de Echelon[40], es evidente que estamos hablando de algo que no existe, o que ya no existe desde hace mucho tiempo. Además, el problema evidenciado por la vigilancia difusa no consiste tanto en la ausencia de *privacy* como en la perfilación continua, o sea en el control y en la monitorización constante. Cada usuario tiene una huella digital, su identidad, que, insistimos, es única y personal. Formar parte de una red quiere decir estar conectados y dejar huellas del propio paso. Sucede también con el teléfono: si tiro mi móvil, porque temo ser controlado, con el nuevo móvil tenderé a hacer las mismas llamadas a las mismas personas, esto es, a recomponer mi red social. Si existe un perfil de un usuario que se comporta así, la identificación es automática: soy yo[41]. Algo aún más inquietante sucede en las redes sociales, pues habitualmente las listas de los miembros de un grupo no se ocultan a los no miembros, para no limitar demasiado la posibilidad de participar en ese mismo grupo. No es difícil generar identificadores al nivel del grupo, huellas de grupo, por ejemplo una lista de todos los grupos Facebook en los que un usuario participa.

Sostener la libre circulación del saber no tiene nada que ver con esta forma de compartir, automática y forzada, de cualquier cosa. Esta no es la puesta en común del *copyleft*, del conocimiento liberado de las trabas de las patentes, de las marcas registradas, de los acuerdos de no divulgación; tampoco es el conocimiento del dominio público (*public domain*): publicado no significa público, sino gestionado por una sociedad privada, justamente Facebook[42]. Se están llevando a cabo varios estudios acerca de los sistemas de

[40] Véase Duncan Campbell, *Il mondo sotto sorveglianza. Echelon e lo spionaggio elettronico globale*, Eléuthera, Milano, 2003; *Echelon: la red de espionaje planetario*, Barcelona, Melusina, 2007.
[41] Véase Vecna, *LIP, informazione/controllo/sicurezza/Internet*, Lugano, 2009.
[42] Véase el epílogo a Ippolita, *El lado oscuro de Google*, cit.

Mass De-Anonymizing & Re-Identification, algoritmos de des-anonimización y re-identificación de masas en las redes sociales. Basta con conocer a fondo una red social de modestas dimensiones (las relaciones entre los nodos deben ser conocidas) para poder utilizar estas informaciones y re-identificar, dándoles nombre y apellidos, a usuarios que pertenecen también a otra red más grande. Por ejemplo, conociendo a fondo las relaciones entre unos pocos miles de usuarios que comparten fotos en Flickr, si una parte de estos usuarios posee también una cuenta en Facebook, se puede aprovechar esta superposición entre redes para «des-anonimizar» un número ingente de perfiles de la red más grande[43].

Hay métodos más sencillos pero igual de eficaces, como los sistemas de *browser history stealing & hijacking*[44], que requieren de conocimientos matemáticos claramente inferiores, pero precisan de una buena capacidad de construcción de sitios Web y de programación de códigos maliciosos. La huella personal y grupal se extrae de los datos conservados en nuestros *browsers*, especialmente si no borramos nunca la cronología de los sitios visitados, las *cookies*, los datos del *login* en nuestra red social. Para conseguir estos datos, se hace converger a los usuarios en un sitio Web «búho», prometiendo alguna ganancia fabulosa o pornografía gratis, pues esto siempre funciona. El código oculto (*javascript* o similares) se ocupa de descargar, almacenar y cruzar los datos del *browser* utilizado, el historial de navegación, las *passwords*, las *cookies*, la versión utilizada, todo. El procedimiento de «des-anonimización» resulta aún más eficiente con la ayuda de LSO (*Local Shared Object*): una especie de *supercookies* in *flash/flex* centralizadas en los servidores

---

[43] Véase Arvind Narayanan, Vitaly Shmatikov, «De-anonymizing Social Networks», 2009 IEEE Symposium on Security and Privacy, DOI Bookmark: http://doi.ieeecomputersociety.org/10.1109/SP.2009.22

[44] Attacking Unmasks users behind the browser http://www.darkreading.com/insider-threat/167801100/security/application-security/223100436/index.html; el papel técnico: *A practical Attack to De-Anonymize Social Network Users* http://www.iseclab.org/papers/sonda-TR.pdf

de recogida de datos, normalmente imborrables por los *browsers*[45].

Respecto a los antes citados *socialbots*, un reciente experimento[46] llevado a cabo por los investigadores de la Universidad de Vancouver demuestra que las redes sociales *online* son altamente inseguras, sobre todo por su vínculo más débil: los seres humanos, que, para poderlas poblar, tienden a comportarse de manera cada vez más mecánica, lo que por tanto es más fácilmente imitable para las máquinas. Así es cómo las redes sociales *online* se pueden infiltrar, por ejemplo para difundir desinformación y propaganda. Campañas como estas son aún más eficaces cuando se penetra una red social *online* a gran escala. Los *socialbots* son unos programas que imitan los comportamientos de usuarios reales; en la acometida de los investigadores canadienses, estos programas arrancan creando perfiles falsos y enviando peticiones de amistad, contestando y adaptándose a las reacciones de los usuarios finales. En ocho semanas, los *socialbots* han conseguido infiltrar el 80% de los objetivos, dependiendo de la configuración de la *privacy* de los usuarios, implantándose establemente como nudos de una red de confianza *online*. Una vez que un *socialbot* se ha ganado la confianza puede, como el homólogo humano, acceder a datos protegidos; de este modo, resulta que los datos de los usuarios están todavía más expuestos con respecto a un acceso completamente público, simplemente porque los usuarios consideran que se trata de programas amigos y no de trozos de códigos programados para acumular sus datos. Si hiciera falta, dichos resultados muestran que los tan publicitados sistemas de seguridad de Facebook, conocidos como

[45] Supercookies LSO: http://www.wired.com/epicenter/2009/08/you-deleted-you-cookies-think-again/; por lo que sabemos, una herramienta de borrado eficaz (que no impide la perfilación) es Better Privacy https://addons.mozilla.org/en-US/firefox/addon/6623

[46] Yazan Boshmaf, Ildar Muslukhov, Konstantin Beznosov, Matei Ripeanu , «The Socialbot Network: When Bots Socialize for Fame and Money», University of British Columbia Vancouver, Canada, 2011. http://lersse-dl.ece.ubc.ca/record/264/files/ACSAC_2011.pdf

«sistema inmunitario», no sirven para contrarrestar infiltraciones maliciosas a gran escala.

Las respuestas de Zuckerberg relativas a las mejoras continuas para garantizar la seguridad *online* no tocan el punto crucial de la identidad, declinada en este caso como autenticidad. Para otorgar confianza a un amigo *online*, y también *offline*, tengo que saber ante todo que es él, es decir autentificar su identidad. Sin embargo, en las redes sociales *online* actuales no son los usuarios quienes gestionan la autenticidad de su identidad: lo hacen más bien unos sistemas de algoritmos gestionados por las sociedades que ofrecen esos servicios de forma gratuita. La paradójica consecuencia, a la que nos hemos acostumbrado, es que para acceder a nosotros mismos, a nuestros *mail*, a nuestra página Facebook, Twitter, etc., debemos demostrar que somos nosotros mismos a través de un *login* y una *password*. Los sistemas de identificación difusa, como Facebook Connect, Google Friend Connect u OpenID tienden a desplazar el problema de la autentificación, erigiéndose para nosotros en supervisores globales frente a terceros. ¿Eres tú? nos pregunta un nuevo servicio al que queremos acceder *online*. Haz clic aquí, permítenos verificarlo y controlar los datos de tu perfil en Facebook, donde se supone que dices siempre la verdad. Identificarse significa ofrecer autenticidad, o sea, literalmente, procurar que «lo mismo» (*autos*) tenga «autoridad», y que dicha autoridad proceda de dentro (*entos* < *intus*), y no de una autoridad tercera ahí fuera. *Autos-entos*, yo mismo tengo autoridad sobre mí mismo. Mi identidad la he construido yo mismo y la gestiono yo. Lo cual implica obviamente que yo puedo darle un sentido y comunicarla de forma comprensible, es decir que los usuarios sean autónomos y conocedores del uso de los instrumentos digitales. Los servicios por los que navego con mi *browser*, a lo sumo, sólo tendrían que dar su visto bueno, sin pedirme datos inútiles para hacer mi perfil. Es como cuando me sellan el dorso de la mano para entrar en un concierto: no se me pide el carné de identidad, ni tampoco quienes son mis amigos, mis gustos y pre-

ferencias, mi situación sentimental o, en general, todos los datos que están a disposición de los servicios que gestionan nuestras identidades *online*. La idea de que alguien pueda identificarme desde fuera está basada en el hurto de mis datos personales (lo que sucede normalmente cuando recopilamos la *form* de registro en un servicio).

El postulado ideológico fuerte que hay que defender es que la autentificación, entendida como verificación de la identidad, es un proceso demasiado importante para dejarlo en manos de cualquier dispositivo (máquinas, instituciones, empresas...), que debería ocuparse de garantizar nuestra navegación «autentificada», y al que realmente se le cae la baba por perfilarnos, esperando vendernos algún *gadget* inútil y personalizado; o vendernos al mejor postor, en caso de que fuésemos por alguna razón «interesantes»: policía, servicios, gobiernos autoritarios[47]. No obstante, somos cómplices entusiasmados de una perfilación cada vez más cuidadosa, hecha en el nombre de la transparencia radical, en virtud de la cual la ingeniería social tiene a su disposición un campo inmenso de experimentación.

Mercados libres y burbujas financieras.

La transparencia radical de los usuarios no coincide en absoluto con los movimientos financieros de Facebook, totalmente opacos y declaradamente despreciativos de unas mínimas y discrecionales reglas del mercado liberal. El último capítulo de este juego peligroso anuncia una burbuja especulativa de tamaño aún mayor que el de las *dot.com* de inicios del milenio. Para reconstruirla, desde luego no recurriremos a voces críticas, al contrario utilizaremos fuentes rigurosamente alineadas «en favor del libre mercado», como el Financial Times o el Wall Street Journal.

La historia parece increíble: el 3 de enero de 2011 se descubre

[47] Propuesta de un protocolo de identificación autogestionado por los usuarios: http://www.uaiprotocol.org/

que Goldman Sachs (sociedad de evaluación del riesgo, uno de los principales responsables de la crisis financiera de los últimos años), junto con la soviética Digital Sky Technologies, está invirtiendo 500 millones de dólares en Facebook[48], ofreciendo la posibilidad a sus clientes más pudientes de que, a su vez, inviertan. La SEC (*Securities and Exchange Comission*, el organismo que debería regular el mercado financiero), está en alerta: una de las pocas reglas que hay que respetar es el umbral de 500 inversores, más allá del cual una sociedad está obligada a la cotización en el mercado principal, es decir en Wall Street; para cotizar, hace falta publicar sus propias cuentas para facilitar la valoración de accionistas e inversores. De hecho, Goldman Sachs está sorteando las reglas del mercado, creando un fondo especial de recogida de 1,5 billones de dólares reservado para unos pocos clientes, ricos y selectos, mientras mantiene la cotización de Facebook tan sólo en los mercados secundarios, sin tener que publicar ningún balance societario.

Curiosamente, el valor de la sociedad se multiplica por cinco en doce meses, y se redobla en otros cinco: a finales de 2009 Facebook valía 10 billones de dólares, en julio de 2010, 25 billones, en agosto 33, y en diciembre hay indiscreciones que la sitúan en 50 billones de dólares. Para comparar, Google, en su primera cotización millonaria post-*dot-com* fue valorada en la bolsa en 23 billones de dólares (agosto 2004); al menos Google era una empresa tecnológicamente innovadora, no un *mash-up* de tecnologías preexistentes... Dos semanas después, hacia el 20 de enero de 2011, la pre-salida a bolsa de Facebook ya había fracasado porque, según se dice, Goldman Sachs no quería tener a la SEC persiguiéndole, y porque muchos pequeños inversores estadounidenses estaban cabreados por no poder entrar en el *business* Facebook, mientras que en Europa y en el resto del mundo los ricos especuladores que hay detrás de

[48] New York Times http://dealbook.nytimes.com/2011/01/03/why-facebook-is-such-an-important-friend-for-goldman-sachs/

Goldman ya se frotaban las manos imaginando los dividendos[49].

Facebook se mantiene aún «libre» de ese mínimo control de mercado. Valorada más de seis veces sus ganancias brutas (la valoración de Google es algo más del doble de lo que gana), ha recolectado medio billón de dólares y puede acometer nuevas inversiones. Goldman Sachs ha conseguido financiar de nuevo Facebook con sus deudas (tan sólo seis meses antes de la inversión tuvo que desembolsar 550 millones de dólares por un fraude federal), haciendo crecer exponencialmente el valor de la sociedad[50]. Cuando desembarque en Wall Street, Facebook podría llegar hasta los 200 billones de dólares de valoración, y estas cifras astronómicas están provocando una burbuja financiera de proporciones inimaginables.

Sin embargo, empieza a ser evidente que el mecanismo para obtener ganancias fabulosas de las *startup* 2.0 está emitiendo señales de hundimiento estructural, como revela un rápido análisis de las salidas a bolsa de Linkedin (mayo 2011) y GroupOn (noviembre 2011). Ambas han sido espectaculares: particularmente la de GroupOn ha sido la IPO (Inicial Pubblic Offering) más consistente en el sector tecnológico desde 2004, cuando cotizó Google. Pero, pasados los 180 días durante los cuales, para limitar las dinámicas especulativas, las acciones no pueden ser vendidas, Linkedin sufre fuertes devaluaciones. Con respecto a GroupOn, la devaluación de los mercados ha empezado inmediatamente después de la salida a bolsa, como si el ciclo creación-valoración-colocación-ganancia estuviera progresivamente acortándose.

Evidentemente estas sociedades sacan ganancias sólo teóricas y totalmente ligadas a la explotación de las masas de datos sobre los usuarios que han acumulado: es por eso que los inversores empie-

---

[49] Wall Street Journal, Facebook Flop Riles Goldman Clients, http://online.wsj.com/article/SB10001424052748703954004576090440048416766.html#articleTabs%3Darticle

[50] The Goldman Sachs Facebook Deal: Is This Business as Usual? http://knowledge.wharton.upenn.edu/article.cfm?articleid=2680

zan a valorar a la baja las estimaciones de crecimiento. Como hemos aprendido de los últimos años de continuas crisis financieras, lo que importa es la perspectiva de crecimiento. Un sistema demencial, que acelera su carrera, guiado por las leyes de los datos. De hecho se habla de *data driven society*, o sea, por lo que atañe a los mercados financieros, de la distopía de una sociedad auto-regulada en tiempo real por sistemas técnicos de control de los datos disponibles. Cada vez se realizan más sondeos, un número incalculable de mediciones, como para integrar lo que no se puede: el bienestar social puesto en función del bienestar individual. Es aún más difícil evaluar el impacto de los sistemas de perfilación sobre las personas.

Un caso significativo de hiper-medición contraproducente, que ilustra claramente cómo la cantidad no produce automáticamente calidad, es Zynga, sociedad líder mundial de los videojuegos *online*. Una empresa que se guía por el culto a la medición continua, es decir por el cálculo provisional de la mejor *performance* posible, produce un ambiente de trabajo tan neurótico que imposibilita el bienestar personal. En otras palabras, si la ley de las máquinas es más rápida, más potente, más productora de datos, la aplicación de estos postulados a los seres humanos castra la creatividad y engendra malestar[51]. Hasta los mercados financieros comienzan a evaluar negativamente el exceso de competitividad empresarial, preocupados por el posible crac psicológico de los más dotados y por los consecuentes efectos negativos sobre el negocio. La salida a bolsa de Zynga (diciembre 2011) fue bien, pero las acciones empezaron a devaluarse el mismo día. En el caso de Zynga, las ganancias están ligadas a la capacidad de sacar sin parar al mercado videojuegos de éxito, aún más, de batir en cada salida su propio récord precedente. Es difícil superarse cuando ya eres campeón. Desde luego el trabajo no nos hace libres, tampoco en Silicon Valley.

Es difícil entender cómo se evalúan las sociedades de la Web 2.0 y

---

[51] Is Zynga's culture really rotten at the core? Hear how Mark Pincus described the mission in April, Geekwire, http://www.geekwire.com/2011/zyngas-culture-rotten-core

su supuesta rentabilidad. Podemos intentar entender algo más con un simple razonamiento de aritmética. Imaginemos que Facebook valiera de verdad, en enero de 2011, 50 billones de dólares; entonces declaraba tener 500 millones de usuarios; 50 billones entre 500 millones da 100 dólares, es decir cada nuevo usuario vale 100 billetes de un dólar. Si yo fuera un rico inversor de Goldman Sachs, que ha apostado digamos 50 millones de dólares (y por tanto posee el 0,1% de Facebook), pagaría (poco) a alguien para crear cuentas en Facebook: abres 1000 cuentas (con muchos *links* y muchos *posts*: hay programas que los construyen automáticamente) a cien dólares cada uno por un contravalor de cien mil dólares y aquí tienes cincuenta para tu «trabajo»; mientras tanto yo he ganado cien dólares (el 0,1% de los cien mil). Si alguien entre vosotros es un rico inversor, por favor, quisiéramos que nos contactara, también nosotros conocemos métodos para crear automáticamente cuentas en Facebook y ¡nos gustaría recibir una parte de todo ese montón de dinero que se crea de la nada! Es la promesa del capitalismo de la abundancia: todos ricos sin esfuerzo, que trabajen las máquinas. Por ahora las máquinas apuestan en las plazas financieras utilizando algoritmos, en un contexto cultural fuertemente agresivo, con agravios de trabajo cada vez mayores, despreciando totalmente las desastrosas consecuencias sobre la vida de las personas de decisiones no ponderadas y motivadas por la avaricia. Está demostrado que la cultura del azar típica de las bolsas valora positivamente el riesgo a priori y tiende a premiarlo, promoviendo comportamientos irresponsables y criminales.

La libertad de elección en la cultura del opt-out

El mundo de los gurús de las redes sociales *online* presenta notables afinidades con el de las finanzas. Jóvenes, avariciosos, temerarios, varones, blancos. Y cabría añadir: con importantes problemas para relacionarse. Ya hablaremos en profundidad de la supremacía *nerd*.

De momento, constatamos que acatar de manera crítica las posiciones de gente como Zuckerberg como panacea para nuestras prácticas sociales equivale a poner nuestra sonrisa en las manos de un dentista con los dientes podridos: aunque fuera el mayor experto mundial, no transmite mucha confianza. El buen pastor parece más interesado en nuestros datos que en nuestro bienestar; en definitiva, la idea de la transparencia radical sería la solución mecanizada a una incapacidad personal para gestionar las propias relaciones adecuadamente, a través de decisiones ponderadas.

A propósito de la libertad de elección, existe un corolario práctico a la lógica de *default power* que merece destacarse: la cultura del *opt-out*. Cuando se modifican los parámetros de *default* de millones de personas, sin comunicar el cambio, y se habla de ello de forma sibilina o a posteriori, es que implícitamente se considera que los usuarios no saben lo que quieren, o que al menos quien ofrece el servicio lo sabe más que ellos. Las redes sociales *online* acumulan enormes cantidades de datos sobre las preferencias de los distintos usuarios; analizan esos datos y los integran de forma cada vez más eficaz en sistemas de retroacción (voto, me gusta, señala, señala abuso, etc.): capturan, de hecho, la auténtica identidad de sus usuarios, obteniendo una visión más de conjunto de la que pueden tener los individuos de sí mismos. Desde su punto de vista es bastante lógico pensar que todo cambio realizado será para el bien de los usuarios a partir de la evidencia de los datos. Posteriormente, el usuario podrá decidir si quedarse fuera, optando por el rechazo (*opt-out*) de esa innovación. De hecho, la imposición de la innovación misma deriva de la supuesta ecuación novedad-bondad. La cuestión es delicada porque técnicamente se vuelve cada vez más difícil poner a millones de usuarios en condición de poder elegir de manera sencilla qué y cómo compartirlo, pidiéndoles autorización explícita, la expresión de un deseo o voluntad, es decir una lógica de *opt-in* (optar por entrar, por adherirse a la nueva funcionalidad). Además, como demuestra la cultura empresarial de Google, en nombre del

culto a la innovación y a la investigación y desarrollo permanentes, muchas veces las novedades están en fase «beta», no ensayadas, pues se espera que los mismos usuarios ofrezcan indicios útiles para mejorarlas, hasta volverlas plenamente utilizables. Por eso es más fácil arriesgarse a imponer un cambio erróneo para luego corregirlo, cuando las protestas de los usuarios se vuelven apremiantes.

Pongamos un ejemplo concreto. En diciembre de 2010 Facebook empezó a ofrecer a los usuarios de Estados Unidos una función de reconocimiento del rostro para clasificar automáticamente las fotografías cargadas por ellos. Las fotos se escanean y las caras se identifican sobre la base de las imágenes previamente memorizadas en los *tags* presentes en las bases de datos de Zuckerberg. Cuando el *software* fue introducido en Estados Unidos, levantando una marea de críticas por la gravísima amenaza a la *privacy* que representaba, Facebook notificó que los usuarios pueden desactivar la función con sólo elegir el *opt-out* de la función de *tagging* automático de las fotos, incluida en la configuración de la *privacy*. Por supuesto, ahora que la tecnología ha sido difundida a nivel internacional, Facebook no se ha molestado en avisar a todos -desde los *partners* comerciales a los usuarios privados- de que el *software* de reconocimiento facial estaba activado como impostación predefinida dentro de la red social. Pero esto no lo hace sólo Facebook: Google, Microsoft, Apple y el gobierno de los Estados Unidos trabajan desde hace tiempo en la implementación de sistemas automáticos de reconocimiento facial para el bien de los usuarios, para proteger a los ciudadanos de terroristas peligrosos. Pensándolo bien, el potencial destructivo de tal tecnología es terrorífico: en el peor de los escenarios, en un régimen autoritario, se pueden fichar de forma semiautomática a los disidentes fotografiados en una plaza, poner en marcha una vigilancia reticular e intervenir cuando se considere más oportuno. Lo mismo vale para todo tipo de malhechores en un régimen democrático. La lógica del *opt-out* deriva del principio de los *coder* «*release often; release quickly*», es decir publicar lo más fre-

cuentemente posible nuevas versiones de *software*. Cuando hay un número suficientemente extenso de ojos que observan y corrigen, los *bugs* saltan a la vista y se resuelven en las versiones sucesivas. Lo que pasa es que las relaciones sociales no son codificables en ciclos lógicos, los efectos colaterales de un error de evaluación en la introducción de una tecnología pueden ser letales.

La «webización» de lo social en la perfilación de masas conduce a resultados paradójicamente antisociales, porque nos convertimos en culpables por asociación, o inocentes por disociación. Como las personas que toman las decisiones delegan cada vez más en los algoritmos, es previsible un número creciente de errores de evaluación fácilmente evitables *offline* o en un sistema descentralizado. Si tenemos el mismo nombre de una persona con antecedentes penales, o de un terrorista fichado en las listas de las policías federales, las máquinas nos señalan como culpables, no consiguen distinguirnos de nuestro homónimo. Si además somos víctimas de una sustracción de identidad y nuestra tarjeta de crédito se utiliza para cometer un acto ilícito y sufrimos una estafa, desde el punto de vista de nuestro alter ego digital somos culpables sin ninguna duda: de la presunción de inocencia se pasa a la presunción de culpabilidad. La criminalización de la sociedad es una consecuencia lógica de los mecanismos de perfilación, inspirados en el *profiling* criminal, que siempre favorecen a los malhechores, aquellos que actúan pensando continuamente en una coartada.

Los usuarios comunes se exponen a todo tipo de abusos por parte de una perfilación que les culpabiliza. Una cuenta en Facebook, en Google+, en Twitter no es propiedad del usuario, es un espacio puesto a su disposición gratuitamente, a cambio de su disponibilidad a ser seccionado en partes comercialmente interesantes. Individualmente, el usuario vale menos de cero, y como es él quien tiene que demostrar su inocencia, además de ser la persona verdadera, es muy probable que vea cómo se le deniega el acceso. En el caso de Facebook, entre las posibles razones para hacerse

expulsar, la más común concierne a la utilización de un nombre falso que en ocasiones puede ser fácilmente reconocible, pero en otras no. Probablemente el nombre Superman es un *fake*, pero ¿qué algoritmo puede decidir si Ondatje Malimbi es de verdad un usuario keniano de madre sueca o no lo es? Quizás debería tener acceso al registro, a los datos fiscales y a la seguridad social, puede que no andemos muy lejos de este escenario. Entre paréntesis, tomemos nota de que los gobiernos autoritarios tienen menos problemas en realizar la transparencia radical.

Los gestores de los *social media* contribuyen decididamente a establecer lo que es lícito y lo que no lo es, plasmando las reglas de la sociedad en la que vivimos. Aún no tienen el poder de meter en la cárcel a nadie, pero colaboran activamente con los gobiernos para que se respeten las leyes, escritas y no escritas; particularmente Google, que desde siempre hace negocios con la Intelligence americana. Es ejemplar el caso de Keyhole, un *software* de rastreo vía satélite vendido en 2004 a Google por In-Q-Tel[52] (sociedad de *venture capital* relacionada con la CIA), ahora conocido como Google Earth. Después de la aprobación del USA Patriot Act, que prevé sanciones durísimas para los que colaboren con gobiernos enemigos, quien ofrece servicios *online* está especialmente atento y prefiere la censura preventiva, en lugar de arriesgarse a hospedar en sus servidores a terroristas potenciales o simplemente usuarios no gratos al gobierno USA. La paradoja es que, en los países embargados, en muchas ocasiones se cierran los perfiles de los disidentes, mientras que por supuesto los partidarios de los regímenes no tienen ningún problema en difundir su propaganda a través de los

[52] En la actualidad la In-Q-Tel se ocupa especialmente de sistemas de criptografía y espionaje en el *cloud computing*, pues al parecer el Pentágono quiere hacer «más seguras» las nubes de datos, puede que para evitar otro caso Bradley Manning, el militar, actualmente detenido, que pasó los cablegramas a Wikileaks. «Spycloud: Intel Agencies Look to Keep Secrets in the Ether», Wired, junio 2011, http://www.wired.com/dangerroom/2011/06/spycloud-intel-agencies-look-to-keep-secrets-in-the-ether/

servidores gubernamentales. Alabando la revolución de Twitter en Irán, nadie, ni siquiera los funcionarios gubernamentales que han magnificado su función democrática, se ha percatado de que Twitter, permitiendo a los ciudadanos iraníes utilizar sus servicios, estaba infringiendo los términos del embargo USA...

La censura es muy activa en Facebook, que con frecuencia se pone como garante de la neutralidad de la red, un concepto que ya hemos criticado. La particular interpretación de la democracia de Facebook está basada en su moralismo, que ya vimos en acción. A cualquier usuario sospechoso de *hate speech* (discursos de odio) se le castiga con la expulsión. Recordemos una historia típica:

> Mi cuenta ha sido cerrada junto con la de *** porque éramos administradores del grupo «arremete en contra de Daniela Santanchè» [conocida política de extrema derecha italiana]. Mejor, yo era administradora, él era el creador. Simplemente he intentado conectarme y se me ha avisado de que mi cuenta había sido inhabilitada. He enviado el *mail* a la dirección que encontré entre las FAQ. No han contestado al primer *mail*, sí al segundo (una semana después).

La respuesta ha sido la habitual del servicio de clientes de Facebook:

> Hola ***,
> Tu cuenta ha sido cancelada por ser administrador de un grupo que ha sido expulsado por la violación de la Declaración de los derechos y de las responsabilidades de Facebook. Están prohibidos los grupos con contenidos o imágenes que promueven el uso de drogas o imágenes de desnudos o que aluden a actividades sexuales, además de los grupos que incitan a la violencia o atacan a un individuo o un grupo de personas. Lamentablemente, por razones técnicas y de seguridad, no podemos proporcionarte más detalles acerca del grupo eliminado. De todas formas, después de haber analizado tu situación, hemos reactivado tu cuenta, a la que ahora puedes acceder nuevamente. Con el fin de evitar situaciones

> parecidas, asegúrate de controlar de vez en cuando los contenidos de los grupos que administras. Si no quieres tener esta responsabilidad, puedes eliminar tu condición de administrador haciendo clic en «Modifica miembros» en la página principal del grupo, y luego hacer clic en «Elimina administrador» al lado de tu nombre. Para ulteriores informaciones acerca de los comportamientos prohibidos por Facebook, lee la Declaración de los derechos y de las responsabilidades, a la que puedes acceder haciendo clic en el *link* «Condiciones» en la parte inferior de cualquier página de Facebook.
> Gracias por tu comprensión, ***
> User Operations
> Facebook

A este usuario se le ha reactivado la cuenta; al creador del grupo no, quizás por ser reincidente en la creación de grupos de *hate speech*. Está claro que en casa ajena nos comportamos como deciden los otros, en este caso Facebook. De todas formas, curiosamente la pornografía está formalmente prohibida, confirmando así que se trata de un sistema de pornografía emocional difusa. El chantaje emocional es explicito en cuanto una persona intenta borrarse: después de todo el proceso (en este caso hay que confirmar varias veces la propia decisión de manera explicita, o sea es fácil entrar y difícil salir), se muestran fotos en las que el usuario es etiquetado al lado de otros conocidos. La descripción que aparece debajo de cada foto informa de que: «fulano te echará mucho de menos».

Lo que sea o no sea el *hate speech* se deja al completo albedrío de los gestores del servicio. Por un lado, se puede producir el cierre de vuestra cuenta por blasfemar: las condiciones son que Facebook conozca vuestro idioma y sea capaz de entender la blasfemia, o bien que algún delator os denuncie a la autoridad garante de la moralidad pública en su tablón de anuncios privado. Por otro, si estáis buscando un grupo racista, sexista, nacionalista, fanático en Facebook lo encontraréis fácilmente; por supuesto, también en este

caso podéis ayudar a la censura señalándolo. Es difícil defender la libertad de elección y de palabra cuando se está sometido a la lógica algorítmica, la misma lógica por *default* de Google cuando muestra los resultados que considera peligrosos. Casi siempre se trata de contenidos obscenos, escenas de sexo explícito, que de todas formas pueblan la mitad de la Web, mientras que la violencia explícita está considerada mucho más favorablemente. Si queréis todos los resultados, también en este caso tendréis que saliros de la función estándar activada por Google para protegeros de vosotros mismos, y hacer clic en «desactiva SafeSearch».

El racismo, el sexismo, la violencia, el nacionalismo, el fanatismo, la pedopornografía ya existían antes de las redes sociales *online*; no los han creado estas herramientas, aunque resulta desconcertante lo fácil que es que un mensaje publicitario malintencionado se infiltre en una red social de personas que confían en las máquinas para elegir entre lo que es correcto y lo que es incorrecto. Por lo general, el diluvio de informaciones no contextualizadas favorece la propagación de mensajes extremos, parciales y engañosos, a lo mejor disfrazados de urgentes llamamientos humanitarios o que salen en defensa de una identidad común. Correos o *social media*, todos conocemos los sistemas de estafa, la propagación de las cadenas humanitarias para salvar a esta o a aquella pobre niña que padece una rara enfermedad y necesita dinero urgentemente; las peticiones a este o aquel gobierno para que intervenga a favor o en contra de alguna causa; los mensajes de *scamming* que prometen fabulosas riquezas a los que presten su cuenta corriente a un rico señor nigeriano exiliado. Como los que nos reenvían dichos mensajes son nuestros amigos, o eso se supone, bajamos las defensas críticas, los aceptamos y los difundimos de manera incontrolada.

Aún más complejo, aunque sustancialmente análogo, es el caso de los mensajes malintencionados e ideológicos enmascarados. Si os invitan en Facebook amigos del grupo «todos contra la pobreza» para sostener una cena benéfica, probablemente diréis «me gusta»

y destacaréis esta loable iniciativa a vuestros *followers* en Twitter, al tiempo que haréis circular el *link* en vuestro blog y en las *mailing lists* que frecuentáis. Como estamos acostumbrados a un tiempo fragmentado en mínimos instantes de atención, a no estar vigilantes y ser competentes y prudentes, difícilmente notaremos a primera vista que se trata de una cena benéfica para apoyar la causa de los enclaves serbios de Kosovo, es decir de los nacionalistas serbios de Bosnia; los mismos que a mediados de los noventa causaron el genocidio kosovaro en la ex–Yugoslavia, organizado por un grupo de extrema derecha nacionalista. Los algoritmos de Facebook, Twitter y Google, creados por técnicos excelentes -en el mejor de los casos poco conocedores del mundo- no pueden erigirse en jueces tecnológicos de la bondad o la no bondad de un contenido.

Substitutos de la presencia y garantías emocionales

Subsisten por tanto muchas críticas a propósito del lenguaje que hemos indicado como el segundo límite de la experiencia humana y por tanto social. Los algoritmos de las redes sociales *online* son mucho menos sofisticados que el lenguaje humano; la Web semántica queda aún bastante lejos, de momento son los usuarios quienes se portan cada vez más acorde con la capacidad de comprensión de las máquinas, recopilando diligentemente sus perfiles *online* y aceptando que su riqueza lingüística quede comprimida en los 140 caracteres de Twitter o en el ubicuo «me gusta».

El primer límite, el cuerpo, resulta todavía más castigado. Hay que adaptarse físicamente a los *social media*, reaccionar, desarrollar habilidades digitales en el sentido de nuevas formas de motricidad de los dedos para manejar teclados cada vez más pequeños y pantallas táctiles. Pero quien manda es el ojo, pues, a pesar de las promesas de la realidad virtual, la pantalla sigue siendo el medio para acceder a los *social media*. Tacto, gusto, olfato quedan completa-

mente excluidos (con la excepción de las consolas para videojuegos que empiezan a simular el tacto, pero siempre con la pantalla como medio), aunque de todas formas tampoco se utilizan *offline*. El oído se alimenta de sonidos de baja calidad, desde los mp3 a las melodías de los móviles, un verdadero abismo, si lo comparamos con la estereofonía analógica. Sin embargo, lo que se busca en los *social media* es al fin y al cabo un contacto con los demás, o sea un contacto físico, por mediado que esté. En este sentido, todos los medios sociales son medios para subrogar la presencia, para mostrar un simulacro que disimule una ausencia y una lejanía física, para concretizar el evanescente recuerdo del otro. Quizás la vida cotidiana nos resulte insoportable, ahora que nos hemos acostumbrado a nuestra localización total y, al mismo tiempo, a prorrogar continuamente nuestra presencia física, puesto que no somos ubicuos. Al menos creemos que participamos en la construcción de mundos compartidos, como nos promete Facebook, cómodamente sentados delante de nuestro ordenador, y sin correr los riesgos de la presencia física.

Y no sólo esto: todo acontece más deprisa *online*, todo es mucho más real a causa de una aparente mayor densidad. ¿Cómo podemos reunir cien, mil amigos y conocidos e interactuar con todos ellos? ¿Cómo podemos seguir simultáneamente todas las fuentes de noticias de las personas, titulares, grupos, empresas que consideramos interesantes e influyentes? Es absolutamente imposible. Con Facebook, Twitter & C., esta coexistencia, reemplazada por la puesta en común de la plataforma impuesta por los *social media*, se vuelve experiencia que marca la cotidianidad. La paradoja es que, para ser socialmente más activos, para ejercitar y desarrollar nuestro yo digital, necesariamente tenemos que ser más pasivos físicamente. Se necesitan muchas horas de uso disciplinado de los *social media* para crear un perfil cautivador y popular. Hacen falta horas de ejercicio diario, esforzarse en interactuar con ordenador y *smartphone*, horas en las que nuestro cuerpo se transforma en un gran ojo, en las que nos dedicamos a hacer surf sin bucear nunca, sin profundidad

posible, con una escucha mínima, listos para captar y responder a los estímulos de la realidad «ahí fuera».

Es inevitable que la experiencia real se vuelva más enrarecida, y por supuesto aburrida y repetitiva en comparación con la abundancia de la sociabilidad *online*; incluso peligrosa, puesto que en la vida real no sólo existen amigos y *followers*. Los substitutos de la presencia alejan la realidad y tienden a sustituirla de manera más convincente y menos comprometida. Los instrumentos tienden a monopolizar las exigencias que pretenden satisfacer y se tornan la única respuesta posible, insustituible e inevitable[53]. Si todos van en coche es difícil, cuando no peligroso, ir a pie para desplazarse, aunque en coche se vaya a paso de tortuga. Si todos utilizan el móvil para comunicarse, no habrá nadie en la plaza para charlar, pues incluso los que estén ahí estarán hablando con otros por teléfono. En definitiva, lo real es menos seductor que nunca porque se impone la perspectiva de estar sentados y acceder con los ojos, con un mando o con un teclado, en lugar de levantarse e ir a explorar el mundo con todo el cuerpo. Se trata de una mutación antropológica regida por los *media*, capaces de hacernos olvidar su propio carácter de mediadores, de interposición entre los cuerpos y la misma percepción de la realidad:

> Los media quisieran convencernos de que son herramientas de acceso a la vivencia, cuando en realidad se han vuelto portales que sólo permiten los *frames* [experiencias pre-ordenadas en forma de cuadros], que ofrecen y traducen continuamente lo habitable en lo accesible, tanto en la red como a través de la red. [...] Se produce una clonación de la vivencia, no porque

---

[53] El análisis de Ivan Ilich de los sistemas de las herramientas tecnológicas y de la técnica que los sostiene, aunque actualizable, sigue siendo una referencia imprescindible. Aún más actual es el contraste entre herramientas industriales y convivenciales, en *La Convivencialidad*, Barcelona, Virus, 2012. «La convivencialidad es la libertad individual realizada en la relación de producción dentro de una sociedad dotada de herramientas eficaces. Cuando una sociedad cualquiera reprime la convivencialidad por debajo de un cierto nivel, se vuelve presa de la carencia; desde luego ninguna hipertrofia de la productividad podrá satisfacer nunca las necesidades creadas y multiplicadas por la competitividad».

> los media puedan sustituir la experiencia, sino porque se ponen como condiciones necesarias de la misma: se nos imponen con la seducción de esa vieja zalamera que es la tecnología, cuya carta ganadora siempre ha sido el susurro lascivo al oído del «yo te sirvo».[54]

¿Para qué sirven los *social media*? Tranquiliza conectar el ordenador y encontrar todos los contactos en *skype*. Tranquiliza ver muchos *mails* en el buzón del correo; tranquiliza ver tus *posts* comentados. Los *social media* nos aseguran que hay un mundo ahí fuera, que es un mundo muy activo y que nosotros estamos integrados en ese mundo. Cada sms, cada pitido, *post, mail, tweet*, además de la dichosa función comunicativa, desempeñan también la función primaria de confirmarnos nuestra existencia dentro de una red social. La frenética "distratención" derivada del uso de los *social media* se debe, al menos parcialmente, a la relativa novedad de estas tecnologías. Estamos todavía aprendiendo a relacionarnos con la vida en tiempo real.

Si necesitamos ser tranquilizados, eso quiere decir que vivimos en un perenne temor a la soledad y el abandono. Hay diferentes grados, pero así es. Paradójicamente, los *social media* son una fuente de garantía y frustración al mismo tiempo; necesitamos controlar que existimos, especialmente a nivel social, porque siempre puede ser que los demás se reúnan sin contar con nosotros, o que se lo estén pasando bien en otra parte; descubrirlo en tiempo real puede ser un duro golpe para nuestra autoestima. Los psicólogos sociales lo llaman síndrome del abandono: FOMO (Fear Of Missing Out)[55]. La experiencia de la soledad se ha vuelto rara, al igual que la del silencio, de la lentitud, de la profundidad, quizás porque, habiéndolo vertido todo *online*, quedarnos solos significaría enfrentarse con un vacío interior insoportable, además de con un cuerpo amputado de sus herramientas de conexión (las extremidades, los sentidos),

---

[54] Franco La Cecla, *Surrogati di presenza. Media e vita quotidiana*, Milano, Bruno Mondadori, 2006, p. 26.

[55] John M. Grohol, «FOMO Addiction», http://psychcentral.com/blog/archives/2011/04/14/fomo-addiction-the-fear-of-missing-out/

sustancialmente discapacitado. Se puede enmarcar el fenómeno de la expansión de las redes sociales *online* en un proceso de larga duración de reducción de la corporalidad e inversión hacia lo visual, en detrimento de los otros sentidos, a través de la invención de tecnologías mediáticas. Hace mucho que intentamos alejar la realidad y dominarla desde lo exterior con una mirada omnipotente, buscando al tiempo participar sin herirnos; es, en cierto sentido, la historia misma de la técnica occidental. Volveremos a ocuparnos de estas temáticas en la última parte. Ahora damos un paso atrás respecto al cuerpo y uno adelante respecto a la sociabilidad *online*, para investigar los aspectos más propiamente políticos de las redes sociales digitales.

SEGUNDA PARTE

EL PROYECTO *RIGHT LIBERTARIANS* A LA CONQUISTA DEL MUNDO: REDES SOCIALES, *HACKERS*, ACTIVISMO, POLÍTICA INSTITUCIONAL

Ideologías en la red: la Ilustración de Google y el libertarianismo de Facebook

Hemos llegado al aspecto más personal, el más cercano: la cuestión política. Aunque aparentemente la política no tenga mucho que ver con las redes sociales, en realidad sí tiene, y mucho. Es más, la ideología política subyacente a las lógicas empresariales marca una gran diferencia entre los dos colosos de la sociabilidad *online*, desde hace mucho tiempo en competencia entre sí: Facebook y Google.

Ippolita se ha esforzado en atacar sin remisión el totalitarismo de Google, mediador de todas las informaciones del mundo. Sin embargo Google es, en cierto sentido, un proyecto de la Ilustración: es la continuación del viejo sueño del conocimiento global, extendido a todos los que tienen acceso a los servicios de Google, un benévolo tirano iluminado. El objetivo de la Ilustración es sin duda compartible: liberar al ser humano de su «estado de inferioridad», haciéndolo más autónomo. Por tanto, el lado oscuro de Google es el lado oscuro de la misma Ilustración, es decir el despliegue ilimitado de la Racionalidad científica, del Progreso tecnológico y de todas las mitologías afines. El momento regresivo de la razón es la barbarie del control total, la alienación de lo humano (y de lo viviente en su conjunto) sometido a la nueva religión de la Máquina. Google es sin duda una encarnación de la Megamáquina en todos sus aspectos, positivos y negativos. Ha creado algoritmos y filtros para ofrecer resultados de manera nueva, es el fruto de la investigación y de la innovación tecnológica, ofrece servicios que potencian actividades cotidianas preexistentes, originariamente todas basadas en la búsqueda de informaciones. Sus contenidos no derivan solamente de la perfilación de los usuarios, sino también y sobre todo de una tendencia a la creación de un patrimonio informativo utilizable libremente, con todas las limitaciones de la libertad de acceso gestionada por un sujeto tecnológico por cuenta de los usuarios, sin intenciones malignas (*Don't be evil*) y en un contexto de «libre mercado» capitalista.

En Estados Unidos Google se percibe como un proyecto más bien liberal, es decir, según los criterios europeos, de centro-izquierda, mientras que en el resto del mundo se ve como un defensor de la libertad de expresión, en oposición a los gobiernos represivos y anti-americanos. Las disputas con China han difundido la imagen de una empresa comprometida con la difusión de los valores democráticos o, al menos, con la democracia formal del acceso a las informaciones. Desde luego, hay algo bueno en la idea de poner todas las informaciones a disposición de todos. En el fondo, se trata de una singular reinterpretación del sueño americano: Google conjuga el mito del Oeste, trasladando *online* la frontera del movimiento de conquista. Hay progreso en la acumulación de datos que satura la red y en una visión de carácter universal de *koiné* a escala global, de Enciclopedia a la que todos contribuyen, que incluye investigaciones, imágenes, *mail*, mapas, libros, artículos, todo. En suma, si dejamos de considerar el enorme problema de la gestión del conocimiento por parte de un sujeto privado, si no nos preocupa la delegación en una tecnocracia, Google no está tan mal. Por supuesto, se producirán cada vez más conflictos (por la amplitud de los intereses de Google y el alcance global de sus servicios) con particulares, instituciones nacionales e internacionales, debido a las violaciones de la *privacy*; se darán posibles abusos de posición dominante, constitución de carteles, colaboración con servicios gubernamentales para fines de espionaje y más cosas. Pero es igualmente cierto que Google, como empresa de conocimiento global, no procede de premisas claramente identificables en el panorama político.

Sin embargo, no se puede decir lo mismo de Facebook, un proyecto promocionado y financiado por la extrema derecha estadounidense, *right libertarians*, es decir libertarios de derecha, también conocidos como anarco-capitalistas, un oxímoron muy adecuado. Dar cuenta rápidamente de esta ideología política resulta complejo, en especial desde un punto de vista europeo, pues en Europa las ideas libertarias pertenecen históricamente al anarquismo y a cierto internacionalismo socialista, rico en matices, desde el

municipalismo libertario al anarco-sindicalismo, desde el anarco-comunismo al individualismo; en todo caso, reconducirlas hacia una lectura decididamente anti-socialista parece una absurdez lógica.

Y es que, como veremos, los libertarios de derecha (desde ahora en adelante libertarianos, para distinguirlos de los *left libertarians* de matriz anarquista) tienen una función central en las políticas y prácticas no sólo de Facebook, sino también de aquel conjunto de valores emergentes de los mundos digitales en los últimos decenios. Existen puntos de contacto relevantes entre las prácticas del *hacking* y las ideas profesadas por los *right libertarians.* En esta perspectiva, no se trata de un *excursus* entre la filosofía política y la teoría económica, sino de un intento de individualizar el hilo conductor de fenómenos aparentemente ajenos entre sí, tales como Facebook, Wikileaks y Anonymous, por citar algunos.

Los libertarianos: breve historia de un capitalismo fanático

El libertarianismo es un variado conjunto de tendencias políticas que, desde los años sesenta del siglo XX, se propone la realización radical de las libertades individuales en un contexto exclusivamente de libre mercado, en oposición total a cualquier tradición o práctica socialista. Algunas variantes consideran posible mantener un mínimo de sociedad compartida, confundiendo adrede las relaciones sociales con las instituciones sociales, configurándose así como un *minarquismo* (promotor del «Estado mínimo»). Sin embargo dicho individualismo radical aparentemente anarquista, en las obras de los pensadores libertarianos más conocidos, como Murray N. Rothbard, Robert Nozick y Ayn Rand, sólo se puede realizar con la ruptura de las instituciones sociales opresivas, entre ellas el Estado, lo cual da pie a la definición paradójica de anarco-liberales o anarco-capitalistas.[56]

[56] Para una introducción que remite a los textos clásicos del right libertarianism, véase el portal de orientación anarco-capitalista http://www.ozarkia.net/bill/anarchism/faq.html

Para entender el contexto teórico del origen del anarco-capitalismo, resulta útil estudiar un poco las posiciones de Rothbard, el primero en usar el término de *libertarian.* Economista, discípulo en los años cuarenta de Ludwig von Mises en Nueva York, Rothbard opera una síntesis original entre el feroz anti-socialismo de la escuela económica austriaca y los pensadores individualistas americanos, en especial Lysander Spooner y Benjamin Tucker. El libre mercado capitalista, siguiéndole el hilo a la escuela económica austríaca, es el único sistema capaz de garantizar las libertades individuales, bueno por naturaleza; es decir, una forma de Derecho natural que asume el derecho a la propiedad como un derecho «natural» y la expansión de la propiedad como el único baluarte de la «verdadera libertad». Cualquier institución que se interponga entre el individuo y el disfrute de la propiedad privada ha de considerarse opresiva, una tiranía contra la cual todo se vuelve lícito. En función del fin supremo de la libertad individual Rothbard critica lo que considera el moralismo legalista de los libertarianos más conformistas con el statu quo institucional e insta a que la práctica política tenga que mofarse de las leyes opresivas de los Estados y de los gobernantes, para conseguir un mercado verdaderamente libre.

Se produce así un cortocircuito en la formulación misma del concepto de libertad: al final, la única libertad legítima es la del mercado capitalista, en tanto fruto de la libre acción de sujetos individuales absolutamente libres motivados por el propio interés privado de acumulación y consumo. Puesto que el anarquismo individualista se corresponde con el máximo de libertad individual, y el libre mercado con la realización de tal libertad, en consecuencia, según las mismas palabras de Rothbard, anarquismo y capitalismo son sinónimos:

> nosotros [anarco-capitalistas] creemos que el capitalismo es la plena expresión del anarquismo y que el anarquismo es la plena expresión del capitalismo. No sólo son compatibles, sino que no es posible conseguir el uno sin

el otro. El verdadero anarquismo será capitalista y el verdadero capitalismo será anarquista.[57]

Más adelante examinaremos las paradojas de esta profesión de fe en las bondades del libre mercado. De momento, nos interesa subrayar el alto nivel de afinidad de las palabras-clave de la doctrina económica y política libertariana con las prácticas del turbo-capitalismo californiano[58]: libertad individual realizada sólo en términos de intercambios económicos y monetarios; individuos considerados como actores libres por naturaleza, que atribuyen un valor del todo subjetivo a objetos, servicios y utilidades disponibles en un ideal mercado libre capitalista; desregulación absoluta necesaria para la realización de un mercado bueno por naturaleza, exento de interferencias estatales o de todas las formas supraindividuales; propiedad como derecho natural y como fundamento de la identidad individual; acumulación de bienes y utilidades como fin y contenido a la vez del concepto de libertad.

La sociedad aparece como el producto de las acciones humanas de intercambio económico individual. Para entender cómo dicha visión llega a conformarse, hace falta dar otro paso atrás. Dentro de la visión de la teoría económica austriaca, particularmente en la formulación del maestro de Rothbard, Ludwig Von Mises, el individuo está determinado aprioristicamente por una praxis, con independencia de las acciones concretas que lleva a cabo, cuyo estudio, la praxeología en concreto, permite detectar los axiomas invariables.

---

57 http://www.lewrockwell.com/rothbard/rothbard103.html

58 El término *turbo-capitalism* fue acuñado por el economista conservador Edward Luttwak, *Turbocapitalismo: quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*, Barcelona, Crítica, 2000. Lo utilizamos en clave polémica, pues está claro que las derivas actuales han llegado bastante más allá del análisis de Luttwak. Nos permitimos remitirles al capitalismo de la abundancia de Google, y de la Silicon Valley en general, a través del análisis esbozado por Ippolita en *Luci e ombre di Google*, Milano, Feltrinelli, 2007, cit., cap. II Be Google – Arma N 1: GooglePlex, il capitalismo mórbido; ed. Esp. *El Lado Oscuro de Google*, Barcelona, Virus, 2010.

Las verdades absolutas derivan de un sólo axioma, el Axioma Fundamental (principio de la Acción)[59], es decir: los individuos actúan para conseguir unos fines (subjetivos), y para hacerlo usan unos medios. Dicho axioma se considera verdadero para todos los seres humanos, en cualquier lugar y tiempo; no se puede invalidar o falsear, porque aunque lo negara estoy actuando (en la negación). En términos filosóficos, podemos decir por tanto que el axioma de la acción es una «proposición sintética a priori». Del Axioma Fundamental deriva la verdad, igual de absoluta, que cada individuo intenta siempre maximizar para su propia utilidad. Un individuo siempre actúa para modificar su propia condición presente, considerada insatisfactoria, y para sustituirla por una condición que estima mejor. Por tanto, toda acción humana es la eliminación de una insatisfacción percibida, de una necesidad. Dicho de otro modo, toda acción humana tiende a la adquisición de utilidad, toda acción tiende al provecho individual, del todo subjetivo. El individuo no puede evitar actuar, moverse, intentar maximizar su propio beneficio, que se concreta en la acumulación de bienes. Mucho es bueno, más es mejor. Cantidad.

El concepto de tiempo como recurso escaso aclara ulteriormente la enorme influencia de esta doctrina del ser humano libre en tanto consumidor en la realización de las redes sociales digitales y del conglomerado ideológico que subyace en la así llamada Web 2.0. Considerada la escasez del recurso tiempo, y puesto que el fin de las acciones humanas es la satisfacción de necesidades a través del consumo-acumulación de bienes, cuanto antes se consiga la satisfacción, mejor. La consecuencia de esta impostación del todo deductiva es que cuanto más corto sea el período de la acción, bien se trate de producción o de consumo, tanto mejor. Los individuos, consumidores motivados por necesidades subjetivas, prefieren una satisfacción presente a una futura. Pronto es bueno, antes es mejor. Rapidez.

[59] Murray N. Rothbard, «Praxeology: The Methodology of Austrian Economics», in *The Logic of Action One: Method, Money, and the Austrian School*, Edward Elgar, Cheltenham, 1997, pp. 58-77, epecialmente en la pág. 70. http://mises.org/rothbard/praxeology.pdf

Evidentemente, la praxeología, en los diferentes desarrollos llevados a cabo por los autores de la escuela austriaca, es mucho más articulada y compleja de lo que podemos reflejar aquí; en muchos casos, como toda teoría universalista, presenta contradicciones insalvables. Lo que importa es detenernos sobre el efectivo punto de contacto con la tradición individualista americana, de ascendencia anarquista, es decir el subjetivismo absoluto. En la teoría económica clásica, inglesa y no (también en Marx, por ejemplo), existen valores objetivos de los que se deriva una axiología[60]. Sin embargo, según la praxeología austriaca, no existen valores objetivos. El intercambio económico puede ser ventajoso para ambos contrayentes, es más, debe serlo, de lo contrario el axioma de la maximización de la ganancia individual en el menor tiempo posible quedaría invalidado. Lo cual significa que un bien tiene un valor distinto para individuos distintos, por tanto existe la posibilidad de generalizar las ganancias y un crecimiento ilimitado efectivo, no basado en el error de valoración del valor objetivo.

Pero esta expansión generalizada del bienestar económico individual, que aquí coincide con la libertad *tout court*, sólo es posible en una situación de libertad absoluta (económica), o sea de ausencia de interferencias por parte de las instituciones, siempre coercitivas, que sustraen propiedad a las personas, manipulan las conciencias, castran las percepciones de los individuos, que son capaces por naturaleza de tender a la satisfacción rápida y completa de sus necesidades actuales y de proyectarse en una nueva acción para satisfacer nuevas necesidades, en una progresión infinita. Aquí reside el *link* con el individualismo: el individuo, sujeto absoluto

[60] Un bien tiene un valor definido o definible, calculable en términos objetivos; por tanto, para que se pueda concebir un crecimiento económico de tipo capitalista (acumulación de bienes y capitales), en el intercambio entre actores económicos alguien perderá y alguien ganará. En la situación ideal más sencilla (un intercambio entre dos) si el bien vale diez y se compra a once, el comprador habrá perdido; si se compra por nueve, habrá perdido el vendedor. De lo cual se deduce que se puede conceptualizar el provecho, la plusvalía, etc.

postulado de manera absoluta, necesita de libertad absoluta, que se le desvincule literalmente de toda obligación (lat. *ab-solutus*).

El Estado-nación, socialista o capitalista, es a todas luces el enemigo común de la escuela austriaca y del individualismo americano; y aún más el Estado federal y todas aquellas instituciones que pretenden regular el mercado capitalista, reduciendo de hecho la libertad individual. No todos los libertarianos sostienen la necesidad de la destrucción del Estado. Hoy en día, el exponente más conocido de la postura anarco-capitalista es el economista estadounidense David Friedman, asertor de un cierto gradualismo en la abolición del Estado opresor.

El discurso anarco-capitalista en su globalidad se puede sintetizar en una palabra: privatización. Privatización extendida a cada sector de la sociedad, desde las empresas al derecho individual. Ninguna mediación, el individuo debe triunfar. ¿Quién es este misterioso individuo? La crítica de las redes sociales *online* que llevamos a cabo aquí, evidentemente se aplica también al anarco-capitalismo: la pregunta fundamental es siempre relativa a la identidad, individual y colectiva. Puesto que los seres humanos desarrollan su individualidad tan sólo en un contexto social, desde un punto de vista puramente teórico no tiene sentido razonar acerca del individuo como identidad fija y absoluta, separada por completo del contexto social, biológico y cultural en el cual está inserto.

Es más, desde un punto de vista filosófico, el subjetivismo absoluto del cual se deduce la teoría económica general situándose cerca del individualismo anarquista resulta en abierta oposición al relativismo radical que impregna nuestra investigación. No tenemos ningún interés en describir las redes sociales «tal y como son de verdad», en la estela del más clásico determinismo tecnológico que quisiera revelar la esencia verdadera de una tecnología. Tampoco podemos aceptar la idea de que alguien pretenda saber cómo son realmente los seres humanos y deducir de ello infaliblemente a la sociedad entera. Sería irreal además de incorrecto. Que existan

realidades fuera de nuestro alcance no significa en absoluto que el mundo pueda causar la veracidad de una creencia. Algunas descripciones del mundo son mejores que otras porque nos permiten actuar mejor que otras, no porque reflejen el mundo tal y como es realmente. Por tanto, nuestra elección de un relativismo radical no significa condenarse a sostener con fuerza que cada posición es igual a cualquier otra, sino todo lo contrario, significa sostener con fuerza nuestra propia visión de las cosas exactamente porque es sabido que no existe condición o verdad última alguna en la realidad[61].

Además, la idea de un sujeto completamente desvinculado, sin ataduras con el mundo circundante, obsesionado por su propio afán de actuar con la máxima rapidez (en sentido exclusivamente económico), está en clara contradicción con las vivencias concretas de los seres humanos, es más, de los seres vivos y hasta de los no-vivos. Entrelazamos continuamente relaciones y apegos por razones no económicas; no siempre actuamos para maximizar nuestra utilidad personal. A veces preferimos postergar (hasta negarnos) la satisfacción de un deseo o una necesidad, no sólo para complacer a los demás, o por evidente masoquismo, sino también para ampliar los márgenes de nuestra libertad, en un juego articulado de pesos y contrapesos. Reconocer el valor positivo de los límites forma parte integrante de la experiencia humana (el cuerpo y el lenguaje), por doloroso que sea el descubrirse limitados en el tiempo y en el espacio y dotados de recursos psíquicos y físicos limitados, de la misma forma que lo es el horizonte común del planeta Tierra. La

---

61 Según el constructivismo no es posible perseguir una representación objetiva de la realidad, pues el mundo de la experiencia en el cual vivimos es el resultado de nuestra actividad constructiva. El conocimiento es un proceso vital, o sea vivir es un proceso cognitivo. Los problemas epistemológicos (relativos al conocimiento) sin duda son problemas ontológicos (relativos a la existencia de quien conoce). Esto no quita que la realidad exista independientemente de nuestras percepciones. Preferimos por tanto hablar de relativismo radical para subrayar que la realidad es relativa a las percepciones, es decir que no se da de forma absoluta sino «en relación» con las percepciones. Véase a propósito Tomás Ibáñez, *Municiones para disidentes : realidad-verdad-política*, Barcelona, Gedisa, 2001.

autonomía individual es un proceso, no un estado de naturaleza, ni un hecho inmutable. Las interacciones entre individuos humanos y no humanos, como los productos de las tecnologías digitales y los artefactos que pueblan nuestros mundos cotidianos, no están determinadas unívocamente, ni son atribuibles a axiomas de los que deducir infaliblemente reglas de conducta.

No es necesario ser anarquistas anti-capitalistas para entender que el libertarianismo utiliza una versión especialmente pobre y distorsionada del concepto de libertad para justificar la avaricia[62]. Sin necesidad de extendernos en dar una respuesta detallada del libertarianismo, nos limitaremos a enunciar un punto de vista totalmente distinto respecto del equívoco fundamental del anarco-capitalismo, o sea el de su concepto de libertad. La esfera de la libertad es mucho más compleja que la libertad del mercado capitalista. Una definición todavía revolucionaria de libertad positiva es aquella clásica de Bakunin:

> Yo soy libre de verdad sólo cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de los demás, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad es, al contrario, su condición necesaria y su confirmación. No soy verdaderamente libre si no a través de la libertad de los demás, de manera que cuanto más numerosos son los hombres libres que me rodean, y más profunda y amplia su libertad, tanto más extensa, profunda y amplia deviene mi libertad [...] Mi libertad personal, así validada por la libertad de todos, se extiende al infinito[63].

El individuo se libera por medio de múltiples procesos de liberación colectivos, no nace libre en la naturaleza. Reduciéndolo a lemas contrapuestos diríamos que: la libertad anarquista empieza donde empieza la libertad de los demás, mientras que la libertad liberal,

---

[62] Es la opinión de George Monbiot, un juicioso periodista británico, atento a las temáticas ambientales, de orientación liberal-demócrata: http://www.monbiot.com/2011/12/19/how-freedom-became-tyranny/

[63] Michail Bakunin, «La libertà», p. 80, en *La libertà degli uguali*, a cura di Giampietro N. Berti, Milano, Eleuthera, 2010, free copyleft download http://www.eleuthera.it/files/materiali/liberta_degli_uguali-Bakunin.pdf

en todas sus formulaciones, se construye como esfera separada para cada individuo, por tanto es necesariamente una libertad que acaba donde comienza la de los demás. Nada hay más distante de la idea de libertad anarquista, relativa y sometida a una constante verificación, que el concepto de libertad absoluta puramente económica propugnado por el anarco-capitalismo.

El libertarianismo, desde la teoría económica a la filosofía política, se expresa ahora también en formas de agregación partidista, evidentemente incompatibles con el anarquismo y hasta con el anarco-capitalismo en sentido estricto, promovido de todas las maneras posibles en la arena parlamentaria. En Estados Unidos los *right libertarians* componen un partido a nivel federal, el Partido Libertario[64], cuyo candidato ocupó el cuarto lugar en las elecciones presidenciales de 2008. Los apoyan, sobre todo con generosas donaciones, muchas personalidades destacadas (empresarios, políticos, profesores universitarios). Existen revistas e institutos de investigación declaradamente libertarianos, que suelen considerarse los representantes más naturales y radicales de la verdadera tradición americana[65]. En cierto sentido así es: la visión libertariana del mundo recuerda de cerca el mito del hombre blanco, solo, viviendo en un medio ambiente hostil, pero felizmente armado de un fusil, lanzado a la conquista del Salvaje Oeste. Los grupos políticos y las instituciones libertarianas tienden a ser *minarquistas*, partidarios de un Estado mínimo, de un gobierno cuyo único fin ideal es el de proteger derechos preexistentes; toda ulterior interferencia trae consigo el intento de cambiarlo o abolirlo. En la actualidad sus posiciones están muy próximas a las del Tea Party.

---

[64] El Partido Libertario americano tiene come lema «minimum government, maximum freedom». En el sitio http://www.lp.org/ se encuentra un test curioso para evaluar la propia tendencia libertariana, puesto a punto por *The Advocates*, en base al cual se intuye mejor la perspectiva libertariana. http://www.theadvocates.org/quiz

[65] El principal *think-thank* libertariano es el Cato Istitute, activo desde 1977 en Washington D.C. http://www.cato.org . Más explícitamente dedicado a los estudios económicos es el Ludwig Von Mises Institute, http.//mises.org

Existen partidos explícitamente libertarianos en Canadá, Argentina y Costa Rica; en Europa el libertarianismo tiene una presencia muy inferior, al menos en la política oficial. Existen partidos libertarianos muy minoritarios en Reino Unido y Holanda, y un Movimiento libertariano en Italia. Otros muchos partidos en el mundo presentan en sus programas distintos elementos típicos del libertarianismo, aunque de hecho fuera de Estados Unidos resulte hasta difícil entender lo que significa *right libertarians*.

Es cierto que en Europa se están desarrollando expresiones políticas íntimamente ligadas a los principios libertarianos que están obteniendo un éxito extraordinario, especialmente entre los estratos jóvenes de la población. Nos referimos a la proliferación de los Partidos Pirata, entre los cuales los más importantes son el Pirat Partiet (Suecia), el Piratenpartei (Alemania) y el Pirate Party (Reino Unido), aunque existen Partidos Pirata en casi todos los países europeos (Francia, Italia, España, Austria, Países Bajos, etc.) y se van extendiendo por el resto del mundo. Estos partidos tienden a la abolición de la propiedad intelectual, están decididamente en contra del dominio de las corporaciones y de los grandes carteles; sobre todo en el ámbito de las tecnologías digitales, se oponen al reforzamiento de los controles policiales con nuevos sistemas tecnológicos. Objetivamente, es difícil estar en contra de este programa de libertad. Si lo miramos más en profundidad, lo que pretende es realizar las libertades individuales en el perfecto mercado tecnológico: la red de Internet. Aunque el debate está que arde, lo cierto es que de ninguna manera los Partidos Pirata de todo el mundo son de orientación socialista[66]. Volveremos más adelante sobre las conexiones entre Partidos Pirata y Libertarianos, analizando el caso Wikileaks.

---

[66] Una buena panorámica de la cuestión se puede encontrar en la dirección: http://cabalamat.wordpress.com/2010/02/16/the-pirate-party-is-more-libertarian-than-the-libertarian-party/

El darwinismo tecnológico, de la PayPal mafia a Facebook: el resistible ascenso del anarco-capitalismo

Después de este largo pero necesario marco económico y político, volvemos a las redes sociales, particularmente a Facebook. No es un secreto: Facebook pertenece a la galaxia libertariana estadounidense, es más, a la facción anarco-capitalista más extrema; ya hace años apareció información del asunto en diarios europeos de amplia difusión[67]. Se trata de una historia ligada sólo marginalmente a Facebook, pero que merece mucha atención porque revela cómo la red social más poderosa del mundo participa, si no de una estrategia más amplia, al menos de una difusión capilar de los valores y de las prácticas inspiradas en el libertarianismo.

En la primera parte de este libro hemos usado Facebook como ejemplo de red social cuyas prácticas son totalmente ajenas a nuestro sentir. Repetimos una vez más que esto no quiere decir que los demás *social media* (Twitter, Linkedin, Google+, etc.) estén exentos de críticas: vale para ellos lo que vale para Facebook, aunque con diferencias relevantes de público, historia e influencia en la sociedad. Para simplificar, nos centraremos ahora en la actividad del magnate Peter Thiel, campeón del anarco-capitalismo. No todos los *social media* están estrictamente relacionados con el anarco-capitalismo como Facebook, pero, al igual que Facebook es la punta de lanza del Internet social, del mismo modo Thiel es un personaje clave para entender de qué manera el espíritu libertariano, presente en la mayor parte de las aventuras capitalistas nacidas en Silicon Valley, está influyendo en nuestro mundo social contemporáneo.

Primer financiador de Facebook, con una «inversión angelical» (*angel investment*) de 500 mil dólares en 2004 (hoy posee el 3% de la sociedad a título personal), Peter Thiel es un conocido *venture capitalist* de San Francisco (gestiona entre otras el *hedge fund* Clarium

[67] Véase en particular Tom Hodkinson, «With friends like these», *The Guardian*, 14 y 16 febrero 2008 http://www.guardian.co.uk/technology/2008/jan/14/facebook

Capital Management, 3 billones de dólares, y el *venture fund* Founders Fund). Nacido en Fráncfort del Meno a finales de los sesenta, es licenciado en Stanford, la universidad cuna del capitalismo extremista californiano. Con poco más de cuarenta años, Thiel es uno de los 400 hombres más ricos del planeta (365º, según Forbes Fortune 2010); con este dinero, ha financiado generosamente a la extrema derecha del candidato Ron Paul (libertariano, opositor de derechas de George Bush senior). Miembro del Bilderberg Group, que cada año reúne a personalidades políticas, militares e industriales del mundo de los negocios para debatir sobre los problemas del mundo, ha expresado ampliamente sus opiniones políticas en Cato Unbound[68].

Uno de los caballos de batalla de Thiel es la crítica radical del sistema político y social americano (Estados Unidos es el alférez de la libertad en el mundo, la parte mejor de Occidente), extensible por sinécdoque al sistema de valores occidental; según Thiel, la democracia es incompatible con la libertad porque los Estados-nación y las demás instituciones llamadas democráticas ahogan las libertades individuales. Hasta aquí, como los *left libertarians* -libertarios en sentido socialista tradicional- se podría incluso estar de acuerdo. Las formas de democracia representativa contemporáneas están muy lejos del ideal de democracia directa, o mejor, de la libre autogestión de las cosas públicas. Los intereses corporativos, así como los vínculos estructurales entre criminalidad organizada, instituciones y grandes grupos financieros y económicos, en la mayoría de los casos, reducen la democracia al ridículo ritual del voto. Pero los pasos sucesivos de Thiel son decididamente reaccionarios, además de misóginos:

> Desde 1920, el fuerte incremento de beneficiarios del *welfare* y la extensión del voto a las mujeres, dos bases electorales notoriamente arduas para los libertarianos, han transformado el concepto de «democracia capitalista» en un oxímoron[69].

---

[68] http://www.cato-unbound.org/

[69] Peter Thiel, «The Education of a Libertarian», Cato Unbound, 2009 http://www.catounbound.org/2009/04/13/peter-thiel/the-education-of-a-libertarian/

Thiel es un extremista del capitalismo sin reglas[70]. Está más allá del anti-socialismo, es definitivamente antisocial. Junto con muchos otros influyentes personajes, Thiel apoya el darwinismo tecnológico, una revisión del darwinismo social en clave de eugenesia tecnológica, para el cual la mejor tecnología hará libres a los individuos más aptos, y que concluirá en la superación de los límites de la especie humana: el objetivo final es el superhombre tecnológico, un *ubermensch* liberado de la muerte.

Volvemos a encontrar en la biografía de Thiel la idea de las identidades fijas y bien definidas, uno de los mantra de Zuckerberg. Gay declarado, es un tenaz defensor de los gays de derechas, a los cuales ha donado ingentes cantidades de dinero (American Foundation for Equal Rights y GOProud). Por otro lado, sus contactos políticos son estrictamente personales, como demuestra el apoyo financiero a Meg Whitman, típica exponente de ideales de emancipación más bien retorcidos. Meg Whitman, ex CEO de eBay, que adquirió PayPal, fue candidata republicana al gobierno de California en 2010. De hecho, Thiel se hizo rico como cofundador de PayPal, en la actualidad el sistema de pago electrónico más utilizado en el mundo, su primer proyecto político de relevancia global. La idea política básica de PayPal era la de quitar a los Bancos Centrales el control de la moneda, loable intento de liberar el mundo, si dicho control no estuviera concentrado en las manos de aquella que el mismo Thiel definió orgullosamente «PayPal Mafia», señalándose como «Don de la PayPal Mafia»[71].

En el grupo de tiburones que fomentaron el crecimiento de la PayPal Mafia, formado por financieros habilidosos, programadores, empresarios y publicistas inveterados de sí mismos, destaca Max

---

[70] Entre sus artículos, el que mejor expresa su fe socio-económica es *The Optimistic Thought Experiment*. Hoover Institution (Stanford University) http://www.hoover.org/publications/policy-review/article/5646

[71] Véase la reconstrucción de la epopeya de la PayPal Mafia en «Meet the PayPal Mafia», *Fortune Magazine*, 2007 http://money.cnn.com/2007/11/13/magazines/fortune/paypal_mafia.fortune/index.htm

Levchin, el inventor de PayPal. Resulta muy apropiado el término de mafia por el desprecio hacia las ridículas «reglas» del mercado liberal (en efecto son ridículas, puesto que no regulan absolutamente nada), establecidas por instituciones opresivas que limitan la libertad de acción individual. Mafia por los métodos de fichaje del personal: en Google piden los mejores doctorados en matemáticas, sentenciaba Levchin: nosotros queremos a los que han sido expulsados de los mejores doctorados porque son demasiado inteligentes y listos, varones dedicados al trabajo rabioso sin frenos morales, y que, a ser posible, se conozcan entre sí para cimentar el espíritu de grupo. Por último, Mafia en tanto sistema absolutamente opaco de gestión financiera operado por PayPal.

Recordemos brevemente su funcionamiento. Si deseo realizar una compra online, PayPal es la solución más rápida y universalmente aceptada. PayPal se propone, desde su fundación en diciembre de 1998, como intermediario global de las transacciones financieras entre diferentes sistemas de crédito, es decir, en los sueños de Thiel y Levchin, como moneda sin fronteras. Debo abrir una cuenta en PayPal, ingresar dinero (desde una tarjeta de crédito o desde una cuenta bancaria normal), entonces procedo con la compra. PayPal se queda con un porcentaje por cada transacción. Como para el vendedor hacer efectivo el dinero tiene un coste, y como de hecho PayPal posee una posición dominante en los sistemas de pago online, el dinero ingresado en las más de 100 millones de cuentas activas queda, de hecho, como algo ampliamente virtual. Igual que en un banco.

Lo que pasa es que PayPal no es un banco, al menos en Estados Unidos, donde opera como simple intermediario. En Europa, inicialmente, la sede legal estaba ubicada en la City de Londres; tan sólo en 2007 se ha transformado en un banco, y habiendo trasladado su sede al paraíso fiscal de Luxemburgo, se ha vuelto imposible para los usuarios obtener los servicios que los bancos deben ofrecer según las normativas europeas vigentes. Sustancialmente, en nin-

guna parte del mundo la empresa está obligada a seguir las normas del crédito bancario. Y es que no se trata de una empresa no-profit. El servicio a clientes no existe. Al igual que en todo servicio de transferencia de dinero, las estafas son un montón, pero PayPal es conocido por practicar regularmente, por las razones más variadas, el bloqueo del dinero en la cuenta de los usuarios (homonimias, sospechas de fraude, casualidades): ejemplar es el caso de Cryptome[72], histórico sitio que desde 1996 recoge y pone a disposición en una base de datos abierta documentos censurados por parte de gobiernos y corporaciones de todo el mundo.

La polémica venta de PayPal a Ebay por 1,5 billones de dólares en 2002 ha llenado los bolsillos de Thiel y de sus afiliados. Desde entonces se ha producido una sucesión increíble, hasta para el estándar habitual de Silicon Valley, de inversiones exitosas. Desde Linkedin a GroupOn, desde YouTube a Facebook, desde Zynga a Digg, no hay una sola empresa relacionada con la Web 2.0, y con el *social networking* en particular, que no haya recibido fondos de los miembros de la PayPal Mafia. Esta información es absolutamente de dominio público, puesto que hasta en Wikipedia o en sitios públicos de informaciones financieras como crunchbase.com se pueden encontrar fuentes fidedignas (artículos, volúmenes, entrevistas audio, vídeos, etc.) acerca de esta extensa red de tráficos.

Por lo que concierne a Thiel, ha fundado, o bien tiene un sillón en el consejo de administración de sociedades que revelan claramente sus ideas de utopista mesiánico en relación con la tecnología. Damos una lista aquí de las más significativas: Palantir Technologies Inc. (Palo Alto, CA), *software* y herramientas analíticas para redes sociales, cofinanciada por la CIA, especializada en la guerra informática (desde 2004)[73]; Geni (West Hollywood, CA), red social dedicada a la reconstrucción de árboles genealógicos familiares, con el objetivo

---

72 http://www.theregister.co.uk/2010/03/10/cryptome_paypal/

73 http://www.palantirtech.com/

de crear un Árbol Genealógico Mundial: los usuarios, de pago y no, pueden añadir documentos, fotos y vídeos y buscar en la historia familiar de otros millones de usuarios y de sus antepasados (desde 2006)[74]; Alcyon Molecular, (Redwood City, CA), cuyo objetivo es «transformar la biología en informática», que ha desarrollado tecnología para agilizar y abaratar la secuenciación del ADN (desde 2008)[75].

Thiel financia o bien ha financiado una serie de proyectos esclarecedores de sus objetivos políticos y de la red de afinidades que le apoya. Dignos de destacar, entre otros, son: el proyecto Seasteading de Patri Friedman, nieto del economista ultraliberal Milton Friedman[76], hijo del ya citado economista anarco-capitalista David Friedman con el fin de establecer pequeñas comunidades completamente autosuficientes sobre islas artificiales en aguas internacionales en medio del océano, alejadas del control del Estado[77](desde 2006); el Singularity Institute for Artificial Intelligence (SIAI), destinado a superar por fin los límites del cuerpo humano y los problemas que le son inherentes, como la muerte, forzando la evolución hacia una nueva especie dominante, que saldrá a la luz después de la Singularidad (desde 2006)[78]. Cada una de estas empresas merecería un capítulo aparte. Por ejemplo, la teoría de la Singularidad, enunciada por el futurólogo Ray Kurzweil, la apoyan los movimientos transhumanistas californianos, así como científicos del calibre de Marvin Minsky, uno de los que más apoya la Inteligencia Artificial fuerte. La discusión sobre el posthumanismo puede parecer peregri-

---

74 http://www.geni.com

75 http://halcyonmolecular.com

76 Es por lo menos curioso que Milton Friedman (1914-2006), economista premio Nóbel en 1976, autor del *laissez-faire* más absoluto, consejero financiero del dictador chileno Augusto Pinochet, haya recibido unos ataques durísimos de parte de Rothbard, quien le consideraba con razón un estadista por sus ideas acerca del control del Estado de las reservas áureas y de la emisión de moneda.

77 http://seasteading.org/

78 http://singinst.org/ Acerca de los Singularitarianos, secta de tendencia transhumanista, véase Bruce Benderson, *Transhumanism*, Paris, Payot & Rivages, 2011.

na fuera de las sectas tecnófilas californianas, además de inoportuna para la aplastante mayoría de los seres humanos que luchan por sobrevivir y sufren a diario el problema de acceder al agua potable y a una cantidad suficiente de comida, no por acceder a la inmortalidad tecnológica. Aunque en la mayor parte de Europa no haya afortunadamente mucha sensibilidad en relación con la seducción de las distopías posthumanas, tampoco se levantan muchas voces en contra del tecno-entusiasmo forzado. Pocos se preguntan si no habría que revisar radicalmente la propia dependencia respecto de todas las tecnologías, desde el automóvil al teléfono móvil. En este sentido, resulta significativo resaltar que el mito del crecimiento ilimitado basado en una eficiencia técnica cada vez mayor, que sustenta también al extremismo posthumanista, no esté puesto en discusión por ningún discurso político oficial, tanto en Europa como en otras partes.

Resumiendo: Facebook forma parte del juego del inversor anarco-capitalista más poderoso del mundo. La transparencia radical forma parte de un extenso proyecto político que incluye el control de las relaciones humanas por medio de tecnologías de vigilancia con fines de guerra informática, la construcción de guetos autárquicos ultra-tecnológicos en medio del océano, la búsqueda de la inmortalidad tecnológica. Se llega a estas conclusiones reuniendo un vasto mosaico de informaciones de dominio público desde hace tiempo. El silencio de los medios, de los usuarios, de los activistas, de todos los que conservan un mínimo de sentido común y de cuidado por su independencia y autonomía, es ensordecedor.

Más allá de sus capacidades financieras, muchas de las posiciones sostenidas por Thiel son ciertamente fascinantes, radicales y molestas. La ideología política subyacente es un individualismo desenfrenado, facilitado por un capitalismo salvador y tecnócrata. Abiertamente hostil a la educación elitista de las universidades americanas, en su opinión aún demasiado poco privada, Thiel ha lanzado en 2010 un programa de apoyo a jóvenes meritorios con

menos de 20 años de edad dispuestos a fundar su propia empresa, sin seguir la tradicional carrera universitaria. El programa *20 under 20* ha financiado, en abril de 2011, a veinte «jóvenes individuos prometedores» con cien mil dólares cada uno por dos años. Libre empresa para la meritocracia. Responsable de la burbuja social de relaciones vacías, no es Internet, es el sistema educativo americano el que es incapaz de valorizar la verdadera innovación; únicamente la privatización absoluta abrirá las puertas a un radiante futuro tecnológico[79].

En una intervención más teórica, significativamente titulada *El fin del futuro*[80], Thiel ilustra la situación de estancamiento actual, identificando la verdadera raíz del *impasse* social, cultural y económico mundial en la escasa o nula capacidad para invertir en tecnología punta, de arriesgar en proyectos futuristas. Los Estados Unidos, paladines de la innovación rápida a toda costa, constantemente a la búsqueda de la «Próxima Gran Cosa» (The Next Big Thing), se han empantanado; en tanto faros del mundo libre, es de cajón que el resto del planeta los esté siguiendo en la recesión. Thiel asocia la crisis de Occidente a la desaparición de la Frontera, que infunde vida al *american dream* y que hay que alcanzar sólo para seguir moviéndola más allá.

En muchas ocasiones Thiel manifiesta públicamente su profunda desilusión por el hecho de que los empresarios de Silicon Valley se dediquen exclusivamente a hacer dinero y no se ocupen de cambiar el mundo; para él el capitalismo es una empresa revolucionaria de liberación de la especie humana (en realidad, tan sólo de los mejores de la especie) por medio de la tecnología. Pero si el capitalismo ya ha triunfado, ¿qué es lo que queda por cambiar? Hay que mejorar el capitalismo mismo, este es el mantra de la fase actual: *green capitalism, clean technology*. Todo tiene que ser verde, o por lo

---

79 http://techcrunch.com/2011/04/10/peter-thiel-were-in-a-bubble-and-its-not-the-internet-its-higher-education/

80 Peter Thiel, «The End of the Future», National Review, 3 octubre 2011, http://www.nationalreview.com/articles/278758/end-future-peter-thiel

menos limpio. Está claro, ya sabemos que el capitalismo verde es un bulo que permite mantener niveles de consumo, contaminación y crecimiento insostenibles. Pero el ecologismo de pacotilla, aunque no tenga nada que ver con el verdadero ecologismo, sin duda es mejor que el desprecio total del ecosistema. Cuando se trata de capitalismo rapaz, el ex Don de la PayPal Mafia tiene las ideas muy claras: la revolución anarco-capitalista necesita, por un lado, de fieles y entusiastas compradores, y de curas, obispos y papas con enormes posibilidades financieras por otro. Entre estas dos orillas, las mercancías deben circular cada vez más rápidamente y ser sustituidas sin fin. No queda espacio para la duda de que los recursos materiales estén limitados en este juego del mercado absolutamente libre en el que todos salen ganando. Quizá es mejor trasladarse al ciberespacio para contemplar a un ser virtual desencarnado que vérselas con las miserias producidas por un desarrollo enloquecido. Por eso, junto a la cantidad y la rapidez podemos añadir otro pilar: el despilfarro.

No es nada casual el hecho de que Thiel sea un acérrimo enemigo de cualquier hipótesis de mejora de la eficiencia energética. Está convencido de que los *venture capitalist* más valiosos no deban invertir en proyectos basados, al menos en palabras, en una tecnología limpia, un eufemismo que en los discursos oficiales ha sustituido a las palabras apropiada y sostenible[81]. En la visión turbo-capitalista, la temática del despilfarro está en conexión con el rechazo del límite, asociado con la impotencia; también con la construcción de identidades claras y bien definidas, limpias; con el terror al contacto físico y la corporeidad; precisamente lo opuesto a un uso consciente, autónomo y autogestionado de tecnologías adecuadas para la satisfacción de las necesidades y deseos personales y colectivos. El despilfarro como fuente de desechos materiales, psíquicos y humanos no sólo es una consecuencia del capitalismo de la abundancia, es más bien una necesidad estructural del principio

---

81 http://www.greentechmedia.com/articles/read/peter-thiel-doesnt-like-cleantech-mankind/

de crecimiento ilimitado y de la expansión sin fin de la libertad de acción económica del individuo absoluto anarco-capitalista. En el marco del delirio de omnipotencia de las empresas tecnológicas, y particularmente de los *social media*, el despilfarro se reproduce también en el cambio continuo y en la ampliación de las funciones, insertándose en el proceso de larga duración de alejamiento y rechazo del cuerpo a los que nos hemos referido en la primera parte. Volveremos a hablar de esto más detalladamente.

En conclusión, si para Facebook el análisis es en su conjunto bastante simple, detrás del escenario se agolpan cuestiones de relevancia cultural general, cuestiones de delicada evaluación: seguir el rastro de todas las actividades de Thiel es de veras una empresa titánica; por otro lado, echar un vistazo a su Fundación personal puede resultar desconcertante, al igual que muchos de los mensajes anarco-capitalistas. The Thiel Foundation «defiende y promociona la libertad en todas sus dimensiones: políticas, personales, económicas». Los proyectos financiados están dirigidos a las tecnologías punta, a la no-violencia, a la libertad. Una vez más ¿de qué libertad se trata? ¿Qué tipo de sociedad están financiando los anarco-capitalistas?

Las redes sociales en la visión anarco-capitalista, o la sociedad gestionada por las máquinas en la era de los Big Data

Las redes sociales existían mucho antes que las redes sociales digitales. Los seres vivos en general, y los humanos en particular, necesitan relacionarse entre sí; en efecto, la soledad es la peor tortura. Incluso los carceleros más violentos y endurecidos por las condiciones inhumanas de las cárceles tiemblan ante la perspectiva del aislamiento. Muchos testimonios de presos de guerra revelan que es preferible la tortura al aislamiento total: al menos queda un contacto con el torturador. Los experimentos llevados a cabo en

torno a la privación sensorial indican que un individuo en plena salud, sumergido en un líquido a temperatura corpórea, libre de estímulos auditivos y visuales en un ambiente oscuro, pierde rápidamente conciencia de los límites de su propio cuerpo y enloquece, obsesionado por el retumbar de su mismo corazón. Es solamente a partir del reconocimiento de los límites individuales que se pueden poner las premisas para una superación de la soledad no opresiva sobre los demás. Superar la soledad en la socialización coincide al mismo tiempo con la rendición frente a los propios límites y con la promesa de una posible puesta en común creativa. En palabras de Luce Irigaray:

> La proximidad del otro, o más exactamente con el otro, se descubre en la posibilidad de elaborar con él, o ella, un mundo común que no destruya el mundo propio. Este mundo común está continuamente en devenir[82].

La necesidad de contactos relacionales no limitada simplemente a las actividades de supervivencia (comer, defenderse de los depredadores, reproducirse) crece de manera evolutiva junto con la complejidad neuronal[83]. En los seres humanos (y en parte en los simios antropomorfos), la dimensión relacional empieza literalmente a desprenderse del individuo gracias a la técnica, que media las relaciones, es decir la relación con el mundo y con los demás. El primer instrumento de mediación social, o *social media*, como se le quiera llamar, probablemente fue el fuego. En lugar de apretarse el uno contra el otro como hacen todos los animales sociales, los grupos de seres humanos se vuelven todos hacia el medio, el fuego, definiendo un espacio social ordenado sobre la base de ese específico objeto técnico. Todas las técnicas que se concretan en tecnologías son instrumentos de mediación en la relación con el mundo y con los demás. El lenguaje es el ejemplo más simple

[82] Luce Irigaray, Condividere il mondo, Torino, Bollati Boringhieri, 2008, p. 27.

[83] Para un acercamiento neuro-científico, pero no cientificista, véase la obra de Boris Cyrulnik, especialmente *El encantamiento del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2002.

y poderoso: establece una distancia entre el individuo y el resto (mediación), permite proyectar (proyectos, deseos) en el futuro el recuerdo del pasado, es decir permite compartir la imaginación personal en un imaginario compartido.

La narración y la estratificación de esa densa trama de relaciones que llamamos sociedad son una suerte de alucinación consensual a la cual podemos acceder gracias a las funciones simbólicas y lingüísticas del neo-córtex o corteza frontal. Las sociedades de animales dotados de corteza frontal limitada son menos complejas que las humanas y casi del todo exentas de artefactos. Las investigaciones neurocientíficas muestran que cuando las funciones neocorticales resultan comprometidas, los seres humanos pierden las características específicamente humanas de la empatía. Ya no consiguen imaginar lo que sienten los demás en la interacción en un espacio compartido. La capacidad reflexiva queda dañada o destruida, de forma tal que ya no consiguen percibirse como individuos singulares capaces de pertenecer e interactuar con diferentes grupos sociales a la vez (familia, equipo deportivo, trama de amistades, clase social, grupo de trabajo, nación, etc.). El sentido que atribuimos al mundo se torna incierto, todo se enturbia, se vuelve fluido, intercambiable, equivalente. Nada tiene un sentido distinto, articulado y comunicable.

Por tanto, comprender el mundo al que pertenecemos significa colocarse en un ambiente que trasciende nuestra finitud de individuos en el espacio y en el tiempo, abrazándolo sin embargo en una creación imaginaria dotada de sentido. La posibilidad misma de figurarse, de planificar un futuro sobre la base de una experiencia pasada, para entender lo que nos rodea, se tambalea en el momento en que ya no somos capaces de recorrer y modificar de forma sensata (con una dirección y un sentir articulado), tampoco a nivel imaginario, las redes en las que participamos. Paradójicamente, cuando poseemos demasiados datos, ya no encontramos sentido alguno. La cantidad de datos y la rapidez con la cual las informaciones nos arrollan vuelve farragoso cualquier análisis, o lo prolonga por un tiempo potencial-

mente infinito, tornándolo inútil e imposible. Los dos conceptos, que mantienen una relación muy estrecha entre sí, y que nos permiten continuar con la exploración, son los de Big Data y perfilación.

A comienzos del siglo XXI, un gigabyte, (GB, un billón de bytes, o sea un billón de caracteres textuales) parecía una enorme cantidad de datos. Hoy, a diez años vista, Internet cuenta con un número incomprensible de GB de datos, del orden de los cinco mil billones, número destinado a duplicarse al cabo de un año[84]. En el plano personal, hoy una película en alta definición ocupa muchos GB. En un ordenador personal archivamos más datos de los que una familia al completo podría crear a lo largo de muchas generaciones. Existen muchos billones de páginas en Internet, y hay redes conectadas que podrían ser más grandes de lo que imaginamos o de lo que el cerebro humano pueda figurarse[85]. Estamos en la era de los Big Data, y la progresión parece imparable.

Incluso en la vida diaria, aun cuando no estamos directamente implicados en el uso de los dispositivos que crean estos datos, nos percatamos continuamente de que se han multiplicado las posibilidades de relevo, almacenamiento y análisis de datos pertinentes a toda actividad humana. Hay cada vez más detalles y una resolución

[84] Los números están extraídos del *report* de la sociedad de análisis de mercado IDC; como cualquier otro dato, hay que pesarlos y contextualizarlos: se trata de una gran sociedad multinacional que opera según sus propios intereses. Considerada la intención simplemente ilustrativa, magnitudes mayores o menores no alterarían las evaluaciones. Más informaciones en: http://www.emc.com/collateral/demos/microsites/emc-digital-universe-2011/index.htm y en la relación a cargo de David Bollier, *The Promise and Peril of Big Data*, The Aspen Institute, Washington DC, 2010.

[85] Contrariamente a lo que podríamos imaginar, los conocimientos públicos sólo son una fracción de los conocimientos existentes. Gran parte del saber es secreto: secreto de Estado o secreto industrial, se trata de conocimientos sustraídos al público y utilizados para esclavizarnos y alienarnos. Véase el amplio estudio de Peter Galison, profesor de física en Harvard, sobre materiales protegidos, en particular «Removing Knowledge», Critical Inquirer, 31, University of Chicago Press, Chicago, 2004, free download http://www.fas.harvard.edu/~hsdept/bios/docs/Removing%20Knowledge.pdf y el increíble documental *Secrecy*, con Robb Moss, 2008, www.secrecyfilm.com.

cada vez mayor. En el transcurso de un día producimos cantidades extraordinarias de sms, correos electrónicos, llamadas telefónicas, *posts*, imágenes, vídeos, chat, documentos de todo tipo. Nunca podríamos recordar, o mantener accesibles y utilizables, ni una pequeña parte de estos datos, que se envían e intercambian también a través de redes inalámbricas y dispositivos móviles capaces de grabar las huellas de nuestros movimientos. Por lo que respecta a los motores de búsqueda, se ocupan de archivar nuestras intenciones de búsqueda en la Web (*log*, *cookies*, LSO). Los sistemas de pago automatizados (barreras de autopistas, supermercados, autoservicios, etc.) se quedan con los rastros de nuestras compras. Servicios de *social networking* graban nuestras conexiones con amigos, colegas, colaboradores, amantes. Se trata de grabar, almacenar y analizar mucho, más y más deprisa. Cantidad y rapidez siempre tienen rasgos positivos.

No obstante, el punto crucial no es la magnitud, por desmedida que sea, sino la interrelación entre estos datos y la creciente posibilidad de acceso y uso de los mismos desde un simple ordenador o *smartphone*, puesto que todos estos datos están conectados con nosotros de forma indisoluble y constituyen nuestra huella digital, nuestra identidad en perenne construcción, la cual se puede reconstruir a través de la recogida de los datos y su posterior análisis. El conocimiento tiene poco que ver: los Big Data prometen ganancias crecientes ligadas a la perfilación.

En la primera parte ya hemos abordado la perfilación, es decir la construcción de una huella digital que identifica a un individuo de la manera más unívoca posible. No es casual que se hable de huellas y rastros, como si estuviésemos en la escena de un crimen: el *profiling* es una actividad derivada de la criminología. Allí donde un usuario de herramientas y servicios digitales deja una huella, esta puede ser objeto de perfilación por medio de operaciones de control y almacenamiento de datos; el *business* de los meta-datos consiste en sacarles provecho, lo que permite la existencia gratuita de la Web 2.0.

Los seres humanos no están en condición de gestionar los Big Data. Las máquinas pueden analizarlos y formular previsiones (llamadas *now-casting*) en tiempo real sobre el comportamiento de las personas. Recordemos que para el anarco-capitalismo el individuo se realiza en la acción, en las dos variantes especulares de la producción y del consumo. Pero, como los individuos ya no pueden orientarse en el ruido que les sofoca, para agilizar la acción es indispensable delegar en las máquinas. Para acercarnos a la sociedad ideal, hay que procurar que las personas sean descifrables por las máquinas, que alimenten continuamente la montaña de datos en circuitos de retroacción cada vez más rápidos. Preferencias explícitas e implícitas vienen almacenadas, desagregadas y reagrupadas en tiempo real.

La perfilación es la promesa de la libertad automatizada: publicidad contextual, estudio del *sentiment* de los usuarios para ofrecer a cada uno exactamente la publicidad personalizada del producto a medida, que se puede comprar con un clic y tirar cuanto antes, para luego poder comprar otra cosa. Nosotros, los usuarios, somos los «criminales» que hay que conocer en profundidad para poder predecir nuestros deseos y frenar una sed compulsiva de objetos siempre nuevos y enseguida obsoletos. El falso y tan repetido problema de la *privacy*, que empieza a existir sólo cuando se la infringe, va parejo con las escandalizadas denuncias de la vergonzosa inmoralidad autoritaria de un sistema que encasilla a los individuos. En la era de los Big Data proliferan las paranoias del complot, aunque el problema más concreto y angustiante, que nos atañe a todos personalmente, y no como masa informe, es que, por un lado, son los mismos individuos quienes desean la perfilación; y por otro, que por muchos esfuerzos que se hagan para eludir y desertar los rangos del ejercito de los proveedores que se alimentan de datos (el *prosumer*, productor-consumidor), el perfil se nos pega encima sin posibilidad de liberación.

Los elementos críticos ligados al uso y abuso del *data mining* orientado a la creación de perfiles son muchísimos y últimamente

son objeto de debate[86]. Sobre la base del acceso se están creando nuevas líneas de segregación digital: ¿qué investigadores, instituciones, grupos poseen realmente los medios y la oportunidad de utilizar estos datos? ¿Cuáles son las reglas, cuáles los límites y quién los decide? No es este el lugar para hacer un examen detallado[87], es mejor mantener firme el timón. No se trata para nada de oponerse a los magníficos destinos progresivos o de refugiarse en el ludismo o en su opuesto análogo, la criptografía. Esconderse no servirá de nada, ni tampoco rehusar reconciliarse con el presente. Los Big Data, junto con la perfilación, constituyen las estrategias concretas de realización de una sociedad modelada según la ideología anarco-capitalista, una ideología de la libertad de rapiña; y esta utopía no nos gusta, es una distopía del control y del auto-control. Estamos pasando, imperceptible pero rápidamente, de un mundo dotado de sentido porque está lleno de relaciones construidas por nosotros y para nosotros, a un mundo que adquiere sentido gracias a las correlaciones descubiertas por las máquinas.

Parece que ya no necesitamos de teorías ni de prácticas fundamentadas en convicciones personales y corroboradas por la experiencia. Lo que ha cambiado de estatuto es el conocimiento, pues parece que los datos hablan solos, y el conocimiento emerge de los datos, salta a la vista, se impone certeramente. Las correlaciones estadísticas establecen las relaciones entre las cosas y orientan aquellas entre las personas. Ya no somos nosotros quienes construi-

---

[86] Dino Pedreschi y otros, «Big data mining, fairness and privacy – A vision statement towards an interdisciplinary roadmap of research», *Privacy Observatory*, 2011, http://privacyobservatory.org/current/40-big-data-miningfairness-and-privacy. No sorprende que diarios conservadores como The Economist clamen por más transparencia para garantizar una mayor seguridad, mezclando quizás concientemente la extensión de la vigilancia y el control con la seguridad http://www.economist.com/node/15579717 .

[87] Una buena panorámica crítica se puede encontraer en el texto de Danah Boyd, Kate Crawford, «Six Provocations for Big Data», *A Decade in Internet Time: Symposium on the Dynamics of the Internet and Society*, September 2011 http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1926431

mos un discurso, son más bien los datos los que tienen la palabra; no se trata de otra cosa que de la quimera de la *data-driven society*, el rol de lo humano es prácticamente indiferente, con la única excepción de la dócil condescendencia para liberarlo incluso de la fatiga de tener que elegir y desear. Dadnos unas máquinas bastante potentes, seamos transparentes a las máquinas y podremos prever el futuro. El futuro del mercado, por supuesto.

Sobrevolamos el mundo, lo consideramos desde fuera, océanos de datos en continuo y turbulento crecimiento, remezclados por un tsunami de fugaces directrices sociales, modas repentinas que ocupan todo el espacio disponible antes de ceder el paso a las siguientes. Podemos analizar los sentimientos de las masas y extraer sus opiniones (*sentiment analysis, opinion mining*)[88]. Y nosotros, diana condescendiente y entusiasmada, adoramos ser libres consumidores: el fichaje global es el precio que hay que pagar para ser verdaderamente libres de elegir. Será un algoritmo el que nos dirá qué es lo que queremos realmente, al igual que ya nos aconseja qué libro comprar en Amazon, corrige nuestras búsquedas en Google, sugiere qué nueva película, qué música se adapta mejor a nuestros gustos. Es un algoritmo el que nos dice cuáles son nuestros potenciales amigos en Facebook, en Google+ o Linkedin; es un algoritmo el que nos dice qué personas podríamos querer seguir en Twitter. Los algoritmos están al loro por nosotros, nos invitan a socializarnos correctamente. Ya no hará falta desear nada más, el algoritmo ve y decide.

Será lo mismo que ver con el ojo de Dios, capaz de leer el futuro en la bola de cristal dentro de la cual se arremolina el diluvio informacional; abre tu corazón, deja seccionar tu cuerpo en segmentos útiles, di lo que piensas, dónde estás, qué haces y con quién, ahora mismo, sin reflexionar, y se te dará lo que todavía no sabes

---

[88] El último invento del análisis automatizado con sistemas semánticos de sentimientos y opiniones es el Sentics Computing, http://sentic.net/sentics/

que quieres. Vértigo inefable (que deja sin palabras), entusiasmo infantil (el infante es aquél que no habla), éxtasis místico frente a la contemplación de la Matriz que se desarrolla delante de nuestros ojos. Las expresiones e imágenes de los Big Data frecuentemente tienen rasgos religiosos, demasiado frecuentemente para que se trate de una simple casualidad.

El fetiche que se agita detrás de la sociedad del conocimiento es una religiosidad tecno-fascista, indiferente, pues poseyendo una base suficientemente amplia de datos, se puede obtener confirmación para cualquier hipótesis. Al igual que la Biblia, el Corán o cualquier libro sagrado se pueden interpretar según el propio gusto, asimismo, por su inmensa extensión, los Big Data son manipulables para secundar y sostener cualquier supuesto. Las estadísticas lo saben todo sin demostrar nada, son pruebas aparentemente científicas de presupuestos altamente ideológicos.

Entretanto, la vida es lo que acontece mientras estamos ocupados en retocar nuestros perfiles digitales, incrementando exponencialmente esa masa de datos. Se podría objetar que existen unos límites naturales de las posibilidades de computación, que el axioma libertariano de la ausencia de límites es una lógica absurda. Pero aunque no existiesen límites sería irrelevante, en caso de que ya no pudiésemos gestionar autónomamente, es decir autogestionar, los conocimientos que nos alimentan. Ha llegado el momento en el que hay que dejar de lado las quimeras de la omnipotencia y bajar a tierra. Cuando emprendemos una investigación específica y nos ponemos un objetivo de comunicación concreto, definido, de inmediato sale a la luz la trampa oculta en la gran disponibilidad de datos. Es lo que pretendemos hacer aquí, un ensayo para un público curioso. Hay mucha diferencia entre componer un informe aprovechable o recopilar un listado infinito, aún incompleto, de críticas, panorámicas y propuestas alternativas. A más cantidad de datos no le corresponde automáticamente mejor calidad de investigación, porque no existen elecciones objetivas, válidas para salir

de forma natural de una cantidad inimaginable de datos, donde lo bueno coincide con lo grande, rápido e ilimitado. Sólo existen elecciones subjetivas y situadas; en este caso las preferencias personales son declaraciones apasionadas sobre algo que nos hace entrar en juego porque nos gusta de verdad, y no sobre algo que nos gusta justo el tiempo de un clic.

El espíritu hacker y la peste anarco-capitalista: ¿una vieja afinidad?

Hay personas a las que les gustan de verdad las máquinas, personas que tienen una curiosidad insaciable por saber cómo funcionan, y que no temen ser castigadas por infringir las leyes. Disfrutan estudiando las máquinas, montándolas y desmontándolas, mejorándolas incesantemente. En el caso de las máquinas digitales, escriben códigos para hacerlas funcionar de forma automática, para conectarlas entre sí. Literalmente, las nutren y les dan vida. Estas personas apasionadas son los *hackers*.

Existen muchos tipos de *hackers*. Los *coders* escriben en varios lenguajes y dialectos y crean los programas informáticos. Los *security hackers* se ocupan de imaginar nuevos modos de sortear y perforar las protecciones de un sistema; a veces practican concretamente su saber, o bien difunden públicamente sus descubrimientos; otras veces trabajan para garantizar e incrementar la seguridad de grandes empresas, gobiernos, instituciones, ejércitos. Los *hackers* del *hardware* tienen más interés en construir y modificar directamente las máquinas, soldando, cortando, ensamblando, reparando (ordenadores, radios, equipos de música, incluso bicicletas, tostadoras, batidoras, lavadoras...). Los *geeks* o manitas en general no tienen competencias en la escritura de códigos, pero saben moverse en los mundos digitales, creando y modificando objetos como audios, vídeos y textos; usan herramientas como IRL (Internet Relay Chat) para comunicarse entre sí.

En la vulgata periodística, a los *hackers* y *geeks* se les suele representar como a chicos reprimidos y geniales que desde sus habitáculos repletos de ordenadores y maquinarias extrañas desahogan su rabia adolescente amenazando al mundo entero con sus ataques. Encerrados en su aislamiento relacional, están más cómodos delante de una pantalla que delante de un ser humano. Son unos *nerds*, chicos que no sobresalen en el deporte, físicamente inferiores al promedio, tímidos con las chicas y encarnan emblemáticamente la tradicional incapacidad de socialización. Sin embargo, poseen otras habilidades, la excelencia con las máquinas, un gran poder que podrían desencadenar de repente: son todos *crackers*, al menos en potencia, capaces de destruir datos ajenos por puro goce, o bien por dinero, o por venganza contra el mundo que no les reconoce.

Estas simplificaciones no hacen justicia a la complejidad del fenómeno, incluso confunden a los *hackers* mercenarios que adiestran a los militares en la *cyber-war* con los *script-kiddies*, que usan programas maliciosos escritos por otros para ver qué pasa.

La mítica figura del *hacker*, capaz de introducirse en los bancos de datos y robar cualquier información mofándose de la policía, es la representación más difundida de una conciencia atávica casi siempre olvidada: saber es poder, y el dominio de la tecnología en general es fuente de poder. El saber-poder es socio-poder porque quien gestiona el fuego puede imponerse como jefe de la tribu, o como sacerdote al cual tienen que dirigirse los jefes para agraciarse el poder técnico que él solo puede gestionar. Quien posee el saber puede usarlo para imponerse a los demás y ejercer un dominio. En un mundo como el actual, construido en su mayor parte por las mismas máquinas, tener un conocimiento de la máquina es el poder más grande que existe, y su control genera luchas encarnizadas por obtener la supremacía.

La supremacía *nerd* tiene raíces antiguas. En una sociedad gestionada por las máquinas, es lógico pensar que quien gestiona las máquinas gestiona la sociedad. Aunque esto no sea tan automático,

sí podemos afirmar que un cierto estilo relacional imbuye buena parte de las herramientas tecnológicas que usamos y conforma las relaciones mediadas por estas. Una vez más, no tiene sentido intentar establecer la verdad absoluta, aclarar qué significa ser un «verdadero *hacker*»: con toda probabilidad, después de haber analizado un torbellino de datos y de historias personales, nos toparíamos con una variedad de casuísticas tan extensa que haría posible cualquier interpretación. Si queremos demostrar que los *hackers* son criminales peligrosos, sin duda encontraremos bastantes ejemplos para sostenerlo; en sentido contrario, conseguiríamos también verificar que los *hackers* son honestos ciudadanos que luchan sin miedo contra bancos y gobiernos opresores para alcanzar un mundo más libre.

Empecemos por constatar que entre los individuos más poderosos e influyentes del mundo contemporáneo, tanto económicamente como a nivel imaginario, hay muchos *hackers*, o ex-*hackers*, o *wannabe-hackers*. No está claro en qué medida Bill Gates, fundador de Microsoft, y Steve Jobs, fundador de Apple, son *hackers*; lo que no se puede negar es que el caldo de cultivo de los «manitas» de Silicon Valley de los años setenta es el denominador común de ambos. Larry Page y Sergey Brin fundaron Google en la universidad de Stanford; siguiendo la mejor tradición *geek*, a continuación se trasladaron a un garaje donde almacenar las máquinas del naciente motor de búsqueda: quizás no sean *hackers* faltos de ambiciones comerciales como Steve Wozniak (el otro Steve de Apple), pero tienen seguramente sólidas habilidades como manitas de alto nivel. Mark Zuckerberg, como bien ha subrayado la película *La red social*, se encuentra muy a gusto con los ordenadores, al punto de haber creado un sistema para conseguir más citas con las chicas gracias a los ordenadores: el hoy conocido como Facebook. Julian Assange, el polémico fundador de Wikileaks, que ha desafiado a los gobiernos de medio mundo publicando cablegramas diplomáticos secretos, tiene un pasado de *security hacker* en su Australia natal. Linus Torvalds, creador del *kernel* del sistema operativo Linux,

pertenece a esa multitud de *hackers* del código votados en cuerpo y alma para escribir un código y a mejorarlo continuamente. Quizás menos conocido para el gran público, Richard Stallman, fundador de la FSF (Free Software Foundation, el movimiento que originó el Open Source y que influye profundamente desde entonces en las prácticas de los mundos digitales), es probablemente la encarnación más meridiana del *hacker* «puro y duro», que no hace concesiones a nada y a nadie, con tal de seguir sus ideales de libertad.

Es por tanto muy relevante comprender qué valores inspiran lo que se ha definido como «espíritu *hacker*» o «ética *hacker*», pues estos valores contribuyen profundamente a plasmar el imaginario tecnológico colectivo, la sociedad *online* y, en definitiva, la sociedad en la que vivimos. Hay que ir más allá de las reconstrucciones hagiográficas de un pasado mítico en el cual las máquinas e Internet estaban gobernados por extraños genios delgaditos y gafotas, verdaderos héroes de la revolución digital todavía en pañales, dotados de un humor retorcido y estrafalario, motivados por un puro amor por el conocimiento y por una muy personal idea del entretenimiento[89]. Las acciones humanas nunca son puras ni se disponen según esquemas derivados de perfiles automatizados; todavía no, al menos de momento. Las trivializaciones maniqueas entre buenos y malos (*white hats* y *black hats*), o entre *hackers* vendidos al poder de las multinacionales y de los gobiernos y *hackers* independientes, sólo alimentan extremismos inútiles que se oponen a la comprensión. Como siempre, hay que partir de la constatación de las irreductibles diferencias de las historias individuales. ¿Cuáles son las similitudes entre estas diferencias? ¿Existe un estilo *hacker*?

Ippolita se inclina decididamente a favor de quienes se ensucian las manos e intentan gestionar autónomamente su propia vida. Uno de los lemas que mejor describen la actitud *hacker* es: «*hands*

[89] La hagiografía más conocida, que es, de todas formas, una buena reconstrucción histórica, es la de Steven P. Levy, *Hackers, Heroes of the Computer Revolution*, London, Penguin, 1984.

on», poner las manos en la masa; aprender por medio de la experiencia personal. Otro es «*information wants to be free*», las informaciones quieren ser libres, no se admitirá ninguna barrera. La manera de conseguirlo, la forma en que los *hackers* se relacionan entre sí -precisamente, el *hacking*- consiste en la puesta en común de lo que se aprende y se crea durante la propia y apasionada actividad investigadora. Desde un punto de vista político, en los discursos de los *hackers* y los *geeks* sobre ellos mismos y sus convicciones, se repiten constantemente palabras como: libertad, libertad de palabra (*free speech*), *privacy*, individuo, meritocracia. En Estados Unidos, grosso modo, esto se corresponde con una visión liberal, aunque los detalles pueden ser tan variados como para oscurecer casi por completo el color inicial[90]. Sin embargo, aunque Zuckerberg y Stallman parezcan personajes totalmente opuestos, justamente estos extremos desvelan similitudes insospechadas. En cuanto al primero, se dedica a vender publicidad personalizada para sacar provecho económico, acumulando todos los contenidos personales de los usuarios por medio de un *software* casi totalmente propietario (no se puede descargar y modificar el código de Facebook); el segundo está firmemente determinado a defender las libertades fundamentales del *software* (ejecutar, modificar, distribuir y redistribuir, observando las mismas libertades). Sin embargo, los dos son, de alguna manera, *hackers*.

Antes de nada, digamos que un rasgo común es la tendencia individualista. Hay óptimas razones para ello: incluso técnicamente, no es posible compartir si los individuos no están en condiciones de crear elaboraciones personales. Dicho de manera más corriente, a partir de los años ochenta (antes no era común poseer un ordenador) la relación con el ordenador se había vuelto tan personal que se llegó a la alienación egoísta.

[90] Entre los pocos estudiosos que intentan superar los tópicos, señalemos a Gabriella Coleman, «Hacker Politics and Publics», en *Public Culture*, New York, Institute for Public Knowledge, 2011. http://steinhardt.nyu.edu/scmsAdmin/uploads/006/725/Coleman-Hacker-Culture-Politics.pdf

Hay otras afinidades relevantes. El culto de la excelencia: es imperativo mejorar continuamente la propia actuación. El rechazo de las limitaciones: superar las barreras, penetrar en los sistemas, ir más allá son todas expresiones de una fuga intrínsecamente sin fin hacia las libres praderas del conocimiento del espacio técnico, que Internet convierte propiamente en espacio virtual. La propensión al desafío y a la confrontación, al «vamos a ver quien llega más lejos» deriva de una mezcla entre la excelencia individual y la voluntad de explorar lo desconocido. En su forma más elemental se configura como un desafío, aunque existen formas más complejas, pero todas regidas por el principio de la competición, un valor típicamente machista. No es casual que los *hackers* sean casi exclusivamente varones, de formación superior, dados al pensamiento abstracto, frecuentemente afectados por el síndrome de Asperger[91]. Con estas premisas, de la camarilla de manitas a la construcción de sólidas jerarquías, el paso es relativamente corto. Los grupos *hacker-geek* exaltan la meritocracia, el desprecio al peligro, la necesidad de comprometerse más, e, implícitamente, de agotar antes que fastidiar a los demás planteando cuestiones banales, como bien ejemplifica el acrónimo corriente RTFM (*Read The Fucking Manual*, Lee el jodido manual)[92]. El grupo

[91] Asimilable al autismo, el Asperger produce trastornos y dificultades de socialización. En la Bay Area se registra un porcentaje de Asperger mucho más elevado que el del promedio. En 2011, en el Reino Unido un diagnóstico de Asperger fue utilizado por los abogados defensores de Ryan Cleary, un chico de diecinueve años acusado de pertenecer al célebre grupo *hacker* Lulzsec, que el mismo año llevó a cabo ataques de alto nivel, con el objetivo de minimizar sus responsabilidades penales. Más adelante volveremos sobre el espíritu del Lulz, deformación de LOL (*Laughing Out Loud*, Reírse en voz alta), diversión conseguida violando los sistemas de seguridad y publicando los datos en red.

[92] La práctica de las FAQ (Frequently Asked Question), repertorio de preguntas y respuestas que muestran cómo utilizar un servicio-programa-instrumento, traduce claramente esta convicción de que el individuo tiene que mostrar haber hecho todo lo posible por sí mismo antes que pedir ayuda. Ciertamente, puede ser declinada de manera más o menos comunitaria e inclusiva, poniendo en primer plano la necesidad de construir un conocimiento común accesible pero no por esto dada como pan comido para cualquiera. La disposición a salir de un apuro por sí mismo, encarando creativamente una situación nueva, presenta evidentes similitudes con el mito del explorador, capaz de orientarse en un territorio desconocido leyendo e interpretando las huellas a su alrededor.

de pares que puede entender y reconocer el esfuerzo individual sabe valorarlo como compromiso para la causa común del conocimiento. Las llamadas explícitas al atractivo personal, el orgullo por un invento más rápido, elegante, potente y divertido, todo lo expresado en términos de competencia técnica adquirida a un alto precio son un *leitmotiv* de la cultura *hacker*.

La actividad del *hacking* genera el crecimiento de una especie de aura que envuelve al individuo, potenciándolo. Por supuesto existen también los *no-hackers*, los usuarios o *utontos*, aquellos que no entienden las máquinas; para ellos se pueden confeccionar unos manuales, unas guías, se les puede enseñar cómo utilizar ciertos programas. Persiste, no obstante, una conciencia difusa: el saber es piramidal, existen niveles populares, comprensibles para el gran público, y niveles esotéricos, sólo para iniciados. Y existen muchos niveles de iniciación: los *skills*, que remiten a la clásica oposición entre *truelite* y *lamer*; el que pertenece a la verdadera elite de los conocedores de las máquinas y el que apenas es un aprendiz[93].

Los dos valores que se derivan, más o menos conscientemente, de ello son: el primero, un desprecio, en ocasiones nada encubierto, del cuerpo, de lo físico, del contacto concreto con otros seres humanos; el segundo, la tendencia a ver el mundo en blanco y negro, como en una transposición moral de los 0 y de los 1 que constituyen el código binario: existen los buenos y existen los malos. El mundo es el teatro de batallas épicas entre las fuerzas del mal y las fuerzas del bien, fuerzas oscuras que traman en la sombra, complots globales. Los caballeros del conocimiento, los *jedi* de las máquinas pueden desplegarse de un lado o del otro de la Fuerza; lo cierto es que hay una guerra que nos involucra a todos, y los que poseen más armas no pueden quedarse mirando. De acuerdo, estamos exagerando los trazos de una viñeta, pero se pueden dar muchos ejemplos consistentes.

[93] Para entender de lo que estamos hablando, de lo que se nutre un *hacker*, se puede hacer referencia a una de las mejores publicaciones de *hacking* independiente, activa desde la mitad de los años ochenta: http://www.phrack.org/

Un espíritu de enfrentamiento se cierne sobre nosotros.

El individualismo y el culto a la libertad absoluta son dos puntos no despreciables de afinidad entre el espíritu *hacker* y el anarco-capitalismo. Podemos añadirle su dedicación a la técnica salvadora, que llega hasta el límite de lo maniático. Además, y a propósito de enfrentamientos, *hackers* y anarco-capitalistas tienen históricamente un enemigo común: las instituciones, especialmente las federales, que limitan la libertad: libertad de conocer para los primeros, de hacer dinero para los otros. Si nos ceñimos a las declaraciones medio serias de Eric S. Raymond, histórico *hacker* de primera magnitud y libertariano convencido, las convergencias van aún más allá; dibujando el retrato de un hipotético J. Random Hacker, afirma respecto a las convicciones políticas:

> Antiguamente, vago liberal-moderado, y más recientemente, moderado convertido en neoconservador (los hackers también se vieron afectados por el colapso del socialismo). Hay un potente contingente libertariano que rechaza por completo los esquemas políticos izquierda-derecha. La única generalización segura es que los *hackers* tienden a ser más bien anti-autoritarios; por lo tanto el paleo-conservadurismo y el liberalismo «duro» son poco frecuentes[94].

Hay buenas razones para dar crédito a estas valoraciones. Aunque globalmente el *hacking* sea más bien apolítico, la política ha entrado poderosamente en el *hacking*. Han pasado más de veinte años desde las primeras y espectaculares operaciones represivas contra el *hacking*, culminadas en la operación *SunDevil*. Entre 1989 y 1991 muchos chicos acabaron aplastados en el *Hacker Crackdown*[95], repli-

---

[94] Eric S. Raymond, *The Jargon File*, http://catb.org/jargon/html/politics.html Aunque parcialmente superado y personalista, *The Jargon File* sigue siendo un documento fundamental para entender la historia y la cultura del *hacking* hasta el comienzo del siglo XXI http://catb.org/jargon/

[95] Bruce Sterling, *La caza del hacker*,Granada, Grupo editorial Ajec, 2008, versión original *The Hacker Crackdown*, http://www.mit.edu/hacker/hacker.html

cado unos años después también en Italia en la operación *Fidobust* o *Italian Crackdown*[96]. La postura sospechosa de las instituciones no sólo no ha cambiado, sino que se han recrudecido las leyes liberticidas (DMCA en los Estados Unidos, EUCD en Europa) que amplían exponencialmente la posibilidad de controlar, censurar y reprimir las exploraciones *hacker*. Los choques de los mundos reales han sido trasladados a los mundos virtuales, haciendo resurgir viejos esquemas de contraposición frontal. Lemas como trabajo, clase, propiedad se actualizan en la jerga de la Red, se criminalizan amplios estratos de población con el pretexto de proteger el derecho de autor, que casi siempre esconde solamente la avaricia de las multinacionales. Los mundos virtuales, abiertos en nombre del entretenimiento, son tierra de conquista para la explotación sin escrúpulos.

El artículo *The Underground Myth*[97] cuenta cronológicamente la actividad de los *hackers*, ilustrando el proceso de concentración del control en las manos de empresas e instituciones que se han aprovechado de la ayuda indispensable de esos chicos, criminalizados por ser curiosos, y que luego enseguida los han implicado en la mejora de los sistemas de seguridad, es decir en la construcción de redes más controladas. Por tanto, la alegoría de la piratería informática no es gratuita. La ocupación del ciber-espacio revela fuertes analogías con la ocupación de América, vuelve la alegoría de la frontera y junto con ella, la de la colonización, las violencias inevitables, los abusos y masacres perpetrados por la causa de la «civilización». Igual que las escorias materiales, animales y humanas fueron el pegamento necesario de la marcha hacia el Oeste sin efectos colaterales, del mismo modo la conquista de los mundos digitales implica la construcción piramidal de la explotación a escala global, montañas de escorias electrónicas y millones de líneas de

---

96 Carlo Gubitosa, *Italian Crackdown*, Milano, Apogeo, 1999. http://www.apogeonline.com/openpress/libri/529/index.html

97 Phrack, 65, 18 de abril de 2008, 13, http://www.phrack.org/issues.html?issue=65&id=13#article

códigos obsoletos. Para que esto sea posible, los piratas que infestan los océanos digitales deben ser comprados, o bien destruidos[98].

En el Nuevo Mundo los piratas[99], desde el siglo XVII hasta el comienzo del XVIII, disfrutaban de una vida más arriesgada pero más libre e igualitaria en relación con la de sus homólogos marineros en lo navíos de España, Inglaterra, Francia y Holanda. Atacados por el imperialismo institucional, la mayoría de las veces vendieron su libertad para ponerse a sueldo de las potencias europeas que antes saqueaban. Las patentes marítimas los transformaron en corsarios, poco más que mercenarios. De modo similar, los *hackers* de los años ochenta y noventa del siglo XX han sido objeto de un violento ataque articulado por los nuevos ocupantes institucionales, y a menudo han elegido colaborar. De exploradores libres que eran se han convertido en mercenarios competentes pagados por las empresas y los gobiernos para instaurar un nuevo orden en los mundos digitales[100].

Lamentablemente, el espíritu de guerra global caricaturizado en la película *Juegos de Guerra* se ha concretado en el mundo social digital. Se multiplican noticias de *hackers* malvados comprometidos

[98] Nos permitimos remitir al extenso análisis del tema en Ippolita, *Open non è free*, cit., cap. IV

[99] Aún hoy héroes del imaginario popular, los piratas han encarnado una peculiar visión del mundo fundada en los valores de libertad e igualdad. Libertarios en el sentido de un internacionalismo socialista ad-litteram. Marcus Rediker defiende esta tesis, con gran riqueza de detalles históricos, en *Canaglie di tutto il mondo. L'epoca d'oro della pirateria*, Milano, Eleuthera, 2005. *Villains of all nations. Atlantic pirates in the Golden Age*, Verso Book, 2004.

[100] Ejemplar es el caso del Tiger Team, grupo de *security hacker* a sueldo de Telecom Italia y sus servicios secretos, involucrado en 2006 en los fraudes de las elecciones italianas, además de en la venta de informaciones reservadas a los servicios secretos franceses, israelíes y americanos. Véase la reconstrucción periodística de Beppe Cremagnani y Enrico Deaglio, «Gli Imbroglioni», *Diario*, 18, número especial, y film, 2007 http://forum.tntvillage.scambioetico.org/tntforum/index.php?s=e95b736ea26fa562c32d407702695ad6&showtopic=218923 . Uno de los personajes más alarmantes de esta turbia historia es Fabio Ghioni, experto en seguridad (y paranoia), además de ensayista y novelista *fantasy*. Es instructor de *hackers* malvados para muchas agencias gubernamentales y promotor del programa E.N.O.C, Evolution and New Order Civilization. Acaso sea sólo una trampa para gente con dinero de sobra, o quizás sea algo más transhumanista destinado a la superación tecnológica de la condición humana, temática predilecta de los anarco-capitalistas más tecnófilos.

en este o aquel frente contra terroristas negros, blancos, amarillos, rojos y verdes, o a favor de los mismos grupos con oscuras y absurdas reivindicaciones, metidos en intrigas, servicios secretos, maniobras ocultas, poderes equívocos. Los escenarios, al fin y al cabo pícaros y cargados de humor, de la gnosis *hacker*, entre iluminados y deidades vudú del ciber-espacio (LOA), se han vuelto más peligrosos que nunca. El concepto de *cyber warfare*, guerra cibernética, ha entrado en la jerga común: Internet es un recurso, pero también una amenaza para el orden constituido[101]. La cantidad enorme y la relativa potencia de cálculo de ordenadores y servidores en red puede ser utilizada, sin que se enteren los propietarios, para crear flujos de datos maliciosos, sustraer informaciones a terceros, atacar como zombis teledirigidos a otros ordenadores (*botnet*) -de servicios gubernamentales, por ejemplo- provocando su descuelgue de la red. Los virus informáticos se crean para lanzar ataques a potencias enemigas, para destruir o ralentizar programas de investigación militar. Las guerras contemporáneas, al igual que la guerra «por la democracia» en Afganistán, se libran con *drones* teledirigidos a distancias de miles de quilómetros que sueltan misiles sobre objetivos indicados por otros *drones*. Videojuegos con efectos reales de muerte.

¿En este escenario apocalíptico, son los *hackers* una amenaza? ¿Son piratas o corsarios? ¿Subversivos peligrosos anti-*establishment* o mano de obra del poder con veleidades libertarianas? Nuestra navegación nos lleva al extremo norte, a Suecia, donde encontramos varias piezas del rompecabezas *hacking*, piratería y libertarianismo: el sitio The Pirate Bay, el Pirat Partiet y Wikileaks.

Los Partidos Pirata: la tecnología en política

Los piratas informáticos han echado el ancla en la socialdemocracia

---

[101] http://www.economist.com/node/16481504

sueca. The Pirate Bay indexa desde 2003 los *torrents*, se trata de un sitio que conserva nombres y direcciones de archivos compartidos por los usuarios con el protocolo *peer-to-peer-torrent*[102], un formato que contiene metadatos para identificar los archivos (textos, audio, vídeo, etc.), que no residen en un servidor centralizado, simplemente se catalogan para ser abordables por los usuarios. De esta manera se sortea el problema de la complicidad en la violación del *copyright* que causó el cierre de Napster en 2001, de Morpheus y Grokster en 2003, y de muchos más sistemas de intercambio de archivos. Según el razonamiento de los piratas, las posibles violaciones corren a cargo de los usuarios. Las amenazas legales recibidas por los piratas suecos (Microsoft, Apple, Dreamworks, Adobe y muchos más) se publican con regularidad en el sitio, incluyendo las respuestas que se mofan de los gigantes de la IT.

¿De qué crimen son culpables los piratas? El concepto de piratería en este caso deriva principalmente de las contiendas en curso entre las empresas mediáticas (sobre todo los grandes *lobbies*) y la práctica del intercambio de archivos protegidos por *copyright*. Las organizaciones representantes de los grandes intereses ligados a la producción y distribución de materiales multimedia usan el término piratería para estigmatizar el robo de *copyright* que, según ellos, deriva en menores ingresos. El razonamiento es el siguiente: si descargo una película (audio, libro, videojuego, programa, etc.) protegido por *copyright*, no iré a verla al cine, ni compraré una copia en otro formato; por tanto, daño económico por robo.

---

102 Desde 2009, el sistema se ha desplazado progresivamente hacia el uso de *magnet links*, o sea huellas (*hash*) de los archivos, en vez de nombres y direcciones. Un flujo menor de metadatos que permite notables ahorros de banda. TPB, igual que otros servicios parecidos, empezó a promocionar el uso de DHT (Distributed Hash Table) y PEX (Peer Exchange), sistemas alternativos de los tradicionales *trackers* centralizados. La ventaja más relevante consiste en que los usuarios evitan referirse a un único servidor que almacena y distribuye nombres o huellas de los *files torrent*; junto con los sistemas de encriptación de los flujos de datos en salida y en entrada desde los *peers*, los protocolos descentralizados hacen que la red sea más sólida y fiable, y por supuesto más difícil de interceptar y desmantelar.

Admitamos, por amor al debate, que haya que defender la propiedad en tanto se lesionen los intereses económicos ajenos. El argumento a priori que hay que oponer es que la disponibilidad creciente de contenidos no aumenta el poder de compra. Si tengo diez euros para gastar en música, no gastaré diez veces ese valor. A lo mejor, puedo descargarlos gratuitamente (habitualmente con una calidad bastante mala: el mp3 no es música estéreo emitida por un buen aparato acústico, igual que el *streaming* vídeo no es una pantalla cinematográfica), quizás me gustaría tener más libros, filmes, música, pero tengo que vérmelas con mi cartera. Si no fuesen gratuitos, simplemente no los consumiría, luego no se pierde ganancia alguna. El argumento a posteriori es que el creciente volumen de negocios de la industria del entretenimiento global muestra claramente que, hoy como nunca, los contenidos mediáticos son fuente de ganancias; por supuesto la codicia es insaciable, la simple sospecha de que las ganancias podrían crecer más de lo que crecen actualmente les hace la boca agua a las grandes empresas mediáticas.

Además, existen razones jurídicas que vuelven problemática esta definición de piratería. El robo, por así llamarlo, de un bien digital reproductible de forma idéntica con costes extremadamente reducidos (el desgaste de las memorias masivas y la electricidad necesaria para efectuar la misma copia) difiere evidentemente del robo de un bien no-digital[103]. Un archivo copiado no me priva del archivo original. De esta constatación se deriva que hay que diferenciar la propiedad intelectual de estos bienes de aquella de los bienes no-digitales. Además, en la condena sin apelación del intercambio de archivos se tiende a no diferenciar en absoluto entre uso personal y uso comercial, aún siendo claro que vender

[103] La distinción común entre bienes materiales e inmateriales es engañosa, además de incorrecta, y corrobora la vulgata informática. Los archivos no son inmateriales, son secuencias precisas de impulsos eléctricos almacenados en el acto en soportes de silicio. Además, son inaccesibles sin los ordenadores y las redes, y los ordenadores y las redes son muy, muy materiales.

por lucro un objeto digital protegido por derecho de autor es muy distinto que consumirlo sin fines de lucro. En efecto, es la misma arquitectura del sistema de distribución de los contenidos que permite tradicionalmente un amplio uso personal. Un libro adquirido legítimamente se puede regalar, leer en voz alta, prestar; las frases pueden ser memorizadas, repetidas, modificadas y rescritas para uso personal, es más, las citas en otros libros son otros tantos homenajes a la grandeza de un autor, y esto no es robar[104].

La legislación es insuficiente, tanto en Europa como en los Estados Unidos, por no hablar del resto del mundo. Cuando existe, tiende a limitar y reprimir los usos personales en beneficio de los oligopolios mediáticos, que de hecho aprovechan la complicidad entusiasta de los Estados para avalar a nivel legal sus intereses corporativos. Lejos de ser universalmente aceptadas, las reivindicaciones y acusaciones de piratería y robo dan mucho que hablar, alimentando continuos ciclos de diatribas, hasta el punto de que sitios como TPB son verdaderos «repertorios de contiendas», por usar la terminología de Charles Tilly y Sydney Tarrow[105]; el uso masivo de tales servicios determina la emersión de zonas de contrapoder económico, que el economista John Kenneth Galbraith ha definido como «poder de compensación» (*countervailing power*), un concepto bastante próximo al de contrapoder elaborado en el ámbito postmarxista. Estas zonas forman

> líneas de resistencia al poder que prevalece en ausencia de competencia, y en particular en el ejemplo en cuestión (Suecia) en relación a la colusión del Estado con las fuerzas anti-mercado. La connivencia de los gobiernos con los oligopolios plantea serios problemas para los ciudadanos-votantes, y es

[104] Esto es imposible, por ejemplo, con los programas propietarios: la licencia de uso de Windows prevé que el usuario no sea propietario de ese objeto digital, sólo puede usarlo, sin modificarlo, sin copiarlo, sin regalarlo a nadie. Vale lo mismo, y aún peor, para los programas de Apple, que derivan, entre otros, de programas cerrados y distribuidos bajo licencia BSD, porque están bloqueados indisolublemente a un *hardware* específico.

[105] Charles Tilly, Sidney Tarrow, *Contentious Politics*, Boulder, Paradigm Publishers, 2007.

> tratada como una especie de «delincuencia organizada» en relación con una ola de des-democratización. Lo que hace más preocupantes dichas alianzas es el hecho de que el intercambio de archivos no ha «dañado» la industria creativa en su conjunto, sino que parece haber contribuido a las transformaciones económicas mundiales, incluso a un crecimiento de la producción creativa y a una expansión y globalización de los mercados mediáticos[106].

Después de un histórico juicio que tuvo lugar en 2009, los gestores de TPB fueron condenados a un año de cárcel y a considerables multas. La apelación está todavía en curso. El gobierno sueco, bajo la presión de los poderosos *lobbies* mediáticos, eligió la vía de la represión. Uno de los jueces tenía intereses particulares; la cuestión parece complicada. En la actualidad, después de un amago de venta anunciado y fallido, TPB continúa indexando cientos de millones de archivos. Aun siendo con diferencia menos rico que otros sitios análogos, sigue asustando: el Estado italiano, por ejemplo, decidió ocultar el acceso, por lo que ya no se puede entrar en el sitio. Al menos no directamente: Proxy, Google Translate y otros sistemas permiten sortear este enésimo y torpe intento de censura[107]. La idea de que un enjambre de *net citizens* viole algunas leyes (*online*), manifestando así su disenso contra las concentraciones de poder económico, no es nueva y desde luego tiene sentido. Al igual que en los boicots *offline*, la presión de los consumidores puede producir cambios reales, mientras que son más difíciles de sostener las teorías políticas según las cuales las huelgas, movilizaciones, manifestaciones y comunicaciones en la Red estarían favoreciendo la emergencia de un nuevo tipo de soberanía popular distribuida, opuesta a la soberanía tradicional[108]. Como veremos más adelante, el activismo

---

106 Leon Tan, «The Pirate Bay – Countervailing power and the problem of state organized crime», Ctheory, 25 noviembre 2010 http://www.ctheory.net/articles.aspx?id=672

107 Más informaciones http://piratebayitalia.com/

108 Dejando de lado las visiones militares de las multitudes opuestas a los imperios, parecen más interesantes, aunque extremadamente sofisticados y quizás un poco farragosos, los argumentos de Alexander R. Galloway, Eugene Thacker, *The exploit – A theory of networks*, University of Minnesota Press, 2007.

online tiende a erosionar las formas de compromiso político más tradicionales. La ventaja de estos acercamientos consiste en desplazar la atención, desde el aspecto económico -también en estos casos ampliamente sobrestimado- a los aspectos sociales y políticos.

El *affaire* TPB ha tenido notables repercusiones políticas. El recrudecimiento de las manifestaciones anti-*copyright* instigadas por la represión gubernamental ha sido un importante elemento del ascenso del Pirat Partiet sueco, el primero y más importante Partido Pirata del mundo. En los últimos años, el Pirat Partiet, reivindicando el derecho a violar las leyes de protección intelectual, juzgadas anticuadas y antiliberales, ha conseguido un éxito estrepitoso, culminado con la elección en 2009 de dos representantes en el Parlamento Europeo de Bruselas. Sin duda, el actual conglomerado de *copyright*, patentes, marcas registradas y cláusulas de no divulgación, junto con la extensa variedad de aplicaciones de estas diferentes medidas, ha erosionado progresivamente las libertades civiles y personales en medio de la indiferencia general. La creatividad de autores, inventores e investigadores se ve castrada por las normas que debieran de protegerla y promocionarla, para favorecer a los grandes grupos industriales. A menudo, debajo de la bandera de la guerra global al terrorismo y a los Estados-canalla, se han aprobado medidas liberticidas dirigidas en realidad al control de la población para proteger los intereses de los oligopolios mediáticos, así como de grupos farmacéuticos, bioquímicos y militares; en definitiva de todos aquellos que tienen algún interés en privatizar el conocimiento.

La discusión acerca del SOPA (Stop Online Piracy Act), una propuesta de ley presentada en el Congreso americano en octubre de 2011, resume someramente los intereses en juego. El texto completo de la ley queda así: «Para promover la prosperidad, la creatividad, el espíritu empresarial y la innovación combatiendo el hurto de la propiedad americana y otros propósitos. H.R. 3261». Por un lado los poseedores de *copyright*, o sea los oligopolios mediáticos, se proponen como portadores de la innovación en la guerra contra los ladrones-

piratas. MPAA (Motion Picture Association of America, cine), RIIA (Recording Industry Association of America, música) y otros *lobbies* mediáticos insisten en criminalizar estrictamente a cualquiera que viole, bajo cualquier concepto, incluso si es para uso personal, las normas vigentes. Hay que recordar que en la actualidad la violación de *copyright* es un delito penal, de acuerdo con el DMCA (Digital Millenium Copyright Act, USA) y el EUCD (European Union Copyright Directive, Unión Europea). Las medidas represivas consistirían en considerar penalmente perseguibles a todos aquellos que favorezcan la recuperación *online* de material protegido; por tanto, todos los motores de búsqueda (Google, Yahoo!, Bing) y también los navegadores (como Mozilla) que los usuarios utilicen para buscar archivos ilegales. Asimismo, en el otro bando se hallan casi todos los intermediarios de las redes digitales, que no producen ni poseen material protegido en sí, pero que son utilizados por los usuarios para el simple consumo de esos materiales. El aspecto paradójico de esta situación estriba en que formalmente Google, eBay, Yahoo!, Facebook, Twitter y algunos otros luchan por la libertad de los usuarios, mientras que, de lo dicho hasta aquí, resulta evidente que son ellos mismos los nuevos dueños. Además, el código que compone la estructura de estos gigantescos agentes de la transparencia incluso en los contenidos, es completamente propietario, opaco y protegido. Los usuarios utilizan sus herramientas propietarias contribuyendo a su mundo totalmente privado. De la sartén de los viejos oligopolios mediáticos al fuego de los nuevos dueños digitales, la libertad positiva y la autonomía, en lo que se refiere a la tecnología, parecen alejarse más y más.

Los grandes intermediarios digitales y el Partido Pirata tienen un enemigo común: los oligopolios mediáticos. En la medida en que el Partido Pirata no se erija en el partido de los *hackers*, da juego presentarse como portador de las instancias políticas, especialmente de los estratos jóvenes de la población, a los que les cuesta acceder al paraíso del consumo compulsivo. En paralelo, se opone al excesivo poder del control policial. En el sitio del Pirat Partiet se puede leer:

> El Partido Pirata quiere fundamentalmente reformar la ley del copyright, deshacerse del sistema de patentes y asegurar que el derecho a la privacidad de los ciudadanos sea respetado. Con este programa, y sólo con este, nos presentamos al Parlamento europeo y sueco. No sólo pensamos que merece la pena, también creemos que estos objetivos son realmente alcanzables en el contexto europeo. Las convicciones que nos han llevado a la formación del Partido Pirata de Suecia están presentes en toda Europa. Ya existen iniciativas políticas similares en marcha en muchos más estados. Juntos podremos establecer un nuevo rumbo para una Europa que va en una dirección muy peligrosa[109].

Aunque parezca un programa excesivamente endeble incluso para un partido de protesta, queda el hecho de que en las elecciones del *Land* berlinés (el Estado federado de Berlín), en septiembre de 2011, los *Piraten* alemanes han rozado el 9% de los votos, entrando por la puerta principal en la composición del parlamento local. Volviendo a Suecia, está claro que estos supuestos piratas tienen intereses poco sociales y muy personales. En agosto de 2010, en plena tormenta mediática, el Pirat Partiet sueco comenzó a hospedar gratuitamente en sus servidores a Wikileaks, apoyando públicamente el proyecto y desafiando al Estado sueco a que sostuviera una «batalla por la libertad» con el carismático Julian Assange y sus camaradas[110]. Pero volvamos a los *hackers*, a los complots, a la guerra global en contra de los enemigos de la libertad de expresión y de palabra.

El affaire Wikileaks*: ¿un desafío sensato?*

Igual que para TPB, el caso de Wikileaks está bastante lejos de cerrarse. Como de lo que se trata es de un espectáculo, los golpes de escena siempre son posibles. Lo que salta a la vista es la falta de

[109] http://en.wikipedia.org/wiki/Piratpartiet#Declaration_of_principles

[110] Declaración del Pirat Partiet en apoyo de Wikileaks, http://press.piratpartiet.se/2010/08/17/swedish-pirate-partyto- host-new-wikileaks-servers/

análisis críticos y de tomas de posición no banales, más allá de «me gusta/no me gusta». Las fuerzas genéricamente de izquierdas, sobre todo en Europa, tienden a ver en Wikileaks un campeón de los oprimidos que encara sin miedo a los gobiernos corruptos.

La lógica, una vez más belicista y bastante abierta, es que el enemigo de mis enemigos es mi amigo. Los que están en el gobierno, los que defienden una posición patriótica o conservadora le tienen manía a Wikileaks, un proyecto que pone en peligro la diplomacia internacional, que juega con la vida de los soldados de las «fuerzas del bien» metidos en operaciones de paz y de guerra contra el terrorismo de «las fuerzas del mal», que desacredita las instituciones del poder constituido. En nuestra opinión, Wikileaks es otra piedra ambigua del mosaico de la galaxia *right libertarians*.

Vamos a resumir brevemente los hechos. Wikileaks nace en 2006 como sitio que publica material reservado, secreto y confidencial. Utiliza la misma interfaz que Wikipedia (hasta 2010) y se presenta como lugar en el cual se pueden depositar anónimamente documentos peligrosos; ya se encargará el sitio de decidir si publica, o no, los materiales después de haberlos examinado. En sus comienzos, no era nada seguro ni tampoco anónimo chivarle algo a Wikileaks; solamente en un segundo momento la organización se dotará de sistemas relativamente seguros. Wikileaks alcanza los honores de la crónica internacional a partir de la llegada, en 2007, de Julian Assange, autoproclamado redactor jefe (*editor in chief*). Assange es un *hacker* australiano nacido en 1971, un *hacker* con capacidades técnicas de alto nivel[111] que tiene una condena en 1992 por delitos

[111] Su contribución más interesante es probablemente la puesta a punto, junto con otros *hackers*, de un sistema de *deniable encryption* ahora datado, conocido como Rubberhouse. Sustancialmente posibilita negar la existencia de una partición de un disco fijo donde se ocultan datos cifrados. Puesto que abrir un candado cifrado es teóricamente sólo cuestión de cálculo, ocultar la existencia misma del candado es una hábil estratagema que aumenta exponencialmente la seguridad de los datos. Se trata de una técnica de estenografía que oculta lo que uno quiera mantener secreto. Resulta curioso que se haya pensado para ayudar a activistas de los derechos humanos en las dictaduras.

federales cometidos en Australia (conmutada en pena pecuniaria), así como contribuciones originales en distintos proyectos de codificación. El perfil de Assange ocupará las portadas de los diarios de todo el mundo durante muchos meses, antes y después del *cablegate* de noviembre de 2010, cuando Wikileaks difundió los cablegramas, documentos diplomáticos secretos (pero no clasificados como *top secret*) relativos sobre todo a los crímenes del gobierno americano.

El problema, evidentemente, no estriba en los contenidos publicados por Wikileaks, pues siempre es preferible que las noticias circulen en vez de ser censuradas. Aunque es cierto que los métodos y los fines de Wikileaks están peligrosamente próximos a los de Facebook. Concretamente se trata de la aplicación a escala gubernamental del proyecto de transparencia radical: revelar los delitos de los gobiernos perversos, espiar la cara turbia de los poderosos, igual que en Facebook espiamos el lado turbio de nuestros «amigos». Millones de documentos «secretos» llevados a la arena pública. Un *voyeurismo* de masas, a su vez generador de insensibilidad de masas. La revelación es desconcertante: las guerras no se hacen para exportar la democracia, sino por el petróleo, el uranio, el control de los recursos y el ansia de dominio. Más desconcertante quizás es darse cuenta de que la opinión pública acostumbra tragarse mentiras como «guerra para la libertad contra el eje del mal» sin pestañear.

Los caballeros sin tacha y sin miedo que Assange representa públicamente son *hackers* que se presentan como sacerdotes-custodios de una tecnología liberadora, preparados para desafiar al sistema a costa de su propia libertad. Por supuesto que hay contradicciones, pero todo es por nuestro bien. La contradicción más evidente es que la batalla por la transparencia tenga necesidad de una organización casi-secreta, opaca, con una jerarquía y financiaciones ocultas y un único líder público, un jefe carismático, capaz de agujerear la cámara y batirse en duelo con los demás jefes del mundo, los presidentes, en una lógica de guerra mediática. Ninguna mediación, ninguna fatiga, ningún compromiso: la ver-

dad de golpe, sólo una, la de los documentos que la tecnología de Wikileaks os ofrece y que os hará libres. Ya vimos, estudiando los Big Data, que toneladas de datos aplastan más bien a las personas por el sentido de impotencia sin salidas que generan, y que la adicción a la corrupción, a la violencia y a las noticias *shock* hace tiempo que está a la vista de cualquier observador sensato.

Además, las modalidades de acción de Wikipedia parecen poco aplicables en otros contextos de censura informativa. Atacar a Estados Unidos, aprovechando las libertades garantizadas por socialdemocracias europeas como Suecia, sostenidas por extremistas anti-Estado libertarianos y valiéndose de la autoridad de grandes diarios europeos, resulta seguramente más simple que atacar a dictaduras como China, el Myanmar, Corea del Norte, Cuba, Irán, Siria y Bielorrusia actuando sobre el terreno, junto con grupos autónomos del poder político y mediático[112]. En los regímenes autoritarios contemporáneos sería prácticamente imposible que se estableciera una estructura como Wikileaks, simplemente por el control muy cerrado y capilar que esos gobiernos ejercen en las infraestructuras de la red y en los accesos a las mismas. Aún admitiendo la posibilidad de existencia de algo parecido, los gobiernos en cuestión tendrían muchos sistemas para manipular la opinión pública, sin que hiciera falta mancharse las manos en primera persona para liberarse del disenso, como explica detalladamente Evgeny Morozov.

En Rusia, uno de los países más tolerantes del mundo con la piratería informática (especialmente en clave anti-occidental y anti-americana), los jóvenes asesores del régimen gestionan y orientan hábilmente el *sentiment* de la población, utilizando las mismas técnicas manipuladoras de los *spin doctors* estadounidenses: creación de *blogs*, cabeceras periodísticas, sistemas completos de *social networking* dedicados a la contra-información a favor del régimen, a la

112 Vèase Geert Lovink, Patrice Riemens, «Twelve Theses on Wikileaks», *Eurozine Magazine*, 2010 http://www.eurozine.com/articles/2010-12-07-lovinkriemens-en.html

calumnia y al descrédito de los disidentes, a la intimidación verbal que precede la agresión física. En China está en activo el partido de los 50 cents, cuyo nombre procede de la cifra presumiblemente pagada por el gobierno por cada *post* a su favor. Una multitud de *bloggers* filogubernamentales a sueldo se ocupan también de modificar los artículos de Wikipedia y en general de aumentar el tráfico y el ruido de fondo a favor del régimen, para sofocar las escasas voces de la oposición. Los jeques saudíes pagan regularmente a expertos informáticos para monitorizar la red en busca de informaciones dañinas para el régimen, que hay que ocultar, ridiculizar, enmascarar, desacreditar. Generalmente en la comunidad internacional los Estados actúan igual que los individuos con sus perfiles *online*: se obsesionan en buscar los puntos críticos y vergonzosos en los comportamientos de los demás, preocupándose de ocultar los suyos y glorificando, por el contrario, dogmáticamente sus actuaciones. Es absurdo y populista pensar que una transparencia mayor impuesta por medio de la delación pueda de verdad promover el debate democrático. Tanto los regímenes democráticos como los autoritarios sacan provecho de la transparencia de sus ciudadanos y compiten entre sí en la denuncia de los comportamientos opacos.

Volviendo a la crónica de Wikileaks, la decisión del 25 de julio de 2010 de entregar a cinco grandes diarios (New York Times, The Guardian, Der Spiegel, Le Monde, El País) documentos sobre la guerra en Afganistán (matanzas de civiles, unidades especiales para matar a talibanes, el doble juego de Pakistán, etc.) forma parte de una estrategia confusa y contradictoria. Lo que resulta claro es una adhesión total y entusiasmada al énfasis sensacionalista de la sociedad del espectáculo. Las noticias siguen durante meses, hasta que en octubre el portavoz alemán de Wikileaks, Daniel Domscheit-Berg, deja la organización (o le echan) por discrepancias con Assange. A Assange le cae una orden de detención por una doble acusación de violencia sexual en Suecia, orden que el 20 de noviembre se extiende a toda la Unión Europea, según la normativa de Schengen.

Respecto a esta acusación, que evidentemente deja en muy mal lugar la ya polémica figura del australiano, hay que subrayar de todas formas que estamos siempre en el ámbito de la espectacularización mediática, y a poco que se profundice aumenta la complejidad del cuadro. Según la ley sueca, una relación sexual consensuada sin protección puede interpretarse como violación si una de las partes se niega a efectuar pruebas médicas para certificar la ausencia de enfermedades de transmisión sexual. Como Assange ha rechazado hasta la fecha hacerse análisis médicos, por ahora la acusación se mantiene; aunque hay cierta diferencia entre abusar sexualmente de alguien y negarse a efectuar una extracción de sangre[113]. El 7 de diciembre Assange se entrega a la policía en Londres; el mismo día Bank of America, VISA, MasterCard, PayPal y Western Union bloquean las donaciones a Wikileaks y congelan sus cuentas bajo la presión del gobierno USA; Assange permanecerá en la cárcel hasta el 16 de diciembre. Casi un año más tarde, el 2 de noviembre de 2011, Reino Unido acoge la petición de extradición desde Suecia, que sigue queriendo procesar a Assange por violencia sexual. Mientras tanto, en Estados Unidos varios políticos conservadores definen a Assange como un enemigo a combatir: Sarah Palin le quiere muerto, y muchos piden que se ponga un precio a su cabeza, vivo o muerto; los más progresistas le consideran un terrorista peligroso.

Puede que las acusaciones de violencia sexual sean falsas. Lo cierto es que, desde luego, Assange sale de las descripciones como una personalidad autoritaria, paranoica, cínica. Un tío que no soporta el incordio de las relaciones humanas, metido como está en su cruzada personal. Otro fanático, y de los más obsesivos, de la supremacía *nerd*. Los que quieran saber más, pueden consultar la esperadísima

---

113 El caso es bastante complejo, puesto que las dos mujeres que acusan a Assange se conocen entre sí y le han denunciado juntas. La relación completa de las fuentes de la policía sueca ha sido publicada en The Guardian, «10 days in Sweden: the full allegations against Julian Assange», 17 diciembre 2010, http://www.guardian.co.uk/media/2010/dec/17/julian-assange-sweden

autobiografía no autorizada, salida al mercado en noviembre de 2011. Assange, después de haber gastado el dinero del anticipo para los gastos legales, quería rescindir el contrato, pero el editor no lo consintió.

Lo que es relevante del *affaire* Wikileaks se encuentra bien expresado en una entrevista de noviembre de 2011 publicada en Forbes. Julian Assange no se considera ni un enemigo de los Estados Unidos ni tampoco del capitalismo global, al contrario. Al respecto, sus palabras son meridianamente claras: las revelaciones de Wikileaks sirven para mejorar la información de los mercados, pues un mercado perfecto requiere una información perfecta. De este modo las personas son libres de juzgar hacia qué producto orientarse. Y prosigue en su declaración de fe libertariana:

> Es incorrecto colocarme en un campo político o filosófico, porque he aprendido de muchos. Pero el libertarianismo americano, el libertarianismo del mercado es uno de ellos. Así que en lo que al mercado se refiere yo soy un libertariano, y tengo bastante experiencia en política e historia para entender que un mercado libre acaba en monopolio, a no ser que tú lo fuerces a ser libre. WikiLeaks ha sido diseñado para hacer más libre y ético el capitalismo[114].

La guerra de Wikileaks ha provocado muchos daños colaterales y al menos una víctima segura: el jovencísimo militar e informático estadounidense Bradley Manning, acusado de haber descargado decenas de miles de documentos reservados mientras trabajaba como analista informático en Iraq y de haberlos entregado a Wikileaks. Bradley ha estado encarcelado diez meses en la prisión militar, especialmente inhumana, de Quintico (Virginia) antes de ser trasladado a Fort Leavenworth. Activistas, magistrados, personalidades del mundo artístico, político y cultural han protestado[115]

---

[114] Forbes http://www.forbes.com/sites/andygreenberg/2010/11/29/an-interview-with-wikileaks-julian-assange/5/

[115] Bruce Ackerman y Yochai Benkler, «Private Manning's Humiliation», *The New York Review of Books*, 28 abril de 2011, http://www.nybooks.com/articles/archives/2011/apr/28/private-mannings-humiliation/

en todo el mundo por las torturas a las que ha sido sometido el «chivato» Bradley, cuyas responsabilidades están todavía por determinar. Definido por unos cuantos como héroe y candidato al Nobel de la Paz en 2011, su triste historia ilustra una vez más que la lógica del enfrentamiento frontal no es aceptable; tampoco en los mundos digitales. Denunciar la opacidad del poder en pro de la transparencia en una lógica belicista y espectacular; es exactamente lo contrario de una lucha concreta por la libertad entendida como expansión de las esferas de autonomía personal y colectiva.

Las controversias en el seno de la organización, además de a la encarcelación de Julian Assange, han llevado a la escisión de Openleaks[116], un proyecto en desarrollo que pretende superar las incoherencias organizativas de Wikileaks. Para «hacer la delación más extensa y segura», Openleaks quiere dotarse de herramientas compartidas gestionadas de manera cooperativa por un grupo conocido por la recogida de datos; no quiere hospedar directamente las «fugas de noticias», sino ofrecer instrumentos tecnológicos seguros para permitir a los poseedores de las informaciones actuar autónomamente y evitar un tratamiento explícitamente político de oposición a los gobiernos; quiere, por tanto, sustancialmente diferenciarse con claridad del discurso *right libertarian*.

Efectivamente, existen sitios dedicados a la divulgación de materiales reservados desde mucho antes que Wikileaks, como el ya citado Criptome. Pero sin duda el modelo Wikileaks ha hecho escuela. Han surgido decenas de *leaks* locales, por ejemplo en Francia, Indonesia, Bulgaria, Venezuela y, además de los clones, han salido también acercamientos diferentes a la materia, como Wikispooks o Israelileaks. Algunos medios mainstream, como por ejemplo Al

[116] El fundador es el ex portavoz alemán de Wikileaks, Daniel Domscheit-Berg http://openleaks.org . De su puño y letra también existe una reconstrucción en profundidad de la historia de Wikileaks, *Inside* Wikileaks – *La mia esperienza a fianco di Julian Assange nel sito più pericoloso del mondo*, Marsilio, 2011.

Jazeera, Wall Street Journal y New York Times[117], están intentando implementar canales de comunicación seguros y anónimos para acoger suculentas fugas de noticias. Existen empresas especializadas en servicios de espionaje, *software* dedicados a ello y empresas que implementan prácticas de información anónima interna. El único proyecto votado para el estudio de los distintos aspectos técnicos y filosóficos de la cuestión, y para la puesta en marcha de una estructura completa de actividades similares que sea móvil, segura, anónima, *free software* y gestionada por *hackers* es Globaleaks.org.

De todas formas queda el hecho de que estamos hablando de delación, de denunciar, de transparentar, dando por supuesto que la verdad sólo es una porque los datos hablan de por sí. En un mundo en que todos utilizasen Facebook siguiendo al pie de la letra los principios de transparencia radical sostenidos por Zuckerberg, todo esto sería inútil. ¿De verdad seríamos más libres? Las críticas a Facebook y a la ideología libertariana sugieren exactamente lo contrario. Jaron Lanier, *hacker* veterano entre los inventores de la realidad virtual, ha denunciado explícitamente los riesgos de esta deriva de la supremacía *nerd*[118]; Lawrence Lessig[119], abogado liberal creador de las licencias Creative Commons, ha juzgado negativamente la exposición total propugnada por Wikileaks, un malentendido extremista del concepto de libertad de palabra tan querido por los americanos. Es cierto, se trata de actuaciones que tienden a justificar el estatu quo. ¿Pero de qué otras formas los *hackers* pueden luchar por la libertad, mediante intervenciones radicales no sesgadas por la deriva libertariana?

---

117 Catálogo de recursos dedicados a las fugas de noticias: http://leakdirectory.org

118 Jaron Lanier, «The hazard of nerd supremacy», *The Atlantic*, diciembre 2010, http://www.theatlantic.com/technology/archive/2010/12/the-hazards-of-nerd-supremacy-the-case-ofwikileaks/68217/ El primero en analizar el fenómeno ha sido Patrice Riemens, «Some thoughts on the idea of hacker culture», *Multitudes*, Paris, 2003 http://multitudes.samizdat.net/Some-thoughts-on-the-idea-of

119 http://blogs.law.harvard.edu/mediaberkman/2010/12/08/radio-berkman-171/

Anonymous, un activismo anómalo

Antes de los casos de resonancia mundial, o sea los *cablegate* sobre Irán y Afganistán, Wikileaks había publicado muchas noticias de distinta naturaleza y rabiosa actualidad. Entre otras, había hecho circular documentos sobre el complot de los servicios americanos para asesinar al jeque somalí Hassan Dari Aweys (2006); otros sobre los procedimientos inhumanos del Ejercito de Estados Unidos para con los presos de Guantánamo, sustraídos también a la vigilancia de la Cruz Roja (2007), y sobre la corrupción manifiesta del ex-presidente keniano Daniel Arap Moi. Hasta llegar a 2008, como recuerda Domsheit-Berg, cuando Wikileaks fue contactada por algunos integrantes de Anonymous, quienes le entregaron la documentación interna, inmediatamente publicada, de la iglesia de Scientology.

El caso Scientology resulta interesante porque señala el contacto con el grupo *hacker* que a lo largo de los últimos años más ha dado que hablar. Scientology era un adversario poderoso y, sin embargo, más identificable que las oscuras profundidades de los aparatos institucionales tradicionales. La secta ha reducido al silencio, incluso con amenazas, intimidaciones y verdaderas persecuciones, a muchos, especialmente ex miembros, que han intentado divulgar informaciones. El Proyecto Chanology dio comienzo en enero de 2008, en respuesta al intento de eliminación por parte de la secta de la entrevista a Tom Cruise que revelaba el trasfondo de Scientology. Antes de involucrar a Wikileaks, el grupo que se define como Anonymous publica en Youtube[120] el vídeo de dos minutos *Message to Scientology* (Mensaje a Scientology), cuya conclusión se ha vuelto el lema más característico de Anonymous: *Knowledge is free. We are Anonymous. We are Legion. We do not forgive. We do not forget. ¡Expect us!* El siguiente paso de Anonymous es librar una serie de ataques de tipo DDoS (*Distributed Denial-of-Service*) con el objetivo de hacer inalcanzables

---

[120] http://www.youtube.com/watch?v=JCbKv9yiLiQ

los servidores de la secta a través de una sobrecarga de peticiones, un tipo de ataque que requiere un cierto nivel de conocimiento técnico[121]. El hilo rojo que une Wikileaks con Anonymous es por tanto la transparencia, entendida como arma para abatir, con intervenciones de tipo técnico propias de un *hacker*, un poder opresivo, opaco. La necesidad de mantener el anonimato, de nombre y de hecho, y la parafernalia difusa de las máscaras del conspirador inglés Guy Fawkes, que recientemente ha alcanzado la celebridad por el cómic *V de Vendetta*, es otro de los elementos que asemeja los Anonymous a los métodos de Wikileaks.

Desde el punto de vista mediático, las reacciones de la Iglesia de Scientology y, posteriormente, las de todas las víctimas de Anonymous, coinciden en definir a los miembros del grupo como fanáticos del ordenador, ciberterroristas; en pocas palabras: *hackers* peligrosos. Resulta complejo identificar Anonymous desde un punto de vista ideológico, pero hay un elemento que parece irrenunciable, que hierve en la superficie de todos sus diferentes nodos: una particular versión de la libertad de expresión, el *free speech* (tal y como había manifestado un *anon*), «la libertad de palabra no es negociable»)[122]; con frecuencia Anonymous aparece cuando la censura muestra su cara, como bien demuestra la operación *OpBart*[123]. Los hechos que tienen por protagonista a Anonymous se han cruzado nuevamente con Wikileaks durante la operación *Avenge Assange (Operation Payback)* que entre el 6 y el 10 de diciembre de 2010 ha realizado ataques DDoS, muchos de ellos con éxito, a una docena de bancos e instituciones financieras responsables del bloqueo de las donaciones.

Desenmascarar los delitos del enemigo y desafiar la opacidad

---

[121] La difusión del programa LOIC, en origen un *software* propietario para testear la carga de peticiones soportables por un servidor, ha contribuido a la realización de redes de ordenadores para ataques DDoS, una especie de *botnet* voluntaria.

[122] Copia de la celebérrima frase usada por Bush Jr. para justificar la guerra global al terrorismo: «el estilo de vida de los americanos no es negociable».

[123] Véase el vídeo http://www.youtube.com/watch?v=MlsLmDOhQ5Y

con la transparencia manteniendo el anonimato; atacar a los poderes fuertes (iglesias, ejércitos, gobiernos, bancos) con acciones que conjugan capacidades técnicas y uso espectacular de los medios de masas; tomar una postura de enfrentamiento militar, guerra total o sabotaje: hasta aquí las similitudes. Pero comparado con Wikileaks, Anonymous no es identificable en una persona física, porque no es singular, siempre es plural. En la teoría, cualquiera puede formar parte de Anonymous, mientras que chivarse de algo muy secreto a Wikileaks no genera ninguna pertenencia identitaria. Anonymous se compone de muchos individuos, redes y operaciones.

¿Pueden ser consideradas TPB, Wikileaks y Anonymous como diferentes manifestaciones del mismo espíritu *hacker*? El caldo de cultivo de Anonymous es, al menos en parte, seguramente el mundo del *hacking*, incluso de alto nivel, como demuestra la participación del grupo Lulzsec[124]en varias operaciones. El lema *hacker just for fun* se conjuga en el espíritu de Lulz, deformación del acrónimo de *chat* LOL (*Laughing Out Loud*, Reírse en voz alta). El canal b del tablón de imágenes de 4chan[125] forma parte con toda seguridad de la cultura de los primeros en definirse como Anonymous, por el simple hecho de que la mayoría de los contenidos se siguen *posteando* de manera anónima. Muchas de las personas denunciadas en las distintas olas de represión en contra de las operaciones de Anonymous frecuentaban 4chan. Si no estáis familiarizados o no sentís al menos curiosidad por los manga y los anime, los videojuegos y las series de TV, las oleadas de chistes repletos de acrónimos, el humor negro,

---

[124] Grupo *hacker* que en mayo-junio de 2010 decretó «50 días de Lulz» atacando objetivos de diversos tipos (FBI, Sony, Fox, Twitter) y que publicó también *login* y *password* de simples usuarios «sólo porque somos capaces de hacerlo». El navío pirata de Lulzsec ha dejado una huella profunda en el océano de la Red; el cúmulo de las operaciones y de los sitios comprometidos todavía está disponible en varios *mirrors*.

[125] Lanzado en 2003 por el entonces quinceañero Christoper Poole (que permaneció en el anonimato hasta 2008), el tablón de imágenes se inspira en sitios japoneses parecidos; a comienzos de 2011 el tablón llegó a sumar la asombrosa cifra de más de un millón y medio de accesos únicos por/al día. http://www.4chan.org

la obscenidad al límite de la pornografía, los *Lolcats* (imágenes de gatos frecuentemente retocadas con subtítulos) y el *subvertising*, 4chan no es para vosotros. Podría pareceros algo a medio camino entre una jaula de locos y una pronunciada inclinación hacia lo macabro y lo surrealista, el punto de encuentro de unos chavales que utilizan una jerga incomprensible con buenas dosis de imaginación paranoica, y una cueva de peligrosos ciberterroristas.

Aunque las operaciones de *hacking* constituyan una parte considerable, llamando la atención de los medios, los grupos de Anonymous han llevado a cabo muchas actuaciones diferentes y en varias redes a la vez. Ha habido también manifestaciones en plazas más tradicionales con activistas enmascarados de Guy Fawkes. Simultáneamente a la politización de las acciones en *real life*, los ataques han sido en menor número para el Lulz y más orientados políticamente. Hasta la aparición de grupos, dentro de Anonymous, que se autodefinen explícitamente anarquistas, por ejemplo A(A)A, *Anon Anarchist Action*. Pero, ¿de qué anarquismo estamos hablando? ¿Hablamos del anarquismo de los anarco-capitalistas, que invoca el triunfo absoluto del libre mercado y la privatización salvaje promovida por una tecnología salvadora? ¿O se trata más bien del anarquismo entendido como práctica antiautoritaria y lucha por una sociedad de «libres e iguales» en la cual la competición deja espacio al apoyo mutuo? Seguramente algunos de los miembros de Anonymous militan en organizaciones anarquistas, aunque se pueden entrever también orientaciones liberales o libertarianas. El que los periodistas hayan definido 4chan como el sitio más anarquista de la red es ya una buena razón para sospechar. Las posiciones expresadas por el fundador y propietario «*moot*», alias el neoyorquino Christopher Poole, constituyen un buen parámetro de evaluación. Poole se ha declarado a favor de la opacidad radical, del anonimato absoluto en la red, que brinda la oportunidad de portarse «con maldad», sin preocuparse de ofender, molestar, ser castigados por comportamientos que frecuentemente van más allá de la legalidad. Poole no soporta la transparencia radical de Facebook. Parece poca cosa para considerarle un peligroso subversivo

anarquista. Su nuevo proyecto, Canvas[126], es la evolución de un tablón de imágenes cuya identificación pasa justo por Facebook y permite modificar *online* las mismas imágenes. Un sistema innovador para la creación de contenidos visuales compartidos sobre el que volveremos en la parte final de este texto, pero que ciertamente no tiene nada que ver con un proyecto de *hacking* político o revolucionario de matriz anarquista antiautoritaria. Además, se trata de un proyecto que se vale de capitales de riesgo sin desplazarse lo más mínimo del modelo de *business* publicitario ya explotado exitosamente por Google, Facebook y todos los demás actores de la Web 2.0 que sacan provecho de la socialización *online*.

Al igual que la socialización *online* no se puede separar de la *offline*, del mismo modo la política *online* está estrictamente entrelazada con la política *offline*; las dos dimensiones se influyen la una a la otra. Las gestas de Anonymous han conseguido un gran impacto mediático, atrayendo la desagradable atención de la vigilancia policial. Durante las manifestaciones de Occupy Wall Street, movimiento inspirado en las ocupaciones de las plazas españolas por parte de los indignados, Anonymous ha proporcionado una contribución técnica. Se han creado aplicaciones Twitter y Facebook para mejorar la coordinación entre los manifestantes; en muchas ocasiones la ensalzada transparencia ha sido un arma de defensa frente a la policía, por ejemplo para identificar a los agentes que han maltratado a los manifestantes. Aunque las mismas técnicas de identificación automática han sido utilizadas en contra de los manifestantes en varias ocasiones[127].

Análogamente a lo dicho respecto a Wikileaks, la práctica de la delación puede conducir a algún resultado sólo en un contexto de antemano democrático en el cual subsista un cierto número de libertades y

---

[126] http://canv.as/

[127] En Roma, después de los enfrentamientos del 15 de octubre, la guillotina mediática ha funcionado para todos los supuestos Black Bloc, a cuya identificación han contribuido mucho honestos ciudadanos. Escala diferente, situación distinta, mas idéntica actuación que en Irán durante las revueltas de junio de 2009: las autoridades pidieron, obteniéndola, la participación de los ciudadanos para identificar a los insurrectos, marcados con un círculo rojo en un sitio gubernamental. http://www.gerdab.ir/fa/pages/?cid=407

derechos civiles, en el cual la desobediencia civil tenga un valor reconocido y la represión, por feroz que sea, llegue de verdad a poner en riesgo la vida de los ciudadanos. De todos modos, la crítica también reivindicativa puede ser muy incisiva si se la impulsa hacia adelante de forma creativa, como Anonymous ha demostrado saber hacer. Pero es en la fase constructiva donde se revela la debilidad intrínseca de los movimientos de masas, dimensión que Anonymous reivindica claramente en su posición de legión imparable. Gritar, igual que los argentinos en 2001, «¡Que se vayan todos!» -viva expresión de los métodos de sabotaje y de burla *online*- es algo que aún persiste en el ámbito de la reivindicación, es decir de una exigencia a la autoridad. Se pide al poder que reduzca la presión, se pide a los bancos que dejen de hacer de bancos, a los gobiernos que paren las guerras, a los políticos que dejen de robar, a los militares que dejen de masacrar. Legítimo, incluso justo, pero insuficiente cuando se trata de formular propuestas concretas. Incluso contraproducente, porque se les está pidiendo un cambio a quienes ejercen la opresión, es más, se legitima así su autoridad. En la fase constructiva es exactamente donde hay que prestar mucha atención y operar un cambio de perspectiva radical. La lente macro del movimiento que se opone al poder corrupto y opresor proponiendo alternativas en el nombre de todos, es un fracaso porque vuelve a ponerse en la misma lógica de choque frontal típica de los discursos hegemónicos. Los integrantes de Anonymous que no comparten el estilo de supremacía *nerd* de Wikileaks, después de la borrachera de diversión originada por las operaciones que han puesto en ridículo a bancos, iglesias, empresas y gobiernos[128], deberían empezar a concentrarse

[128] Los últimos y clamorosos golpes del Lulz en 2011 fueron especialmente politizados: el ataque a dos empresas de seguridad, Stratfor y SpecialForces.com. En el comunicado *online* del 27 de diciembre se leía: «Continuando con la celebración de una semana larga de estragos en los sistemas financieros, militares y gubernamentales globales, anunciamos nuestro próximo objetivo: la tienda para cerditos *online* SpecialForces.com. Su base de clientes está compuesta principalmente por militares y policías que se han aprovechado durante mucho tiempo de la compra de equipos de combate táctico desde su lindo y "profesional" sitio Web. ¿Qué es eso, oficial? ¿Ha recibido usted un bote de pimienta en espray para utilizar contra los pacíficos manifestantes en los parques públicos? ¿Le gusta utilizar el *taser* con los chicos? ¿Tiene usted un fetiche para entrenar a poner a la gente en bridas de plástico?» http://www.anonamegame.com/forum/showthread.php?tid=324

más en los aspectos constructivos de su poder técnico. De lo contrario, pronto serán cooptados por esos poderes con los que hoy se divierten burlándose de ellos.

La anomalía del activismo de Anonymous consiste de hecho en que estos activistas detentan un poder enorme: el poder de la técnica. Conocen los recovecos de las redes digitales y saben aprovecharlos, pudiendo decidir si quieren utilizar este saber-poder para reforzar la trama reticular de las organizaciones existentes. Los gobiernos son organizaciones destinadas a multiplicar sus posibilidades de control, en ocasiones también con nobles fines de asistencia y ayuda a los menos protegidos: necesitan de sus habilidades. Las empresas, particularmente los proveedores de la socialización *online*, necesitan desesperadamente reforzar la red de su organización, asegurando su impenetrabilidad por elementos indeseados. Una inversión muy distinta sería ocuparse de mejorar la capacidad organizativa de las redes en proceso de formación que no tienen una posición que defender, intereses que salvaguardar, patentes, *copyright* o bienes, y que sólo desean crear sistemas de intercambio e interacción compartidos.

En este sentido, el elemento quizás más destacado de la afinidad entre Anonymous y movimientos como Occupy es la tendencia a presentarse constitutivamente sin jefes, con una fuerte tendencia a la auto-organización. En la dimensión bulliciosa de las pequeñas redes organizadas, o en vía de organización, es donde hay que encontrar los rasgos innovadores tanto de Anonymous como de Occupy. Sin líderes visibles y sin puntos preestablecidos en el orden del día, es harto difícil para las organizaciones jerárquicas institucionales instaurar un diálogo con ellos.

TERCERA PARTE

LAS LIBERTADES DE LA RED

Toda tecnología suficientemente avanzada
es indistinguible de la magia

Arthur C. Clark

La fábula de la revolución online y la realidad del activismo de salón

El eco mediático del movimiento Occupy y el soporte técnico-logístico recibido por Anonymous nos llevan a considerar perspectivas y prácticas de participación, democracia y organización digital. El éxito de las redes sociales *online* se debe a la posibilidad de relación que brindan a una audiencia potencialmente global. Sin embargo, no es el usuario quien elige cómo relacionarse con los demás, sino el proveedor del servicio que a través del ejercicio de *default power* determina a su antojo los detalles de ese mundo compartido. La participación *online* es más fácil si la comparamos con el compromiso requerido por una organización *offline*. La gran ventaja del activismo de salón estriba en que permite un simulacro de participación hecho de un «me gusta» y un «comparte este link», de una sincera indignación por las injusticias del mundo, cobijándose en esas pantallas que permiten el acceso a aquella experiencia de puesta en común gestionada por terceros para nuestro bien.

El entusiasmo de los medios occidentales por la llamada primavera árabe, y antes por el movimiento verde de Irán, es el resultado de la perspectiva tecnófila e Internet-céntrica que ya criticamos en la primera parte de esta investigación. Si lo analizamos más en profundidad, lo que se revela es una fe ciega en las bondades de la información en tanto dispensadora de verdad. Los activistas, y en general los ciudadanos de las democracias occidentales, están tan faltos de realidad que creen que basta con levantar la capa de la censura para ver surgir la democracia. De este modo, la libertad se vuelve una consecuencia del uso de la tecnología adecuada y la información libera la hostia bendita de la buena nueva democrática. Bajo esta perspectiva, el simple hecho de que los chinos pudiesen comunicarse libremente entre sí, barrería a los jerarcas del partido, igual que ocurrió con el *politburo* soviético en el '89. Podemos apostar que toda insurrección futura será leída a través de las lentes

deformantes de la tecnología salvadora. Habría que recordar las palabras de Gil Scott-Heron «You will not be able to stay home, brother, because the revolution will not be televised» (No podrás quedarte en casa, hermano, porque la revolución no será televisada). La capa tecnológica es un manto uniformador que permite hacer análisis-fotocopia de contextos sociales totalmente diferentes, y, sobre todo, ofrecer una respuesta preventiva como solución a cualquier problema social. La opresión social aparece así como el fruto de malentendidos comunicativos, de una información incorrecta. Se trata, por supuesto, de un discurso gestionado por esos mismos tecnócratas que ofrecen el acceso o estructuran los medios de comunicación para ir equipando a los políticos con las estrategias de *marketing* adecuadas[129]. He aquí la receta universal para una sociedad más libre: aumentar la circulación de las informaciones, mejorar las conexiones de red, agilizar al máximo las transacciones informativas. Una vez más la tecnología se encarga de tranquilizar, confirmando a los honestos ciudadanos occidentales la bondad de sus comportamientos y posición. La cercanía emocional producida por asistir como espectadores a las represiones en tiempo casi real se traduce en un genérico soporte para la causa de la libertad entre los pueblos, a pesar de que la mayoría de los muros que hay que abatir no sean *firewall* tecnológicos, sino obstáculos sociales, políticos y culturales.

La objeción progresista más común a las críticas radicales como la presente se puede sintetizar de este modo: toda herramienta es utilizable en sentido revolucionario. Dentro del acuario de Facebook estamos continuamente sometidos a un bombardeo de estímulos

---

[129] Los *spin doctors* son unos profesionales de la manipulación de la opinión pública, expertos en retórica. Orquestan campañas de desinformación para tapar escándalos y campañas publicitarias para halagar a sus clientes, normalmente políticos. Figura cardinal del sistema de los grupos de presión estadounidenses desde hace un siglo, el *spin doctor* se ha vuelto central también en la gestión de las comunicaciones en Europa. Es claramente un subproducto de la expansión de la lógica publicitaria; si la política es un producto más que hay que vender, la dialéctica democrática se parecerá cada vez más a una ficción de Hollywood, o mejor, a una serie televisiva de escasa calidad.

informativos. En medio de tal lluvia de mensajes el contenido político queda mezclado con todos los demás argumentos, no posee ni poseerá nunca un espacio autónomo. La relación uno/muchos, la ilusión del *broadcast* al alcance de un clic debe contemplarse junto con el ruido blanco del parloteo perpetuo. El evento «revolucionario» será olvidado, sepultado por el eterno presente de la toma directa, sin memoria, sin testigos. Aunque es verdad que la tecnología no es ni buena ni mala de por sí, ni tampoco neutral, y que hay que analizarla en su específico funcionamiento.

Facebook, por ejemplo, funciona de maravilla a la hora de realizar su proyecto político y económico de transparencia radical. Si los objetivos de los usuarios coinciden o son compatibles -como en el *social media marketing*- en el momento de crear relaciones públicas o en la organización de eventos, esta tecnología podrá incluso funcionar muy bien. Pero esto no quiere decir que sea buena de por sí. La utilización de Facebook, junto con Twitter, en las «revoluciones» del Norte de África o en las revueltas de Oriente Medio y Asia como herramienta de comunicación contra las dictaduras, en absoluto hace de ella un instrumento revolucionario. Las personas hacen las revoluciones, no existen tecnologías insurgentes; son las personas las que se rebelan utilizando lo que tienen a mano, en este caso también las redes digitales privadas. Habría que evaluar caso por caso, porque cada país presenta peculiaridades únicas: lenguas e historias distintas, territorios y poblaciones no comparables. Basta con escarbar un poco detrás de las noticias sobre las clamorosas revoluciones tecnológicas para descubrir una realidad mucho más prosaica.

En 2011, Occidente concluyó rápidamente que el régimen egipcio se había derrumbado porque se vio impotente ante la insurrección popular que tuvo lugar gracias a Internet, deduciendo que el viento del cambio que se levantó en Túnez se propagaría en todo el Mediterráneo, al menos hasta Siria. En realidad, lo único que ha quedado demostrado es que dictadores octogenarios sin imaginación como Mubarak no

pueden tenerlas todas consigo, sobre todo si dejan que grupos antigubernamentales galvanicen libremente la oposición en Facebook durante meses. Si nos limitamos a las orillas del Mediterráneo, en Argelia no pasa nada, mientras que en Siria hay una guerra civil en curso, Egipto y Túnez se están poniendo democráticamente en las manos de partidos islamistas extremistas que, con respecto a los regímenes anteriores, saben usar muy bien los *social media*. Libia también marcha hacia la *sharia* fundamentalista, después de una guerra sangrienta apoyada por Occidente y destinada al control de los recursos petrolíferos. Es difícil ser optimistas, a pesar de que los comentaristas siguen siendo unánimes en juzgar determinante el rol de los *social media*[130].

La interpretación tecno-entusiasta de los eventos iraníes resulta aún más inquietante. La gran mayoría de los *tweet* en lengua *farsi* durante las manifestaciones de las plazas iraníes de junio de 2009 han sido obra de iraníes disidentes de la diáspora, que utilizaban sus perfiles Twitter en cómodas ubicaciones en Reino Unido o en Estados Unidos[131], no en las calles de Teherán. En abril de 2010 el director de los nuevos medios de Al Jazeera, Moeed Ahmad, informaba de lo siguiente:

> Creo que Twitter se ha utilizado en demasía, incluso por aquellos canales de información que colgaban los *tweets* en vídeo sobre el tema, sin verificar para nada las fuentes. En este caso nosotros verificamos cien fuentes fidedignas, sesenta de las cuales se han revelado útiles. A lo largo de los días sucesivos, tan sólo seis de estas han continuado dando informaciones. Me parece importante considerar que en Twitter solamente el 2% de las informaciones son originales, el resto es *re-tweeted*. Individualizar la fuente de las informaciones y trabajar en ella, he aquí la estrategia para utilizar

[130] Una recopilación de fuentes que mostraban su entusiasmo sobre la relación entre tecnología y primavera árabe puede leerse en: http://socialcapital.wordpress.com/2011/01/26/twitter-facebook-and-youtubes-role-in-tunisia-uprising/

[131] Por ejemplo Oxfordgirl, usuaria Twitter con miles de intervenciones en ese momento que compartía noticias sobre las protestas; ella es una periodista iraní residente en el Reino Unido, Oxfordshire.

correctamente las redes sociales en la información[132].

Sabemos todavía bastante poco acerca del rol efectivo de Twitter en la organización de la (fracasada) protesta verde en Irán, y probablemente no sabremos mucho más en el futuro, puesto que la teocracia sigue siendo muy firme y está ocupándose de purgar incluso tecnológicamente a sus opositores. Muchos activistas sobre el terreno, cuando han conseguido que sus voces se escucharan, han manifestado escepticismo al respecto[133]. El hecho de que en Occidente hubiera circulación de noticias en Twitter no quería decir que los iraníes disidentes estuviesen en Twitter. El efecto más concreto ha sido que el gobierno iraní, sospechoso de las declaraciones pro-Twitter de los políticos americanos y occidentales, ha procurado censurar brutalmente a cualquiera que tuviese contactos con los «medios extranjeros», empezando por una campaña de intimidación vía sms y haciendo que colaborasen juntos equipos de policías telemáticos. Ahora es mucho más difícil escapar a la censura de los *social media* en Irán.

Los estados modernos, obsesionados por la seguridad, tanto en Oriente Medio como en el resto del mundo, detentan el control de las palancas clave del poder, es decir armas y dinero. Van aprendiendo a convivir con el flujo de las informaciones digitales, con que dicho flujo no se traduzca en acciones políticas concretas que intenten derrocar las elites dominantes. Rami Khouri, redactor en el extranjero del *Daily Star* libanés, teme que el impacto global de estas tecnologías sobre el disenso político en Oriente Medio pueda

[132] Moeed Ahmad, Al Jazeera e i nuovi media, Milano, 27 aprile 2010 http://www.dailymotion.com/video/xd3jl5_al-jazeera-e-i-nuovi-media-1-interv_news

[133] Vahid Online, *blogger* y activista iraní refugiado en Estados Unidos, que *blogueaba* desde Teherán en 2009, ha declarado en muchas ocasiones que la influencia de Facebook y Twitter en Irán ha sido casi nula, aunque haya dado a los occidentales la impresión de participar en la revuelta. http://vahid-online.net/ . El *blogger* Alireza Rezai ha subrayado la desorganización general, que encaja mal con la idea de una protesta organizada a golpes de *tweet*.

ser bastante negativo, configurándose más como paliativo del estrés por impotencia que como mecanismo real del cambio.

> Mantener un *blog*, leer sitios internet políticamente fuertes o pasarse mensajes de texto provocadores a través de los móviles es [...] satisfactorio para muchos jóvenes. Aunque este tipo de actividades desplazan esencialmente al individuo desde el rol de participante al de espectador, transformando lo que de otra forma sería un acto de activismo político, de movilización, de manifestación o de voto en un acto de entretenimiento personal pasivo y sin riesgos[134].

Hay que añadir: espectadores sí, pero de los espectáculos autorizados. Las dictaduras no están regidas por tontos autócratas que desaparecerán bajo la presión de los libres medios de comunicación. Integran con gran facilidad las innovaciones tecnológicas y saben usarlas a su favor, hasta el punto de que se está volviendo incluso peligroso llevar a cabo esos juegos rebeldes a los que se refiere Khouri.

Los regímenes represivos mejor organizados saben incluso utilizar los métodos de los mismos disidentes, lo cual demuestra una vez más que ninguna tecnología es neutral. Los ataques DDoS, uno de los métodos de protesta popularizados por Anonymous, han sido utilizados por el gobierno saudí para ejercer la censura. La filosofía ha sido prohibida hace años en las universidades de los jeques, quizás porque exhorta a cada cual a pensar con su cabeza. Arabia Saudí veta el pensamiento occidental y acentúa las contradicciones de su propia posición esquizofrénica: por un lado *partner* comercial fiel a los gobiernos occidentales, por otro uno de los mayores contenedores del fundamentalismo islamista. El foro Tomaar.net, animado por saudíes, nació en 2006 para discutir de filosofía, compartiendo *links* y recursos prohibidos, aunque sólo disponibles *online*. El éxito que obtuvo fue enorme, pronto empezó a ocuparse de temas políticos y sociales y, como el idioma era el

134 Rami G. Khouri, «When Arabs Tweets», International Herald Tribune, 22 julio de 2010, http://www.nytimes.com/2010/07/23/opinion/23iht-edkhouri.html

árabe, lo frecuentaban también no saudíes. Pero, como la vigilancia y la capacidad de perseguir a cualquier sospechoso mejoran, el gobierno saudí empezó a instalar sistemas para impedir el acceso a Tomaar.net desde dispositivos de Internet ubicados en su territorio. Los usuarios respondieron equipándose con herramientas que favorecen el anonimato y *proxy* anti-censura. Con una rápida *escalation*, el gobierno se puso a lanzar ataques DDoS contra el servidor estadounidense que hospedaba el foro. En estos momentos Tomaar es inalcanzable[135]. Sitios disidentes y activistas solitarios presentes en la Red sufrieron bloqueos DDoS también en Myanmar, Bielorrusia, Uzbekistán, Kazajistán y Rusia. La sensación de impotencia se multiplica ante el hecho de que los gobiernos occidentales por un lado exaltan la libertad de Internet, condenando la censura y la represión, mientras que por el otro llegan a acuerdos económicos, financieros y militares con gobiernos autoritarios, reforzándolos a expensas de esos disidentes a los que dicen apoyar. Por no hablar de que también los gobiernos democráticos emplean la censura e incluso los ataques DDoS para impedir a sus ciudadanos el acceso a contenidos que se consideran subversivos.

Aunque el rol de los *social media* gestionados por sociedades privadas estadounidenses fuera aquel por el que tanto se decantan los medios occidentales, seguramente no serán los instrumentos gestionados por sociedades privadas los que harán triunfar la democracia. En dictaduras contemporáneas tan eficientes como la china, Facebook está bloqueado, por ser visto como un producto del imperialismo americano, y no porque los jerarcas chinos se opongan a la política de la transparencia radical. Las cosas no han mejorado desde la declarada colaboración de Google con la NSA[136] en 2010, ni las quejas por los ataques que la empresa sufrió por parte de los *hackers* chinos y su salida de China por incompatibilidad con la censura

[135] http://www.anonymous-proxies.org/2011/02/free-speech-risks-demise-of-tomaarnet.html
[136] Agencia de Seguridad Nacional de EE. UU.

requerida por Pekín: ¿Quién puede culpar a los chinos de ver en estas empresas a otros tantos espías al servicio de Washington? En China, es el gobierno el que controla directamente los clones de Facebook, Twitter y Google, mientras que en Estados Unidos el control se ejerce mediante acuerdos de alto nivel y colaboraciones más o menos secretas. Aún más, en los laboratorios de la dictadura consensuada del futuro, Facebook y Twitter se pueden usar sin problemas: da lo mismo, todos saben todo de todas las obscenidades públicas y privadas, y nada cambia. Todos pueden contribuir al espectáculo, todos son cómplices de la banal vulgaridad pública, nadie se escandaliza. De todas formas, en un futuro será cada vez más probable la colaboración entre gobiernos y sociedades de intermediación digital a favor de la vigilancia; en los regímenes democráticos, la censura preventiva de los usuarios o la eliminación de los contenidos por presiones institucionales quedará justificada en nombre de la defensa de los intereses comunes contra los *hate speech* y similares; en los regímenes autoritarios, no tendrá sentido que sociedades privadas protejan el anonimato de disidentes, atrayendo la sospechosa atención de las dictaduras, sin contar con que probablemente esos usuarios no generarán ningún ingreso publicitario.

El impulso dado a la transparencia, la fragmentación convulsa de los mensajes *online* y la tendencia a la reducción de las capacidades de atención, favorece la aparición de mensajes extremistas, simplistas por su propia naturaleza, y dificulta más y más la articulación de razonamientos complejos. La dura ley de las masas, amplificada al infinito por los medios masivos, es que hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece, que las malas noticias consiguen audiencias mayores que las buenas, que los chistes vulgares tienen más éxito que el teatro dramático. Después de todo, lo que piden los espectadores es entretenimiento, pero fácil y nada exigente. Al igual que la política romana de hace dos mil años, la respuesta a todas las tensiones sociales se resume en la fórmula *panem et circenses* (pan y circo), y ojo que los juegos de circo eran sangrientas masacres entre

gladiadores, animales salvajes, esclavos y opositores contra el régimen. Los telediarios de hoy en día, igual que los *blogs*, los vídeos de Youtube y los *tweets* son el circo contemporáneo globalizado, una forma cómoda e incorpórea de vivir la realidad en directo sin levantar un dedo, sin polvo, sin sangre, apenas rozando la tragedia con los ojos. Llegamos a conocer todos los detalles de los *tsunami* que arrasan lugares lejanos, mientras que no sabemos casi nada de lo que pasa a nuestro alrededor. Lo que no está en Google no existe, y lo que no deja un *tweet* detrás de sí, no es interesante. Incluso cuando el *voyeurismo* es elevado a política de la indignación, el aliento de la protesta deja las cosas como son y de inmediato se reduce a reivindicación estéril, en muchos casos incluso antes de sufrir la represión.

¿Qué políticas constructivas pueden expresarse en los 140 caracteres de un microblog o de los sms, en un grupo de Facebook o en un *blog* con muchos seguidores, aunque permita una mayor interacción? Todo lo contrario, mensajes con una identidad fuertemente caracterizada, por ejemplo de instigación al odio racial, se propagan como el fuego, tal y como demuestran las campañas de terror contra minorías étnicas vía sms en Nigeria (2010, contra los cristianos), Kenia (2007, contra los kikuyu) y en Australia (2005, contra los libaneses). Los piratas somalíes usan Twitter para coordinarse entre sí, los narcos mexicanos utilizan Youtube para glorificar sus matanzas, los musulmanes fundamentalistas adoran amenazar a los infieles a través de sus *blogs* pro-sharia, los nazis de todo el mundo encuentran en los *social media* extraordinarios instrumentos para difundir sus fanáticos mensajes. La propaganda occidental en pro de la libertad de la red, particularmente de los *social media*, tendrá que vérselas con estas realidades concretas antes de elogiar efusivamente el activismo de salón[137]. El mundo es mucho más

[137] El dúo artístico *Les liens invisibles* ha creado un instrumento hecho aposta para promocionar el activismo de salón: Tweet4Action http://turbulence.org/Works/tweet4action/how-it-works.php . El proyecto evidencia en clave crítica lo cómodo que es organizar campañas de protesta «sin los riesgos de la participación real».

complejo de lo que se puede contar en el frenesí espectacular de los medios de masas, presionados por la lógica publicitaria. La exaltación de una genérica libertad de palabra sin contenidos concretos y metodologías para compartir los conocimientos va pareja a la petición dirigida a las autoridades de regular y reprimir a quienes piensan de otro modo, desatando una espiral prohibicionista.

Orwell, Huxley y el modelo chino-americano

Hace de contrapunto a la libertad de la red una demanda de mayor seguridad, inmediatamente convertida en exigencia de un mayor control. La petición de anonimato choca con la voluntad de encontrar y perseguir a aquellos que amenazan la estabilidad social, como por ejemplo, en los regímenes democráticos, los pedopornógrafos, asesinos en serie, mafiosos, terroristas y subversivos. Tanto que, en la cresta de la emoción por los hechos de crónica, se aprueban a toda prisa leyes que permiten la violación de las libertades civiles más elementales. Al fin y al cabo, quien quiere delinquir sabe que es controlado y, debido a esta conciencia, aun cuando no esté compinchado con el controlador, se siente no obstante más libre que el resto de la población, que se encuentra a su pesar encadenada por un control digital cada vez más cerrado. Sin contar que, como ya vimos, el control no impide el crimen, sino que como mucho facilita más el castigo, al menos en teoría, reforzando la lógica del sistema judicial y carcelario.

Las presiones para regular la Web coinciden con una petición de mayor transparencia, trazabilidad y verificabilidad de lo que acontece *online*. Esta exigencia consigue poner de acuerdo a categorías sociales muy heterogéneas. Las asociaciones de padres están preocupadas por los riesgos a los que están expuestos sus hijos, los grupos de poder mediáticos que detentan los *copyright* (Hollywood, discográficas, editores) presionan para agilizar la persecución y

eliminación de los contenidos protegidos, y los bancos quisieran poder verificar mejor la identidad de los usuarios para disminuir los fraudes *online*. Las minorías étnicas amenazadas quieren llegar hasta la identidad de los xenófobos que las persiguen. Los xenófobos nacionalistas (que cuando llegan al gobierno imprimen un giro totalitario a las democracias obsesionadas por la seguridad, en medio de la indiferencia general) quisieran fichar e identificar a todos los extranjeros para poder desahogar sus frustraciones y consolidar en forma de *pogrom* ritual su identidad de grupo reaccionario. Las víctimas de episodios de violencia quieren denunciar a sus verdugos sin correr el riesgo de represalias, y para esto la policía debería, por un lado, proteger su anonimato, y por otro, detener más fácilmente a los criminales, intensificando los controles. Los ciudadanos indignados quisieran ver publicadas las declaraciones de la renta de los políticos corruptos, los datos de cualquiera en primera página. Incluso los regímenes autoritarios desean mayor transparencia: para ellos sería óptimo poder vigilar continuamente sus poblaciones. La transparencia amplía las posibilidades de vigilancia y es deseable para casi todas las fuerzas políticas.

En el siglo XX dos grandes visiones distópicas influenciaron más que otras el pensamiento occidental en relación con la vigilancia: el Gran Hermano, narrado por George Orwell en *1984* (1949) y *Un mundo feliz* (1932), seguido por *Nueva Visita a un Mundo Feliz* (1958), de Aldous Huxley. Influenciados por sus respectivas sociedades, los dos autores presentan distopías opuestas: el inglés Orwell temía el control del panóptico global, mientras que el californiano Huxley temía la lobotomía emocional engendrada por el consumismo desenfrenado.

Para Orwell, los totalitarismos marcaban una fase nueva al estilo de la Inquisición española, en la cual la tecnología servía para anular la privacidad de los ciudadanos. El ojo omnipresente del Gran Hermano ejerce un sádico poder opresivo, capaz de modificar la misma realidad a través de la obsesiva propaganda de la

neolengua, concebida para limitar las capacidades expresivas. Todo comportamiento personal tiene que ser previsible y condescendiente hasta en el más mínimo detalle, hasta el punto de que el protagonista de *1984*, Winston Smith, descubre que los neurólogos del partido trabajan para eliminar el orgasmo y así suprimir el deseo, peligroso momento de inestabilidad psicofísica y por tanto motivo potencial de revuelta.

Por contra, en la visión de Huxley la tecnología se usa para potenciar el placer, entendido como ciclo de consumo continuo. En el mundo del consumismo fordista de Huxley eliminar es mejor que reparar, los ciudadanos no tienen ningún interés en pensar autónoma y críticamente, puesto que sus deseos quedan satisfechos incluso antes de ser expresados. Que quede claro, los deseos no son iguales para todos, porque existe un rígido sistema de castas, de los Alfa a los Epsilon, generados por control eugenésico; existen consumidores de distintas categorías, predeterminados para el consumo de bienes específicos. Sin embargo, en todos el exceso se encarga de apagar el deseo mediante la imposición de un sistema compulsivo: se anima a la promiscuidad sexual, los vínculos familiares se consideran pornográficos porque son privilegiados, las relaciones sociales están organizadas de manera totalmente transparente, hasta el punto de que las mujeres deben llevar un cinturón anticonceptivo que señala su disponibilidad sexual inmediata. Todos deben declarar su identidad de forma no ambigua para estar a total disposición, ser bienes de consumo entre otros bienes de consumo. Mientras que en Orwell parece entreverse un nivel más elevado de complot, en el que la libertad es posible -al menos para los opresores-, en el mundo de Huxley tampoco los Alfa son libres. Tienen que cumplir con sus deberes de consumo cotidiano igual que todos los demás sobre los que mandan. El conformismo es el bien supremo, así como es necesaria una obediencia dócil para reducir la población entera a un estado de felicidad infantil, una obediencia de obligado cumplimiento. Un suministro diario de droga Soma y de

hipnopedia (adoctrinamiento durante el sueño) conjura los pecados mortales: el deseo de soledad, la posibilidad de sentirse diferente de los demás, de elegir, de ser autónomo e independiente.

Sobre estos deseos prohibidos tendremos que volver para entrever una articulación nueva de las redes sociales. Lo que hace posible escaparse de los deseos inducidos y del conformismo es el rechazo de la prestación socializada. Tenemos que constatar que en las sociedades contemporáneas las distopías del miedo de Orwell y de la distracción compulsiva de Huxley se han entremezclado en diferentes graduaciones. Evgeny Morozov subraya que actualmente tendemos a subestimar los elementos orwellianos de los regímenes democráticos (no es casualidad que *El Gran Hermano* sea un *reality show* internacionalmente famoso: el miedo al control se ha vuelto un chiste) y a la vez a subestimar los elementos huxleyanos de las dictaduras. La mayoría de los dictadores prefiere distraer y divertir a las masas en vez de dominarlas con el terror, también porque, a la larga, la represión violenta genera revueltas sangrientas difíciles de gestionar. Al revés, alguna que otra distracción consumista permite reforzar el consenso, o cuanto menos la domesticación de los oprimidos.

Y no sólo eso: la política del *panem et circenses* puede llevar a las masas a apoyar un régimen dictatorial. ¿Por qué un cubano, un turcomano o un chino no deberían estar dispuestos a apoyar al gobierno a cambio de algún regalillo? En su conjunto, Internet ha traído a muchas sociedades autoritarias justo ese tipo de distracción que las personas buscan para evadirse de una realidad decepcionante: pornografía barata, cotilleos, inocuas series televisivas, juegos de preguntas, juegos de azar, videojuegos, *chat* para encontrarse entre corazones solitarios, foros para charlar de temas apolíticos bajo la atenta vigilancia gubernamental. Precisamente el mismo tipo de distracciones de los ciudadanos de los regímenes democráticos para evadirse de su realidad. No se equivoca Naomi Klein cuando evidencia una semejanza substancial entre China y Occidente (y aún más entre China y USA), en una mezcla muy

conseguida de control orwelliano y distracción huxleyana de los ciudadanos-consumidores:

> China se parece cada vez más a Occidente en muchos aspectos visibles (Starbucks, Hooters, móviles más bonitos que los nuestros), mientras que [Occidente] se está volviendo cada vez más parecido a China en muchos aspectos menos evidentes (torturas, interceptaciones sin garantías, detenciones infinitas, aún no a su nivel).[138]

Las tecnologías de perfilación en Facebook, Google & C., pueden ser usadas indistintamente para mejorar la publicidad y el consumismo personalizados, o bien para reforzar la censura y la represión personalizadas. Si tus amigos escuchan tal grupo de música, también a ti debería gustarte: eres un consumidor potencial por asociación. Si tus amigos leen el mismo blog subversivo que tú, ellos también, por asociación, son disidentes potenciales como tú. Los algoritmos en juego son los mismos. Lo que tiene en común el modelo social chino-americano es la cada vez más fuerte presión sobre la transparencia radical. En los años noventa la administración Clinton no consiguió poner en marcha las autopistas de la información, pero no es nada improbable que el perenne partido comunista chino fracase en el intento actual de crear una gran república autoritaria feliz. Con la ayuda del complejo militar-industrial estadounidense, China está creando el prototipo de un estado de policía *hi-tech*, cuyos próximos pasos serán: dotar a cada ciudadano chino de una dirección de correo electrónico, de un perfil en las redes sociales gubernamentales, de una cuenta para las compras en sitios autorizados, de un espacio para compartir datos en los servidores controlados por el régimen. Una suerte de Facebook chino nacionalizado, con una dirección GMail china, que conserva los datos en el iCloud chino, a condición -gracias a la perfilación total- de sugerir las próximas compras en

---

[139] Naomi Klein, «China's all seeing state», 14 mayo 2008, http://www.naomiklein.org/articles/2008/05/chinas-allseeing-eye

el equivalente chino de Amazon. Un escenario que desde luego evidencia que las políticas de los gigantes de la IT (*Information Technology*), especialmente de aquellos que para aumentar sus ganancias necesitan de una perfilación cada vez más cuidada, como los cuatro fantásticos (Facebook, Google, Apple, Amazon), son perfectamente compatibles con los sistemas de control autoritarios; es más, son tecnologías muy deseables para las dictaduras modernas.

Lo que posibilita la factibilidad de este modelo social es la docilidad de las personas al *profiling* y a la transparencia. El capitalismo autoritario chino no es incompatible con el capitalismo democrático americano; de hecho, los dos sistemas se apoyan entre sí. Desde el punto de vista financiero son estrictamente interdependientes, los fondos soberanos chinos detentan buena parte de la deuda pública estadounidense y las reservas en dólares de China podrían desbancar a Washington. Desde el punto de vista económico, sin las manufacturas chinas de bajo coste, las empresas *hi-tech* americanas no acumularían nunca las fabulosas ganancias que consiguen. Un ejemplo para todos: si iPod, iPhone, e iPad se ensamblasen en Occidente en vez de hacerlo en el distrito industrial de Shenzen (una ciudad cerca de Hong Kong que hace treinta años era un pueblo de pescadores y hoy supera los doce millones de habitantes), su coste sería insostenible. Los obreros de la Foxconn, quienes construyen estos espléndidos objetos de deseo, deben firmar contratos en los que prometen no suicidarse, algo nada raro, si se consideran las inhumanas condiciones de trabajo; estas son conductas empresariales que en Occidente serían imposibles de realizar.

Ambos sistemas tienen una necesidad vital de identificar a la población. Por un lado, Estados Unidos debe garantizar la felicidad inscrita en el contrato social del dólar a través del suministro de bienes de consumo; y, por otro, debe individualizar y neutralizar potenciales amenazas subversivas. China debe intentar subir el nivel de consumo y a la vez impedir el desarrollo de políticas democráticas, manteniendo bajo control las tensiones étnicas y religiosas. El

horizonte común es, como no, el crecimiento ilimitado. Tampoco el resto del mundo se queda contemplativo y compite como puede, a veces ampliando el control en sentido orwelliano, otras veces afinando la perfilación con finalidades huxleyanas. La red social se vuelve así una trampa en la cual se agitan las personas-tortita, individualidades llanas totalmente segmentadas por la perfilación. Aunque persuadirnos a comprar es cada vez más complicado; ya no conseguimos consumir ni una fracción de lo que poseemos, desperdiciamos cantidades industriales de toda clase de cosas, nos damos a la búsqueda de bienes de consumo a nuestra medida, de entretenimiento fútil, de identidades colectivas en las que reflejarnos sin esfuerzo.

Reacciones antropotécnicas de supervivencia

No todo está perdido. Uno puede descargar sus datos y desaparecer de las redes sociales *online*. Se pueden ignorar las revelaciones inutilizables de WikiLeaks y, a la vez, construir alternativas «libres» del control, como Lorea[139], The Diaspora Project, Openleaks. Se pueden construir motores de búsqueda y servicios de correo electrónico sin necesidad de tener un perfil, servicios de *cloud computing* y en general redes de comunicación gestionadas por las personas que las utilizan. Con espíritu de curiosidad típicamente *hacker*, se podría empezar a construir redes físicas de comunicación autónomas. Todo es posible. Instrumentos independientes son seguramente más deseables que la delegación total, pero hay que tener bien claro que ninguna alternativa será jamás completamente libre. Aún admitiendo que consigamos definir concretamente lo que significa liberarse y reunamos las suficientes energías, queda por hacer la parte más difícil, la construcción. El reto no es liberarse y punto, sino imaginar mundos de ampliación de la autonomía realizables aquí y ahora.

---

139 Una red social autogestionada, http://lorea.org/

Una de las posturas tomadas para sortear el control invasivo promovido por la transparencia radical es la adopción de herramientas de criptografía pesada y de anonimato. Cada correo que enviamos puede ser criptografiado, volviéndolo incomprensible para cualquiera que no posea la clave de lectura apropiada; cada búsqueda en la Web puede hacerse anónimamente, igual que cada conexión a las redes informáticas, incluso los datos que se encuentran en nuestro ordenador, móvil y *smartphone*. Existen algoritmos de criptografía hibrida muy potentes como el GPG (Gnu Privacy Guard)[140]. Se puede navegar anónimamente, por ejemplo con el sistema TOR[141], desarrollado inicialmente por la marina americana y ahora independiente. TOR permite a los usuarios ocultar lo que están buscando, conectándose antes a uno o más puntos intermedios de la red (*proxy*) o a otros nodos TOR elegidos de forma casual, desde donde alcanzar el sitio deseado. Es seguramente inteligente proteger la *privacy* cuando es posible; las herramientas de criptografía deberían ser la regla y no la excepción.

---

[140] En la criptografía asimétrica cada actor involucrado posee una pareja de llaves. La clave pública, por distribuir, permite codificar un documento destinado a la persona que posee la relativa clave privada; la clave privada, personal y secreta, se utiliza para descodificar un documento cifrado con clave pública. Imaginemos la clave pública como un candado abierto a disposición de todos, del que solamente nosotros tenemos la llave. Cualquiera puede remitirnos un mensaje con nuestro candado cerrado, sólo nosotros podemos abrirlo. En sentido contrario, en la criptografía simétrica sólo existe un candado y una llave únicos. GPG es un proyecto de *software* libre que solamente se vale de algoritmos no protegidos por ninguna patente. Tal y como prevé el estándar OpenPGP, se trata de un sistema híbrido en el cual cada mensaje viene cifrado con una clave simétrica (usada únicamente para ese mensaje), cifrada a su vez con la clave pública del destinatario http://www.gnupg.org/. Existen *plugins* que implementan con facilidad OpenPGP para *client* de correo, como Enigmail http://enigmail.mozdev.org/home/index.php.html

[141] Cada nodo TOR acuerda con otros nodos claves asimétricas, por eso la seguridad aumenta conforme el número de nodos en conexión, pues el análisis y el descifrado del tráfico se vuelve muy difícil, hasta imposible https://www.torproject.org/. Para utilizar correctamente TOR es posible descargar un *browser* ya configurado aposta para realizar una navegación anónima hecha directamente desde el sitio del proyecto.

También resulta muy útil por confiar en los instrumentos usados a diario, como ejercicio de formación. Sin embargo, hay que recordar que no se trata de una protección absoluta, sino de una razonable seguridad en relación con el nivel tecnológico actual. Con los suficientes recursos financieros y una adecuada potencia de cálculo, abrir el candado de una comunicación cifrada sólo es cuestión de tiempo. En cuanto al anonimato, en un sistema de vigilancia difusa se puede bloquear el acceso a los *proxy*: como vimos, es una práctica actualmente extendida tanto en los regímenes democráticos como en los dictatoriales. Si además los aparatos de vigilancia consideran al usuario como un objetivo realmente peligroso, siempre se puede recurrir a la coerción física. Sin embargo, el aspecto más contraproducente de estas tecnologías es que en un mundo en que todos se fían, no cifran nada y usan su nombre verdadero *online*, los que se portan de manera distinta tienen algo que ocultar. Es decir, el mismo uso de estos sistemas nos transforma en dianas que se auto-delatan. Toda desviación del comportamiento estándar es sospechosa. De igual modo, no tener una cuenta en Facebook puede generar sospecha (¿qué tendrá que ocultar?), como no poseer un móvil o vivir en un lugar aislado.

La vía del cifrado no es fácil, requiere un nivel medio-alto de conocimiento técnico, lo cual es un obstáculo serio para su difusión. Como es una forma especializada de saber, favorece el desarrollo de jerarquías de expertos más o menos fiables. Además, tampoco protege realmente de la perfilación, pues pueden tranquilamente existir perfiles cifrados de usuarios y, como estos usuarios tendrán seguramente contactos con otros menos listos, se puede, gracias a la huella personal y de grupo, reconstruir perfectamente su historia. Paradójicamente, cuanto más intento protegerme, más me distingo de la masa y más me vuelvo reconocible. Si mi *browser* está lleno de extensiones para evitar la perfilación, es aconsejable anonimizar y cifrar; si uso tan sólo un particular sistema operativo GNU/Linux para acceder a la Web, soy más reconocible que un usuario que utiliza

sistemas menos sofisticados y más comunes[142].

Finalmente, el aspecto más crítico de la vía criptográfica consiste en que se basa en el mismo principio de crecimiento ilimitado, cada vez más potente y rápido, promovido por el turbo-capitalismo libertariano. Acorde con el aumento de la potencia de cálculo y de la velocidad de las redes, aumenta la eficiencia de los sistemas criptográficos más recientes, al tiempo que los viejos candados se vuelven rápidamente obsoletos. Además, este mecanismo de crecimiento-obsolescencia se desarrolla en un marco de enfrentamiento militar, en una lógica de ataque-defensa, de espionaje y contraespionaje. No olvidemos que se trata prácticamente de sistemas concebidos con fines militares para comunicar de forma segura con respecto al campo enemigo. En resumen, la criptografía es una buena práctica, en especial para los manitas curiosos que adoran los rompecabezas lógicos, pero por su enfoque no es la solución ideal.

La segunda reacción difusa es el ludismo, bonita tentación, especialmente para los que detestan *hackear*. El ludita está convencido de que las tecnologías digitales no se deben usar porque son una amenaza para la libertad personal y colectiva, formidables instrumentos de opresión en manos de gobiernos multicolores que favorecen las prácticas de delación compulsiva; y que la gestión jerárquica de estos saberes-poderes tecnológicos tiende a crear sistemas tecnócratas de dominio. Es más, hay que destruirlas. En realidad los luditas pueden ser tanto tecnófobos como tecnófilos. Los primeros son más tenaces, no se encuentran a gusto cuando usan máquinas, especialmente si se trata de máquinas digitales, y con frecuencia magnifican un mítico mundo natural que no ha existido jamás, en el cual el ser humano es libre del yugo de la máquina. Su mantra es: «se estaba mejor cuando

[142] El proyecto Panopticlick de la Electronic Frontier Foundation http://panopticlick.eff.org permite testear el proprio *browser*, pero también el uso del *mail* y de los *social media*, y de detectar una huella. La iniciativa de la EFF muestra cómo paradójicamente los usos destacados de las herramientas informáticas son más rastreables, por tanto menos identificables. La metodología utilizada se encuentra en el artículo http://panopticlick.eff.org/browser-uniqueness.pdf

se estaba peor», o «antes no pasaba», y lo repiten refiriéndose a todas las desgracias que la tecnología no sólo no ha mejorado, sino que ha empeorado. No están del todo equivocados: las críticas de Ivan Illich a los instrumentos tecnológicos aún son válidas. Los sistemas técnicos, cuando crecen más allá de una cierta medida, superan pronto el umbral de la inutilidad, volviéndose contraproducentes y nocivos. En la ciudad, los automóviles son un medio de transporte lento, siempre son contaminantes y peligrosos, al igual que el Internet social se parece cada vez más a un sistema que nos hace sentir solos estando juntos, cada cual conectado a la gran Red de forma individual, sin contactos físicos con los demás, lejos de una realidad insoportable.

Sin embargo, la tecnofobia ludita, en su deseo de pureza natural, es incoherente: la historia humana es una historia cultural, es decir de técnicas materializadas en herramientas tecnológicas. El problema es la práctica de la habilidad, no la Técnica en sí, que, igual que la naturaleza, en sí no existe. Los más extremistas, como los anarco-primitivistas a lo John Zerzan, llegan a propugnar la destrucción de todos los sistemas técnicos; eliminarían no sólo Internet, sino también la agricultura, el arte, el lenguaje en tanto técnicas de dominación. ¿Quién querría vivir en un mundo así? Incluso las posiciones luditas más coherentes exaltan la inviolabilidad de la Naturaleza desde un espíritu fundamentalista, fanático en sentido religioso; o bien llegan a defender la extinción[143] del ser humano como única solución a la catástrofe en ciernes.

---

[143] Una excelente respuesta al absurdo lógico representado por el nihilismo extincionista se encuentra en Marco Maurizi, «Che cos'è l'antispecismo», Liberazioni, n° 4 febbraio 2008, http://www.liberazioni.org/articoli/MauriziM-06.htm , nota 7: «El extincionismo es una tontería absoluta por ser ilógica. Si el hombre pudiera llegar a la conciencia colectiva de su propia maldad radical y decidir auto-extinguirse, demostraría poder alcanzar un nivel moral tal que pueda poner en discusión dicha maldad: sería el animal más altruista nunca visto en la faz de la tierra. Hay dos opciones: o pensamos que el hombre puede conscientemente acelerar su extinción (lo cual justificaría su capacidad de llevar a cabo gestas éticas de distinto calado), o no (por tanto el movimiento para la extinción voluntaria no tiene ningún sentido). Por supuesto, los que apoyan el extincionismo son unos provocadores, aunque me cuesta comprender la utilidad de una provocación que impide cualquier análisis serio de las relaciones entre Naturaleza y civilización».

Los luditas tecnófilos tienen una postura más esquizoide. Aprecian mucho las facilidades y las posibilidades que nos brindan los avances tecnológicos, especialmente de los instrumentos personales que los ponen en contacto con los demás. Sin embargo, rechazan por completo interesarse en el funcionamiento de aquellos instrumentos sociales. No están interesados en comprender, autogestionar o amoldar las tecnologías, pues resulta más fácil y menos agobiante delegar las dificultades. Expresan una gran confianza en los expertos; es a ellos a quienes se dirigen cuando algo no funciona; con su inconsciencia esparcen el germen de la tecnocracia, aunque luego lamenten que no entienden nada de estos artilugios infernales y ataquen enfurecidos a esos mismos expertos-sacerdotes cuando se dan cuenta de que nadie gestionará las herramientas en su lugar ni gratis, que la libertad es más cara que la dependencia, y que en todo caso los expertos son incapaces de resolver sus problemas para siempre.

Quizás la praxis más común de todas consiste en abrazar conscientemente la tecnología, rindiéndose a la práctica de la delegación sin vuelta atrás. Bombardeados por mensajes contradictorios, desorientados por el caos informativo, piensan casi automáticamente que se trata de cuestiones tan enormes que no se pueden resolver autónomamente. La red es global y las tecnologías digitales son más invasivas que otras. La capa tecnológica que lo envuelve todo lleva a creer que se trata de un problema global que requiere respuestas globales. Los tecnófilos dicen que gestionar autónomamente estos conocimientos es demasiado peligroso, porque los seres humanos son por naturaleza avariciosos y egoístas, siempre dispuestos a declararse guerra: creen en la sentencia de Hobbes, *homo homini lupus*. Mejor delegar en alguien competente, por el bien de todos, para superar los particularismos. Los tecnófilos consideran que es necesario prever organismos e instituciones, y mejor si tienen un carácter global, transnacional, para reglamentar todas estas «cosas tecnológicas», garantizando derechos civiles, libertades y por supuesto un nivel adecuado de consumo para todos.

La tecnocracia es intrínsecamente cientificista y es difícil oponerse a ella, pues de inmediato se nos tacha de obscurantistas, enemigos del Progreso, ingenuos. Los tecnócratas desean regular todo aspecto de la Red; para conseguirlo, piensan que el control es el camino maestro, por tanto propugnan la expansión del panóptico. En la Matriz, los usuarios bajo la protección de los expertos formarán una gran Inteligencia Colectiva desencarnada por completo; una sociedad del conocimiento absoluto, el espejismo de la Noosfera de Teilhard de Chardin[144]. El extremismo tecnócrata se realiza por completo en el post humanismo transhumanista; y también los moderados que claman por regular la red a nivel global, favorecen concretamente los proyectos de transparencia radical y de perfilación global.

El presupuesto de la posición tecnócrata es que las tecnologías son intrínsecamente buenas, hijas de una investigación científica objetiva y desinteresada. Las máquinas no mienten, pues sencillamente no pueden; en todo caso no tendrían interés alguno en hacerlo. Quizás sea verdad, aunque no deberíamos olvidar que quienes programan las máquinas son seres humanos, los cuales sí tienen muchos intereses personales y saben mentirse incluso a sí mismos. La tecnocracia se basa en delegar en otros la gestión del saber-poder técnico. En ausencia de mecanismos de delegación compartidos, las jerarquías tienden a estructurarse de forma autoritaria y a perder conciencia

[144] Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) utiliza el término Noosfera para describir la etapa de la evolución humana en la cual la Tierra quedará envuelta por una capa de pensamiento interconectado, justo antes de la venida del Cristo Cósmico o Punto Omega. Paleontólogo, jesuita, futurólogo, de Chardin ha influenciado con su mística tecnológica especialmente a las facciones transhumanistas. Inicialmente rechazado por las jerarquías católicas, ha sido rehabilitado al cabo del tiempo por Ratzinger: la visión de Paolo di Tarso «es también la gran visión que tuvo Teilhard de Chardin, según la cual al final tendremos una verdadera liturgia cósmica y el cosmos se transformará en hostia viviente». Homilía de las Vísperas del día 24 de julio de 2009 en la catedral de Aosta, http://www.zenit.org/article-19086?l=italian. Eric S. Raymond se encuentra muy a gusto en la noosfera y considera que los *hackers* no hacen sino colonizarla, como ha escrito en su ensayo *Homesteading the Noosphere*, 2000. http://www.catb.org/~esr/writings/cathedral-bazaar/homesteading/. En la noosfera espiritual convergen las visiones de un radiante futuro de los anarco-capitalistas y de la Iglesia Católica.

de su carácter histórico, fruto de convenciones y acuerdos sociales. Reconocer la autoridad de una persona con una mayor capacidad en un ámbito determinado, otorgándole un mandato colectivo, puntualmente verificable y revocable en todo momento, es muy distinto que fiarse ciegamente de un tecnócrata. Las jerarquías fijas se vuelven realidades naturales, como si de montañas inamovibles se tratara. El poder de los expertos-sacerdotes se vuelve incontestable, presentándose como una salvación, casi en clave milenarista: si no confías en el técnico adecuado, estás perdido[145]. El técnico informático, más aún que el médico, es el chamán contemporáneo: ¿curará mi ordenador eliminando el virus que le afecta? ¿Hay esperanza para mis datos perdidos? Quizás con un toque de magia, o un oscuro exorcismo. El dominio de los expertos conduce a la paradoja de la transformación de cada gesto en una petición al principio de autoridad externa, y simultáneamente de auto denigración. Hay que confesar la propia ignorancia e insuficiencia, arrepentirse de los errores y pedir humildemente ayuda, so pena de enterarse luego de que los expertos no son en absoluto los depositarios neutrales de un saber objetivo. En ocasiones, los tecnófilos desilusionados pueden volverse tecnófilos luditas.

La tecnolatría es la inevitable consecuencia de la tecnocracia, la técnica se torna ídolo, un Moloch al que adorar, la confianza se torna fe en las soluciones milagrosas para obviar los problemas sociales. Se espera una solución técnica a la contaminación, al calentamiento global, a la hambruna, y se acuñan nuevas e imaginativas mitologías: la gasolina verde, las tecnologías limpias, el trigo OGM: soluciones rápidas e inocuas, prácticamente mágicas. Las tecnocracias, al igual que cualquier aparato hegemónico, exigiendo la colaboración a ciegas de las personas, entorpecen la capacidad crítica y fomentan una alineación de la identidad en una cadena social infinita. Se tiene todo porque todos están implicados, nadie se puede rajar. Todo gesto con-

[145] Un ejemplo meridiano es la expresión «gobierno técnico», con la cual se ha creado en Italia un gobierno de expertos que no provienen del mundo de la política, con el objetivo de salvar al país.

sumista, y más aún los impuestos por la tecnofilia, es un homenaje a la tecnocracia, afirma que el sistema vigente es inevitable, adoptando la última herramienta propuesta por la propaganda como la varita mágica de la felicidad; asume la expropiación del deseo personal, a la vez que la disminución de las capacidades individuales, reducidas a una mirada carroñera en busca del mejor negocio. La mediación técnica, haciendo más transparente al individuo, se construye en la opacidad y vuelve impenetrable el proceso de construcción del saber-poder. La sociedad tecnócrata es la sociedad de las Megamáquinas, nadie es responsable, aunque sea un engranaje del mecanismo, al menos en cuanto consumidor; la cumbre de la jerarquía es inalcanzable tanto como la base: sustraerse es inconcebible[146].

Según sostiene Peter Sloterdijk en *Reglas para el parque humano*[147], la antropotécnica humanista está en crisis. El proyecto de cría-domesticación de los ciudadanos a través de la educación ya no funciona, la construcción eugenésica de una raza más apta podría reemplazar la alfabetización de masas. No hace falta recurrir a la ingeniería genética, es más que suficiente la ingeniería social; como ya vimos, el uso de tecnologías sociales invasivas se traduce en prácticas de obediencia mecánica, en serie, presentadas como beneficiosa necesidad. Podemos definirla sin dificultad como la antropotécnica de Facebook: el control biopolítico de los cuerpos y de las mentes resulta descentralizado cerca del usuario, efectivamente responsable de su propia deferencia a las tecnologías. El individuo transparente

[146] Las críticas a las tecno-burocracias se pueden aplicar fácilmente a la informática de la dominación, como denuncia Donna Haraway en «A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century,» in *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, New York, Routledge, 1991, p. 161 *Ciencia, Cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 2000. Los sistemas jerárquicos acumulativos tienden a desarrollar modelos sociales concentracionarios a pesar de la época. Las capacidades personales requeridas para contribuir a tales sistemas disminuyen conforme aumenta el poder técnico. Véase particularmente el análisis del sistema soviético en Cornelius Castoriadis, *La societé bureaucratique*, Bourgois, Paris, 1990.

[147] Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano: una respuesta a la carta sobre el humanismo de Heidegger*, Madrid, Siruela, 2008.

vive ya ahí fuera, inmerso en el baño penal colectivo tecnológico, sin secretos ni sombras, sin ningún otro lugar donde refugiarse; pierde confianza por momentos en su propia autonomía porque es menos competente y se rinde a la incomprensible magnitud de la red global: parece que no hubiera otra forma de hacer que las cosas funcionen, y, de hecho, tampoco funcionan bien.

Las finanzas son un buen ejemplo: se encuentran simultáneamente al alcance del *mouse* de aprendices inversores y son una fuerza incontrolable capaz de arrasar economías enteras, a merced de imprevisibles oscilaciones. Las tecnocracias se proponen como solución racional de todos los problemas, aunque en realidad son la expresión máxima de la irracionalidad de la economía. El espejismo del antropocentrismo tiende a individualizar una intencionalidad racional oculta detrás de cada evento; resulta fácil por tanto establecer una equivalencia entre fuerzas técnicas incontrolables y fuerzas naturales, tal y como salen a la superficie, por ejemplo, en el lenguaje cotidiano: los terremotos financieros, el diluvio de informaciones. La asimilación de la Técnica a la Naturaleza provoca posturas místicas, además de una absurda alternancia entre sumisión, ansiedad de dominación y rebeldía sin contenido.

En una tecnocracia global, el individuo ideal es pasivo, dócil, obedece las normas impuestas y fuerza con su comportamiento, bien sea entusiasta, pasivo o acobardado, a los que eventualmente se resisten a adaptarse. No es ningún líder carismático, ni tampoco un individuo excepcional, sólo es un adepto de la banalidad tecnológica, un pequeño Eichmann del totalitarismo tecnológico contemporáneo:

> En todos los países hay ahora innumerables Eichmann en los despachos administrativos, en las empresas, en los negocios, en las universidades, en los laboratorios, en las fuerzas armadas: gente ordenada, obediente, lista para llevar a cabo cualquier fantasía oficialmente establecida, y sin embargo, deshumanizada y envilecida[148].

148 Mumford, Lewis, *El Pentágono del poder: el mito de la máquina II*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2011.

Más allá de la red de nodos vacíos: individuos autónomos y redes organizadas

El coste por adherirse a los grupos virtuales es casi cero. Por eso, la participación *online* es parte integrante del espectáculo global. Una vez más, el tema es la articulación de la identidad individual en una identidad colectiva. Igual que los *links* a coste cero, las identidades que no cuestan nada no valen nada y se derrumban con la primera ráfaga de viento. Por coste, más que dinero, se entienden las competencias necesarias, el tiempo y la pasión que se emplean en crear algo colectivo. En las sociedades huxleyanas, en las que el consumo es la misión de cada buen ciudadano, no sólo los objetos son *status symbol*, sino también los grupos sociales a los que se pertenece. En el caso del activismo brindado por las redes sociales, está claro que sirve más para impresionar a los amigos que para realizar profundas convicciones políticas como respuesta de necesidades personales. El narcisismo, la autopromoción y las peticiones de atención que se manifiestan creando los perfiles personales, son los motivos principales de la adhesión a los grupos de interés.

No se trata de una dinámica nueva ni exclusiva de las redes *online*. Lo de impresionar a los pares promoviendo causas ambiciosas, desde parar un genocidio en la lejanía hasta salvar a las focas monjas, es una de las vías para acercarse al trabajo social. Incluso el activismo *offline* está con frecuencia viciado por el mismo fenómeno del fetichismo de los grupos: un individuo tiende a participar en el mayor número de grupos posible, a ir a más cursos de formación, a comprometerse con toda causa de la que se vaya enterando, so pena de padecer a posteriori cierta sobrecarga relacional y sentirse impotente a pesar de las energías invertidas, vacío. Sin embargo, el verdadero motor personal suele ser una falta de identidad en el plano individual y un deseo de participar de algo más amplio, es decir de una identidad colectiva que devuelva el sentido a un individuo agotado. Y debemos centrar nuestra atención en este individuo tan elogiado como libre actor del mercado de los

anarco-capitalistas. El individuo no es un dato racional, concretado en una identidad fija, sino un proceso en continuo devenir, en virtud de las relaciones que mantiene con el ambiente circundante.

En la era del beneficio extremo la colaboración, la cooperación libre entre personas que se aprecian entre sí puede parecer una idea anacrónica. Ni que decir de la convivencialidad[149]: ¿quién tiene tiempo y ganas de relajarse para charlar, proyectar, crear, o simplemente pasar el tiempo con personas afines? La convivencialidad no tiene nada que ver con la adhesión a un grupo improvisado alrededor de una causa común tan lejana que casi no se percibe; implica la existencia de un «nosotros» estable, que se encuentra al menos en condiciones de narrar su propia historia, de representarse y cuidarse, construyendo espacios colectivos y viviendo momentos comunes. Paradójicamente, cuando es algo más que un genérico «me gusta», algo distinto de un llamamiento conservador de la identidad, el pronombre «nosotros» hoy casi se parece a un insulto: recuerda a la comunidad arcaica, al provincianismo de las pequeñas disputas de pueblo. Mucho mejor ocuparse del chismorreo, tener un montón de relaciones poco comprometidas, antes que malgastar el tiempo en pocas relaciones interpersonales.

Un Yo especialmente pobre ocupa el escenario en el teatro de la sociedad de la prestación. El yo exitoso, vulgarmente dicho, no necesita de vínculos fuertes con una comunidad de referencia: sus ambiciones personales, junto con las adecuadas competencias, es decir la disposición a venderse bien, son lo único que necesita. Estos recursos personales han ido acumulándose a lo largo de los continuos cambios traumáticos a los que se ha adaptado en su trabajo: reorganizaciones, períodos de trabajo a destajo interrumpidos por períodos

[149] Término acuñado por Ivan Illich en su texto *La Convivencialidad*, Barcelona, Virus, 2012 «Por convivencialidad entiendo lo contrario a la productividad industrial. Cada uno de nosotros se define por la relación con los otros y con el ambiente, así como por la sólida estructura de las herramientas que utiliza. Estas pueden ordenarse en una serie continua cuyos extremos son la herramienta como instrumento dominante y la herramienta convivencial. El paso de la productividad a la convivencialidad es el paso de la repetición de la falta a la espontaneidad del don».

de inactividad forzada, de formación permanente. Probablemente, el tiempo fuera del trabajo es el que más se resiente de la inestabilidad estructural: continuos traslados persiguiendo «la mejor oportunidad» y relaciones de amistad mantenidas vía Facebook (como mucho vía *e-mail*) son las experiencias que han fraguado al yo flexible. No es ninguna sorpresa que después de treinta años de «relaciones débiles» la ansiedad, la euforia, la depresión se alternen en un carrusel infernal. En la sociedad de la prestación no se permiten vacaciones.

Por eso la Red, tal y como permite este tipo de flexibilidad, es también la metáfora preferida por los gurús de la participación al alcance de todos, de la movilidad como panacea social, gente que pontifica acerca de las posibilidades ofrecidas por los mundos digitales. Casi siempre se trata de empresarios trepas encantados con llenarse la boca de palabras como «hacer red», «descentralizar», «hacer horizontal», «interconectar», «poner en *outsourcing*», «aprovechar el *crowdsourcing*». ¡Como si las redes sirvieran para multiplicar las ganancias reduciendo los costes!

Hay una gran diferencia entre «organizaciones reticulares» y «redes organizadas». Una organización jerárquica puede servirse de lo reticular porque, sustrayendo poder formal a los vértices y distribuyendo las responsabilidades, puede aprovechar la pasión de las personas, el sentido de pertenencia a un grupo (de trabajo, de proyecto) y una autonomía relativa. El capitalismo blando sigue siendo jerárquico y autoritario, aunque para funcionar en red distribuya palmaditas en la espalda y gratificaciones, intentando recrear aquel sentido del «nosotros» tan raro en el breve espacio de una experiencia de trabajo.

Las plataformas que ofrecen servicios para «hacer red» gratis son el último invento del capitalismo para aumentar la productividad. Cada momento pasado en las redes privadas es tiempo de trabajo, así que, con la ostentada gratuidad, se recompensa a los usuarios por su trabajo continuo. Si Linkedin y otras redes análogas sirven explícitamente para finalidades relacionadas con el trabajo, también Facebook se utiliza frecuentemente para trabajar. Es una oficina en la que habitamos, repleta de juegos que sirven para

hacernos trabajar lo más posible. De hecho se desarrollan aplicaciones dedicadas al *marketing* en los *social media*, que buscan la integración y la correspondencia de las redes de afinidad con las redes productivas. Por eso es fundamental poder disfrutar de los tiempos de no trabajo, y no obsesionarse con el imperativo de la productividad. En realidad, la mayor parte del «hacer red» está constituido por tiempos muertos, incomprensiones, tiempo fáctico[150] y fatiga para ensamblar, conciliar o volver soportables las divergencias que se manifiestan bajo la forma de conflictos. En suma, la red no es productiva si no se la organiza jerárquicamente. Las redes descentralizadas y autónomas no están hechas para el trabajo ni para el crecimiento ilimitado. Una organización reticular puede quizás producir mejor, mientras que una red autónoma no produce mejor y más pues distribuye los recursos de manera no economicista. Más aún cuando el interfaz relacional es casi del todo o exclusivamente virtual. Es muy difícil y muchas veces agotador colaborar *online* sin encontrarse en «*real life*». El trabajo *online* puede ser extremadamente ineficiente y lento, requiere muchísima paciencia más y disponibilidad para la escucha que el trabajo *offline*.

Además, las redes autónomas, al contrario de las organizaciones reticulares, que cuentan con una sólida y preexistente introducción en el mundo tecno-burocrático, encuentran enormes dificultades para ser reconocidas por parte de las instituciones, como es el caso de la literatura, las artes o la investigación académica. La ciencia participativa es un ámbito de gran interés para el desarrollo de dinámicas de colaboración. No se trata de poner a disposición una parte del propio ordenador y del propio espacio de banda para contribuir a la inves-

---

[150] La función fáctica, en el análisis de la comunicación de Roman Jakobson, sirve para establecer el contacto y verificar que el canal de comunicación funcione. Decir «dígame» en el teléfono pertenece a la función fáctica. Todos los preliminares típicos de una función de comunicación compleja grupal, como una asamblea (preparar el espacio, resumir el orden del día, etc.) son asimilables a la función fáctica. Cuando los grupos utilizan instrumentos tecnológicos digitales, la verificación de la funcionalidad del sistema ocupa con frecuencia mucho más tiempo respecto a los sistemas *offline*.

tigación astronómica o genética, sino de interesarnos en el mundo que nos rodea. Las personas curiosas y apasionadas de un argumento pueden colaborar con científicos expertos para elaborar una comunicación científica comprensible, aunque de alto nivel. Encerrados en su saber especializado, los expertos difícilmente consiguen expresarse de forma simple pero no banal: sería como malvender su competencia, divulgando su saber. Los curiosos inexpertos, al revés, al no tener una posición que defender, pueden traducir el discurso de expertos amigos, haciendo comprensible un argumento difícil. Por supuesto, la traducción de una jerga especializada a un lenguaje accesible para un público más amplio conlleva cierto grado de aproximación, incluso de traición respecto al discurso inicial, pero esta es la única manera de poner las bases de una educación científica no profesional[151]. En este sentido hay que dar transparencia a los procesos de construcción de un saber compartido. Una participación real exige la puesta en práctica de procesos de formación difusa, en la que las personas puedan implicarse directamente.

En política es más evidente aún: las experiencias recientes de indignados, Anonymous y Occupy muestran una vez más que las instituciones detestan vérselas con estructuras amorfas, sin jefes, sin jerarquías, porque, desde su punto de vista, cuando todos son responsables, nadie lo es[152]. En estos casos, resulta más fácil presentarse

---

[151] Véase Beatriz da Costa, *Amateur Science. A threat after all?*, 2005, free download. http://www.beatrizdacosta.net/files/threat.pdf ; Brian Martin, «Grassroots Science», in Sal Restivo (ed.), Science, Technology, & Society: An Encyclopedia, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 175-181, http://www.bmartin.cc/pubs/05Restivo.html

[152] En efecto, la imposibilidad de reconstruir la responsabilidad es la verdadera razón de la extensión del modelo de organización reticular que adopta interfaces virtuales. Los *call center* para la «satisfacción del cliente» son el ejemplo más evidente, casi repetitivo: ya no me funciona la conexión a la red, me dirijo a la asistencia del *call center*, donde efectivamente nadie es responsable del mal funcionamiento, la culpa siempre es de cualquier otro, de otra compañía que ha conectado mal los cables, etc. Las organizaciones reticulares se presentan así a los usuarios como si no hubiera un jefe, como estructuras del todo amorfas en las que nadie es responsable de nada (sobre todo en caso de quiebra), mientras que a las instituciones que las financian se presentan como sólidas realidades fiables y bien estructuradas.

camuflados a la institución, constituyendo una identidad pública creíble sólo de fachada (una asociación, etc.). Aunque en muchos casos el coste de la burocracia de una identidad pública es insoportable para una red autónoma: ¿quién quiere cargar con el aburrimiento y con el coste de la burocracia necesaria para tener una identidad pública? Una alternativa es hacer emerger el individuo particular, el que debe vender como propia la creación del grupo. Es el estilo de Wikileaks, declarar que es el responsable, el autor, en definitiva el jefe, para satisfacer la sed de «historias de éxito» de los medios. Esto requiere la máxima confianza recíproca, y por supuesto es un arma de doble filo, especialmente para las redes organizadas que tienen una orientación más radical, porque el particular se la juega con la Ley, o bien puede sucumbir al *star system*.

Por último, las redes autónomas, para mantener una organización realmente horizontal sin embotarse, no pueden crecer más allá de un cierto límite. Para seguir valorando las diferencias, cada participante debe asumir realmente la responsabilidad y, por tanto, el número de los nodos implicados debe ser muy bajo. Esto quiere decir que difícilmente alcanzan esa masa crítica necesaria para poder hablar de «movimiento», y sin duda no proyectan crear acontecimientos de alcance histórico. No se fijan en la economía, no usan técnicas publicitarias, pues hasta a la contrapublicidad más subversiva le toca ser reconducida rápidamente en el cauce de la sociedad del espectáculo, es decir de la prestación sin fin. Se ocupan más de sí, de sus relaciones, de sus proyectos.

El tiempo de la red autónoma es un tiempo de no-trabajo, un tiempo de no-productividad[153]. Es tiempo liberado y libre, y la libertad no es productiva. En ocasiones, puede ser creativa. La premisa indispensable es que cada individuo de la red sea lo más posible autónomo, competente e interesante para los demás, y por supuesto

[153] Geert Lovink, *The principle of Notworking*, discurso inaugural en Hogeschool van Amsterdam, 2005.

interesado en la puesta en común. Es exactamente lo contrario del ciudadano condescendiente del Mundo Nuevo de Huxley. Una red organizada autónomamente no dejaría que se infiltraran en ella *socialbots* como sucede con Facebook, al menos hasta que cada uno se mantenga irreducible a su perfil digital.

Las redes sociales como Facebook son, al contrario, la expresión máxima del capitalismo reticular que consigue volver productivo el tiempo incluso en *Farmville*. El tiempo transcurrido en Facebook para jugar en el espacio no es ni mucho menos ocio creativo, todo lo contrario, es tiempo que pasa a incrementar la explotación de la perfilación por medio de nuestra actividad. Se trata de participar en masa en la construcción de un mundo privado en el cual somos huéspedes con acceso gratuito a las herramientas comunes de trabajo.

La explotación de la libido es un proceso ya iniciado hace tiempo. Los alfiles de la economía del don en la red olvidan siempre decir que el verdadero don es el de los usuarios, quienes cada día regalan su tiempo a empresas privadas que se lucran con sus datos. Un don quizás inconsciente para millones de individuos, pero que tiene un valor económico extraordinario, al menos en el plano de la masa.

La participación de masa

El ejemplo de colaboración en masa más conocido es Wikipedia, la enciclopedia universal que hoy cuenta con millones de entradas en decenas de idiomas, creadas gratuitamente por miles de colaboradores. Se trata de un gran experimento que presenta muchos aspectos de innovación con respecto a los modelos tradicionales. No vive de publicidad sino de donaciones, caso único para uno de los sitios más visitados y utilizados del mundo. Su mérito principal es poner el acento en las motivaciones no económicas que conducen a las personas a colaborar en un proyecto, más allá de la caduca retórica de la economía del don. Es más bien una economía del reconocimiento y

de la atención, pues los colaboradores de Wikipedia están motivados sobre todo por el deseo de reconocimiento por parte de sus pares y por la necesidad de dar un sentido a las competencias individuales para que sean reconocidas de forma difusa[154].

No faltan puntos críticos. El grupo de los colaboradores de Wikipedia empieza a comportarse como censores, desea diferenciarse del conjunto de los usuarios en lugar de construir críticamente su propia identidad. En su interior empiezan a manifestarse lógicas hegemónicas y de dominación; hay conflictos entre los colaboradores, y el cuento de la participación de masas se da la vuelta en la construcción de sofisticadas tecnoburocracias reguladoras del acceso. Sobre todo, hay que desmitificar Wikipedia como resultado de la colaboración entre seres humanos unidos por un mismo ideal: mucho más relevante, incluso en términos numéricos, es la colaboración entre seres humanos y *bots*. Los *bots* son pequeños programas informáticos que realizan tareas automatizadas sin la intervención humana; *Rambot*, por ejemplo, ha creado casi treinta mil artículos sobre ciudad, extrayendo los datos del CIA World Factbook y del registro USA. Hasta hoy los *bots* han creado más del 20% del total de los artículos de Wikipedia, generando un complejo experimento socio-técnico en el cual la idea de «Parlamento de las cosas» de Bruno Latour tiene más vigencia que nunca[155]. Seamos entusiastas

---

[154] Felipe Ortega, Joaquín Rodríguez, *El Potlatch digital – Wikipedia y el triunfo del procomún y el conocimiento compartido*, Madrid, Cátedra, 2011.

[155] Existe un amplio abanico de temas, bastante complejos desde el punto de vista técnico, pero centrales en el debate político y social, que se suelen delegar en los expertos porque considerados demasiado complejos para la gente común. La fabricación de Organismos Genéticamente Modificados (OGM), la construcción de Internet, el uso de la energía nuclear, los fármacos para facilitar el aborto son los ejemplos más concretos. OGM, *software*, centrales nucleares y fármacos son productos de la tecnociencia y actores de pleno derecho en el juego de construcción de la realidad. Estas cosas se crean desde cero y acarrean problemas impensables (el agujero en el ozono, la colaboración humanos-*bots*, la peste aviar, en el futuro la vacuna del SIDA...) y no encuentran un lugar adecuado en nuestro imaginario porque hemos delegado en los técnicos su gestión. Además del ya clásico de Bruno Latour, *Il culto moderno dei fatticci*, Roma, Meltemi, 2005, véase la excelente panorámica de Laura Bovone, «Dai fatti ai «fatticci»: conoscenza scientifica e senso comune oggi», en *Studi di sociologia*, 2, 2008, pp. 137-157.

o detractores de Wikipedia, no cabe duda de que la interacción social en tales sistemas está mediada por procesos codificados y automatizados, y por tanto cuestiones delicadas como la fiabilidad de los conocimientos se entregan para su gestión en medida cada vez mayor a las máquinas. ¿De qué manera se establecen jerarquías evolutivas entre contribuciones fiables y no, humanas y mecánicas? La validación de las fuentes, la redacción de protocolos para solucionar conflictos, la responsabilidad de las políticas de utilización de los recursos comunes son todos puntos al orden del día.

En su conjunto, a pesar de las enormes diferencias, la lógica interna de Wikipedia no se aleja de la del gran cuarteto de los mundos digitales, Amazon, Facebook, Google y Apple: es la lógica de la acumulación, de los grandes números, de la fuerza de las masas. Sin ser *broadcast,* al igual que los medios tradicionales aspiran a la hegemonía, se pelean entre sí porque quieren conquistar un público más grande, un consenso más amplio[156]. Incluso si se exalta la «larga cola» de millones de individuos insatisfechos de la comunicación de masas, se portan como agregadores interesados en la cantidad mucho más que en la calidad. Sostienen de hecho el oxímoron del elitismo de masas.

Si para conformar un grupo de afinidad es esencial un número limitado de participantes, ¿están las masas condenadas a la trivialidad, aplastadas entre la promoción y la auto-explotación? Según James Surowiecki, no. En su *La sabiduría de la multitud*, Surowiecki intenta mostrar, de forma ideológica, cómo un grupo de personas elegidas al azar posee colectivamente competencias superiores que las que posee una o más personas extremadamente inteligentes y

---

[156] El entusiasmo que rodea las guerras para el predominio tecnológico sigue siendo sorpresivo. Se trata de una herencia del peor espíritu de competición capitalista: la idea de que los usuarios se beneficiarían de la competencia sin frenos, decantándose por este o aquel líder carismático; véase el cuidado análisis de Farhad Manjoo, «The Great Tech War Of 2012 – Apple, Facebook, Google, and Amazon battle for the future of the innovation economy», *Fast Company*, 19 Ottobre 2011, http://www.fastcompany.com/magazine/160/tech-wars-2012-amazon-apple-google-facebook

preparadas. El concepto de sabiduría de la multitud no implica que un grupo tenga siempre la respuesta justa, sino que por término medio dará una respuesta mejor que la que podría dar un individuo, es decir que una multitud heterogénea podrá tomar decisiones mejores que un experto. Ya hemos resaltado la exigencia de poner en discusión el *expertise*, es más, de poner el poder de los expertos en su contra. Cuando el conocimiento técnico está reservado o delegado tan sólo a los expertos especializados, estos pierden rápidamente la capacidad de percibir la responsabilidad global en el uso de los saberes-poderes. Cada uno de ellos se relaciona solamente con su propia parcela, con sus propios clientes y con lo que le interesa a su *lobby*. En paralelo, los ciudadanos, las personas comunes, pierden el acceso al conocimiento mismo. He aquí por tanto las condiciones para la sabiduría colectiva difusa (las cursivas son nuestras):

> *diversidad de opinión* (uno tiene una información que los demás no poseen, aunque se trate de una interpretación extravagante de hechos de dominio público), *independencia* (las opiniones de una persona no están condicionadas por las de los demás), *descentramiento* (especialización y capacidad de aprovechar las capacidades específicas), y *agregación* (existe un mecanismo capaz de transformar un juicio personal en una decisión colectiva)[157]

Surowiecki subraya la importancia de la diversidad (un «valor en sí mismo») y de la independencia, porque las mejores decisiones colectivas nacen del desacuerdo o del conflicto, y no del consenso y del compromiso. Aprovechando numerosos y convincentes ejemplos (la construcción del sistema operativo GNU/Linux, la colaboración entre laboratorios de investigación de todo el mundo en el descubrimiento del SARS[158]), el autor muestra que, aunque parezca paradójico por el *habitus* mental de una mayoría dirigida por una minoría represen-

[157] James Surowiecki, *Cien mejor que uno : La sabiduría de la multitud o por qué la mayoría es más inteligente que la minoría*, Barcelona, Ediciones Urano, 2005.
[158] Síndrome Respiratorio Agudo Severo, http://es.wikipedia.org/wiki/S%C3%ADndrome_respiratorio_agudo_severo

tativa, la inteligencia de un grupo es mejor cuando cada uno de sus integrantes piensa y actúa de la manera más independiente posible. La autonomía individual es la clave de un buen colectivo, siempre y cuando se acuerden normas de puesta en común funcionales.

Si observamos la actividad concreta de un individuo que entra en relación con una red en vías de organización, enseguida nos damos cuenta de que no sólo se trata de tomar decisiones, sino sobre todo de disfrutar de un recorrido común, de experimentar el placer del reencuentro, del encuentro con lo desconocido en una plan compartido, del encuentro con el otro, y, a menudo, tan sólo de estar juntos entre la armonía y el conflicto. La multitud se torna interesante solamente cuando nos acercamos y descubrimos las diferencias que la conforman, las historias que se entrelazan para producir una narración colectiva. Vistas desde lejos, las personas no son más que números en una hoja estadística, puntitos sin relevancia[159]. La participación resulta interesante tan sólo si los individuos están involucrados en un proceso de desarrollo personal. Entonces, ¿cómo se procede en el marco de los mundos digitales? No de manera distinta que lo hacemos *online*. Nos viene bien seguir utilizando a Surowiecki a su pesar, puesto que no compartimos lo más mínimo su desproporcionada confianza en las masas, ni tampoco su preocupación por el *business*.

> La diversidad es más importante en los grupos pequeños y en la organizaciones informales que en los grupos más amplios, como los mercados o las bases electorales, por una razón simple: las mismas dimensiones de la mayoría de los mercados, junto con el hecho de que cualquiera que tenga dinero puede entrar (no hace falta ser aceptados o fichados), garantizan en todos los casos un cierto nivel de diversidad[160][...]

[159] Véase el discurso acerca del valor de la vida humana en el largometraje *El tercer hombre* (1949) de Carol Reed, en el memorable diálogo entre Orson Welles y Joseph Cotten, encima de la noria del Prater de Viena. Desde lo alto de la noria, los puntitos humanos que se agitan abajo no tienen ningún valor, son perfectamente intercambiables; si alguien dejara de moverse, desde luego no sería un problema.

[160] James Surowiecki, cit.

La cuestión de las dimensiones está por tanto en estricta conexión con la cuestión de la economía. Una larga tradición de pensamiento revela que el proyecto de la economía, literalmente «regla-norma-ley de la casa-ambiente (y, por extensión, del habitar)», contrasta de manera irreducible con la ecología, con el «discurso casa-ambiente-habitar». En resumen, un discurso que se origina en lo económico no puede tener por objetivo el bienestar social, ni siquiera declarándolo, puesto que sociabilidad y economía son discursos opuestos, aunque no faltan intentos, muchas veces afortunados, de cooptación de las prácticas de la ecología social en el marco económico. Una supuesta «nueva tecnología» en condiciones de realizar el bienestar difuso es por lo general una buena opción para aprovechar las energías disponibles[161]. Es la misma convicción de la *Wikinomics* (economía del wiki) de Tapscott y Williams, o de la *Socialnomics* (economía social), de Qualman[162]. Se trata de nuevas teorías económicas y sociales basadas en la colaboración, en lugar de la competición. La idea, publicitada como si de un descubrimiento memorable se tratara, consiste en que la colaboración social genera un valor añadido mayor con respecto a la competición. Observación del todo banal en ámbitos no empresariales, pero que resulta efectivamente innovadora en el mundo de los negocios. También la *wikinomics* se basa en cuatro principios: la apertura, el *peering* (organización «autónoma» de las personas en el contexto empresarial), la puesta en común (las empresas ponen a disposición de su «ecosistema» de cliente-proveedor-*partner* sus conocimientos-competencias, para

[161] Panorámicas óptimas sobre la ambigüedad tecnológica en el marco de la ecología social son «Dos imágenes de la tecnología» y «La matriz social de la tecnología», respectivamente los capítulos IX y X de Murray Bookchin, *La ecología de la libertad* , Madrid, Nossa y Jara Editores,1999.

[162] Don Tapscott, Anthony D. Williams, *Wikinomics. La collaborazione di massa che sta cambiando il mondo*, Torino, Etas Libri, 2007. *Macrowikinomics. Nuevas fórmulas para impulsar la economía mundial*, Paídos 2011. Aún más incomodo es el ensayo sobre la revolución social (del *business*) de Erik Qualman, *Socialnomics: How Social Media Transforms the Way We Live and Do Business*, Wiley, 2009.

favorecer dinámicas sinérgicas de crecimiento) y la acción global (ausencia de límites geográficos: el *business* está por doquier).

El concepto más interesante, que pone en evidencia la transformación del equilibrio dinámico ecológico en explotación económica, es el de apertura, derivado de la domesticación neoliberal del concepto de libertad. Al igual que la libertad del *free software* era incómoda para el libre mercado y ha sido rápidamente transformada en apertura en el ventajoso negocio del *open source*[163], asimismo la empresa, tradicionalmente cerrada y dedicada a la competición, consigue su presunta libertad de mercado a través de una apertura al exterior. De igual manera, la sociedad abierta viene publicitada como un producto automático de la apertura libertariana de la sociedad *online*.

Hoy las empresas tienen confines «porosos» y cada vez menos definidos. Se abren al *outsourcing*, desaparece la rígida separación entre tiempo libre y tiempo ocupado, no porque la tecnología sustraiga tiempo a la producción en beneficio de la sociabilidad, sino en el sentido de que se aprovecha cada instante. Sabemos perfectamente que empleados equipados con móviles de empresa y constantemente conectados son alcanzables en todo momento, que están siempre en contacto entre sí, que son siempre productivos aún cuando no están retribuidos. Son por tanto autores siempre activos y escasamente reconocidos, verdaderos siervos de la autoexplotación global de la *wikinomics*, autómatas que escriben sin solución de continuidad la inmensa novela en serie de la cultura digital, incluso sintiéndose partícipes de la Inteligencia Colectiva de las Redes, hasta llegar al absurdo imperativo, completamente huxleyano, de participar en el bienestar común ejerciendo su poder de consumidores. Si el crecimiento es necesario, y si todos tenemos que contribuir a que la economía marche, es probable que en breve se llegue a considerar inmoral el hecho de no estar endeudados, y los llamamientos al decrecimiento sean castigados como si de programas subversivos se tratase.

---

[163] Ippolita, *Open non è free*. op. cit., cap. IV *La strategia economica dell'open source*, pp. 83-101.

Si las masas son tan inteligentes y colaboradoras entre sí, se podría imaginar que el activismo de teclado sea un fenómeno residual, y que a lo mejor la democracia de masas esté a la vuelta de la esquina. Lamentablemente no es así, pues no siempre un grupo funciona mejor que un individuo. La suma de individuos particulares casi intercambiables entre sí, dotados de escasas competencias, poco dispuestos a ponerse en discusión, con poco tiempo disponible para dedicarlo a la construcción de un mundo común, podrá incluso generar muchos clics en los *banners* publicitarios, pero seguramente no generará una participación colectiva esperanzadora.

Antes de que Silicon Valley enloqueciera por la sabiduría de las masas, los psicólogos sociales de tiempo atrás habían descubierto que los individuos en grupo pueden expresar una eficiencia menor respecto a cuando trabajan solos. La sinergia no es un reflejo condicionado. En 1882, el ingeniero agrícola Maximilian Ringelmann dirigió un experimento en la campiña francesa: cuatro personas tenían que tirar de una soga, primero todos juntos, luego uno por uno; la cuerda colgaba de un dinamómetro para medir la fuerza de tracción ejercida; Ringelmann se sorprendió constatando que la suma de las fuerzas de tracción individuales eran notablemente mayores que de las del grupo. Muchos otros estudios han confirmado el efecto Ringelmann, es decir, que normalmente nos esforzamos mucho menos en una tarea cuando la llevamos a cabo junto con otros. Especialmente, este efecto anti-sinérgico se produce cuando se trata de tareas sencillas, repetitivas, en las cuales cada uno es sustituible y todos son formalmente importantes pero nadie marca la diferencia: aplaudir en un espectáculo, votar, compartir un *link*, decir «me gusta». Cuando falta la valoración de las diferencias individuales, el aumento del número de los participantes frecuentemente produce resultados progresivamente peores. La presión social referida a las características peculiares de cada uno disminuye. ¿Por qué ponernos en juego apasionadamente, cuando cualquiera en nuestro lugar puede decir «me gusta»?

En una multitud no hay razón para distinguirnos, pues la identidad grupal está determinada por la homologación, no por la excepcionalidad. Banalmente, un individuo atomizado formado incesantemente para ser intercambiable al máximo nivel con cualquier otro átomo, debe desarrollar características estándar para ser apetecible en el mercado global, en una reproducción infinita de lo idéntico con variaciones mínimas, ya previstas por el sistema de perfilación. Un individuo autónomo será, al contrario, tanto más interesante cuanto más único, dotado de características particulares, mezcla irrepetible de distintos ingredientes y experiencias. Resulta lógico pensar que tal individuo participará en distintos grupos no por autopromoción, sino por el simple placer de intercambiar y estar con individuos afines. Pertenecer a una comunidad, a una red organizada como un «nosotros», quiere decir entonces que uno se siente representado, no porque tenga derecho de veto o poder de voto, sino porque influye directamente en la red, influye en los otros y se deja influenciar. Cambia y produce cambios, estratificando una historia común. Se trata de un equilibrio dinámico y complejo por necesidad, en el cual los límites recíprocos son objeto de renegociación continua.

No se pueden imaginar individuos ya hechos de una vez por todas, determinados por principios absolutos como los actores del mercado libertariano, que intervienen en grupos perfecta y completamente codificados, adhiriéndose del todo a un manifiesto o bien a una declaración de intenciones. Por otra parte, hasta las competencias más especiales de un individuo deben hallar la manera de armonizarse en una red organizada, porque salirse de la dimensión de masa no quiere decir bajar el control. Todo lo contrario: el control capilar existe seguramente también en los pequeños grupos, es más, quizás justamente en las pequeñas dimensiones es donde alcanza su mayor intensidad. El error de una sola persona puede determinar el fracaso de todos, el malestar de uno puede contagiar a los demás, los conflictos pueden corromperse hasta oscurecer todo aspecto positivo.

Existe una gran diferencia entre un control gestionado por los sistemas automatizados con fines de lucro, como es el caso de la perfilación de masas, y el control recíproco de los miembros de un pequeño grupo. En un grupo de afinidad las relaciones que dan vida a la red son otras tantas relaciones de confianza. Se puede confiar en el juicio ajeno utilizando el grupo como espejo, de manera que el control social puede ser una forma de garantía de la autonomía individual, sobre todo en los momentos de desaliento y cansancio, cuando al individuo le falta lucidez o se porta de forma improvisada, aburrida, destructiva. Son los demás, como depositarios de una historia compartida, y por tanto también de nuestra historia, quienes nos recuerdan que no siempre hemos sido presa de la desesperación, del sufrimiento. En el pasado, hemos contribuido significativamente, y también podríamos hacerlo en el futuro. El bien que circula en una red organizada es la atención, el reconocimiento por la creatividad individual. Lo que crea un valor inestimable es el tiempo dedicado exclusivamente o prioritariamente a tejer esa relación.

Más allá de la tecnofobia: construir tecnologías convivenciales

El verbalismo tribal planetario, la «aldea global» de tribus imaginada por McLuhan ya se ha realizado. Es un mundo balcanizado, compartimentado en círculos individuales gestionado por Megamáquinas privadas. Los aparatos técnicos se emplean como extensiones para reforzar las capacidades de los órganos corpóreos humanos, porque «la tecnología forma parte de nuestros cuerpos», es imposible prescindir o desprenderse de ella. El análisis del mismo McLuhan respecto a un sistema de dominación tan amenazador debería resonar en nosotros como una señal de alarma:

> Cuando nuestros sentidos y el sistema nervioso hayan cedido a la mani-

> pulación privada de aquellos que sacarían beneficio hipotecando nuestros ojos, orejas y nervios, prácticamente ya no nos quedará derecho alguno.[164]

Más que de pérdida de derechos civiles, se trata de la pérdida de la autonomía personal en forma de competencias perdidas o jamás desarrolladas. Sin embargo, cuando han pasado casi cuarenta años de las lúcidas visiones del sociólogo canadiense y debería ser evidente el coste insostenible de esta ubicuidad mutilada, la deriva tecnócrata nos envuelve en espirales de delegación cada vez más vinculantes. Somos terminales sensibles de una red planetaria cuyo proceso de integración parece imparable. Aun cuando se reconocen los enormes problemas que la adopción indiscriminada de las tecnologías engendra, las vías de fuga no convencen.

No hay que dejarse engañar por la acuciante petición de alternativas válidas, sobre todo si proceden de una rabiosa pretensión de inmediatez y funcionalidad para todos. Lo que hace falta indagar es la necesidad personal, el deseo individual y su satisfacción, real e imaginaria. Claro que si se quiere algo poderoso y grande como Google o Facebook, la alternativa no existe. La única alternativa a Google, que funcione rápida y eficazmente como Google, sólo puede ser otro Google, igual que la alternativa a Facebook, que funcione como Facebook, sólo puede ser otro Facebook. Hacen falta muchas alternativas concretas, muchas soluciones locales y diversificadas, pues lo que no funciona es el gigantismo, la ideología del crecimiento ilimitado no llega a ninguna parte. Y la transparencia radical no nos está liberando.

Hay que tomar al pie de la letra el eslogan más famoso de McLuhan: «el medio es el mensaje». Un mismo mensaje difuso con medios diferentes no queda intacto. Ahora bien, en la sociedad digital el medio, y por tanto el mensaje, somos nosotros mismos. A

---

[164] Marshall McLuhan, *Understanding Media: The Extensions of Man*, MIT press edition, 1994. *Comprender los medios de comunicación, las extensiones del ser humano*, Barcelona, Paidós 1996.

fuerza de debatir a favor o en contra de las tecnologías digitales no nos hemos enterado de cuán profundamente ya nos han modificado. Debemos volver al cuerpo y darnos cuenta de que, con nuestras memorias almacenadas *online*, nuestros cuerpos tienden a materializarse en esos mismos lugares. Adaptarse al mundo virtual significa literalmente ser absorbidos y volcados *online*. La impalpable ligereza de los bits anda pareja con la pesadez de los *data center* por todas las partes del planeta, preferentemente en zonas templadas o frías, pues los ordenadores generan calor y necesitan refrigeración[165]. Los *data center* son enormes naves industriales repletas de *hard disk* conectados entre sí, frágiles monumentos de memoria total que consumen cantidades industriales de energía (en 2011 el 3% del consumo total de Estados Unidos[166]). El impacto ambiental es devastador. Tampoco el *cloud computing* resolverá nada, porque el crecimiento acelerado de las cantidades de datos convierte en inútil todo intento de limitar los desperdicios. Cada vez que entramos en nuestros perfiles *online* para verificar que existimos, hay un ordenador enchufado en algún lugar junto con el nuestro, y muchos más ordenadores que median nuestro recorrido en red, miles y miles de kilómetros de cables, para conectarnos a nuestro cuerpo *online*.

Lo que ha posibilitado la rápida transformación de millones de usuarios en terminales sensibles, totalmente no aptos para vivir en un mundo sin Web, ha sido la extraordinaria capacidad de adaptación del cuerpo humano. Hasta aproximadamente la mitad del siglo XX, la fuerza física ha sido un parámetro relevante para evaluar la capacidad de un ser humano de actuar en el mundo. Se ha realizado la promesa de la tecnología de hacer menos gravosa la vida, pero sólo para la parte más rica de la población mundial, que

[165] Islandia, por su gran disponibilidad de energía geotérmica e hidroeléctrica, y por el frío natural, se ha convertido en la meta preferida de las grandes empresas que construyen esos monstruosos centros de acumulación informática. http://www.itworld.com/datacenterservers/213395/what-s-behind-iceland-s-first-major-data-center

[166] Véase la relación de la sociedad de evaluación independiente Verdantix, 28 de septiembre de 2011, Carbon Strategy Benchmark: Internet Sector.

se ha adaptado a vivir entre teclados y pantallas. Todos los demás aspiran a participar en masa del mundo del bienestar, encarnado en las decenas de miles de bienes de consumo elegibles. Y es que el culto del consumo requiere la encarnación constante en los objetos disponibles, que de hecho son verdaderos apéndices de la identidad. Incluso el espacio ocupado en los servidores remotos no es sino un *status symbol* de la identidad; ocupando mucho espacio *online*, estamos gestionando un cuerpo que supera los límites de lo físico, un cuerpo que, en los *social media* privados está sometido al *default power*, es decir a modificaciones forzadas no solicitadas: un cuerpo digital que no pertenece a los usuarios, quienes solamente pueden gestionarlo observando reglas impuestas desde el exterior. Por otro lado los cuerpos no digitales de los usuarios han sido plasmados según las exigencias del mundo tecnológico, que requiere escasa fuerza física y notables capacidades cerebrales. Google Earth es nuestro ojo omnipotente, pero podemos utilizarlo gratuitamente sólo hasta que se nos permita, y mientras tanto nuestros ojos reales se van deteriorando delante de la pantalla.

El cerebro, como todo el resto del cuerpo, ha sufrido modificaciones espectaculares. Hasta hace pocas décadas, se le consideraba un órgano estático, una vez terminada la fase del desarrollo. Sin embargo, el cerebro es elástico, extremadamente dúctil. Continúa modificándose a lo largo de toda la vida, y aunque las neuronas perezcan, entre las neuronas existentes se siguen creando nuevas conexiones. Las sensaciones que tenemos cuando repetimos una experiencia se sedimentan a nivel físico, dando lugar a nuevos recorridos neuronales, mientras que circuitos poco utilizados se borran como senderos olvidados. Y no sólo esto: incluso pensar en llevar a cabo una acción, vivir o revivir una situación, provoca cambios en la conformación cerebral. Una vez adquirida una nueva conformación, es difícil volver a la anterior. En la mediación social de Internet lo que se convoca casi exclusivamente es el ojo, un órgano conectado directamente y de forma privilegiada con algunas

áreas del cerebro, mientras que el resto del cuerpo se queda inactivo. Así que el cerebro se va modificando y nosotros percibimos el mundo de forma completamente diferente[167].

El cerebro es un músculo que, a fuerza de ser alimentado con relaciones superficiales, genera hipertrofias malsanas, a la vez que va perdiendo otras capacidades. Al igual que el *junk food* es una droga capaz de cargarse el metabolismo, asimismo las comunicaciones basura contaminan los cuerpos, y cuesta mucho volver a adquirir las capacidades perdidas[168]. La concentración del pensamiento profundo requiere tranquilidad y atención; está probado, además, que las capacidades cognitivas van mejorando a medida que se vive en un ambiente natural[169]. Las cualidades imaginativas más complejas, como la empatía y la compasión, necesitan de tiempo y cuidado para afinarse. La percepción del dolor físico ajeno, manifiesto en la expresión corporal, estimula reflejos de cercanía emocional mucho más rápidos que la percepción del sufrimiento psicológico, cuya representación resulta más compleja[170]. En el plano de la creatividad, el desarrollo de una visión moral y estética común exige una disponibilidad enorme en términos de tiempo y de escucha. Resulta fácil indignarse por el espectáculo de la injusticia del mundo, pero no se pueden compartir sueños y utopías a través de instrumentos tecnológicos que generan desatención.

Nuestra dimensión social no está necesariamente determinada por las tecnologías actuales. El teléfono móvil se ha vuelto impres-

---

[167] Alvaro Pascual-Leone, Amedi A, Fregni F, Merabet L, «The plastic human brain cortex» *Ann Rev Neurosci* 28: 377-401 (2005) http://tmslab.org/includes/alvaro_1.pdf

[168] Véase la buena panoramica del ex-tecnófilo Nicolas Carr, *The Shallows. What the Internet is Doing to Our Brains*, New York, W. W. Norton & Company, 2010.

[169] Marc G. Berman, John Jonides, Stephen Kaplan, «The Cognitive Benefits of Interacting With Nature», Psychological Science December 2008 19: 1207-1212.

[170] Mary Helen Immordino-Yang, Andrea McColl, Hanna Damasio, Antonio Damasio, «Neural Correlates of Admiration and Compassion», Proceedings of the National Academy of Sciences, 106, nº 19, 12 maggio 2009, 8021-8026, http://www.pnas.org/content/106/19/8021.full.pdf+html

cindible, del mismo modo que los medios sociales masivos se están volviendo imprescindibles, pero no está escrito que tenga que acabar aquí. Podríamos decidir que no queremos ser unos meros apéndices de Facebook, de Google+ o de cualquier otro sistema social gestionado para nuestro bien, y, justo como con la comida, buscar algo mejor para alimentarnos. Nuestras comunicaciones podrían volverse festines que nos satisfagan profundamente, en vez de dejarnos con un vacío cada vez más insalvable.

Existe la posibilidad de una informática convivencial, es decir que promueva la realización de la libertad individual dentro de una sociedad dotada de herramientas eficaces. La conclusión lógica de esta crítica de la informática de la dominación es que «lo pequeño es bello». Claro que las dimensiones cuentan. Más allá de una cierta dimensión, es necesaria una jerarquía fija para gestionar las relaciones entre los seres humanos y los otros seres vivos y no. Y esto porque todo es relativo, es decir «en relación con». Si nos relacionamos, en vez que con diez personas en espacios limitados manteniendo relaciones únicas entre sí, con cientos, miles o millones de personas, la relatividad da paso a la homologación. ¿Qué sentido tiene tener mil amigos? No tenemos el tiempo ni las energías suficientes para valorarlos. Las relaciones significativas requieren atención y competencia, y no «distratención» y dejadez. Los seres humanos pueden tener una huella efectiva –o sea ser conscientes más o menos de lo que hacen, dónde están y por qué– de pocas decenas de personas a la vez[171]. Cuando un proyecto de participación se vuelve demasiado amplio, se empiezan a definir categorías (de género, de raza, de censo, de edad, de competencias), que acaban por ser jerarquizadas de forma estable, sin que se pueda realmente evadir del propio espacio. Varón blanco de idioma estándar. Ninguna evolución es posible si no es a través de una ruptura radical, con los subsiguientes traumas, violencias y

[171] Véase Robin Dunbar, «Coevolution of neocortical size, group size and language in humans», *Behavioral and Brain Science*, 1993, 16, 681-735, http://www.cogsci.ucsd.edu/~johnson/COGS184/3Dunbar93.pdf

revoluciones que vuelven inevitablemente al punto de partida: ese «¿qué hacer?» de leninista recuerdo, falto por su propia constitución de respuestas libertarias, comienzo seguro de la enésima revolución totalitaria, da igual si de derechas o de izquierdas.

Las Megamáquinas implican concatenaciones de tipo capitalista y despótico; generan dependencia, explotación, impotencia de los seres humanos, reducidos a compradores y siervos. No se trata de una cuestión de propiedad, puesto que

> la propiedad colectiva de los medios de producción, en este nivel no cambia nada, sólo se limita a alimentar una organización despótica estalinista. Por eso Illich opone el derecho de cada cual a utilizar los medios de producción en una «sociedad convivencial», es decir deseante y no-edípica. Esto quiere decir: la utilización más amplia de las máquinas por el mayor número posible de personas, la multiplicación de las pequeñas máquinas y la adaptación de las grandes a las pequeñas unidades, la venta exclusiva de elementos de las máquinas que los mismos usuarios-productores tienen que ensamblar, la destrucción de la especialización del saber y del monopolio profesional.[172]

Por tanto, la cuestión que hay que plantear es: «¿cómo hacer?» ¿Cuáles son nuestros deseos en relación con las tecnologías? ¿Cómo quisiéramos construir redes sociales a la medida de nuestras necesidades? ¿Con qué herramientas? ¿Qué métodos de participación y de intercambio quisiéramos utilizar?

Hay que dar un vuelco a la ideología de la transparencia radical aplicándola a las tecnologías mismas que utilizamos, a esos medios sociales que se ofrecen como inmediatos y que, sin embargo, no son más que intermediarios opacos. Es vital que el individuo conserve esferas privadas, una interioridad secreta y personalísima, no perfilada ni perfilable. Igual de vital es aprender a pasar el tiempo con nosotros mismos, en soledad y en silencio, aprender a gustarnos,

---

[172] Gilles Deleuze, Felix Guattari, *El antiedipo, capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós,2010; or. «Appendice, Bilan-programme pour machines desiderantes», *L'Anti-oedipe*, Paris, Les editions de Minuit, 1972, p. 479.

encarando el miedo al vacío, ese *horror vacui* íntimo que los *social media* intentan en balde llenar. Tan sólo los individuos que se respeten y se gusten lo suficiente -a pesar de sus debilidades- pueden encontrar la energía para construir un espacio comunicativo sensato en el que relacionarse con los demás. Tan sólo los individuos que han adquirido un saber-hacer que vaya más allá del hacer-saber, es decir unas competencias que no sean vulgares formas de autopromoción, pueden tener algo interesante que comunicar y compartir. Cabe reflexionar sobre el hecho de que una comunicación eficaz requiere capacidad de escucha de sí antes que de los demás, y lamentablemente la lógica algorítmica resulta insuficiente y mortificante. Quien tiene que volverse transparente frente a la técnica no es el individuo, es la mediación técnica lo que hay que volver transparente y comprensible para las personas. Lo que hay que explicitar son los procesos de construcción de los mundos compartidos.

Igual que expresar deseos no es un proceso automático, del mismo modo la transmisión de las competencias no es un proceso espontáneo, y articular deseos no carece de riesgos. Las relaciones se basan en la confianza y en el riesgo de que dicha confianza pueda ser defraudada, decepcionada y traicionada. Y es que la estratificación y la lentitud son elementos esenciales de las relaciones. Todas las formas de comunicación auténticas son actos complejos de puesta en común de una imaginación personal. Por supuesto la incomprensión es siempre posible, y no será la presunta claridad de la transparencia radical la que evite el conflicto. Poco sentido tiene querer partir estos procesos en ciclos lógicos y someterlos al algoritmo perfecto. La satisfacción automática de los deseos consiste en delegar en la técnica hasta la facultad imaginativa. Bienvenidos al desierto de la necesidad inducida y del deseo automático, donde ya no queda nada que imaginar.

Tenemos que verificar los procesos comunicativos y las tecnologías que los hacen posibles, explorarlos con textos y prácticas capaces de prolongar, localizar y volver a ensamblar lo social favo-

reciendo la emersión de la red de las conexiones entre los «actores sociales», que son los protagonistas[173]. De este modo, se puede seccionar transversalmente el imaginario instituido, ahora bloqueado, y volverlo a poner en marcha. La red es la «huella» dejada por el fluido social circulante, visibilizada por las «traducciones» continuas operadas por estos «actores». Seguir a los actores es indudablemente más lento y fatigoso que buscar respuestas completas o teorías unificadoras, pero es un ardid necesario que se urde para no renunciar a la complejidad de lo real. La ambición de este relato estriba en haber esbozado apenas el mapa de un territorio parcialmente inexplorado, siguiendo las relaciones entre los actores y sus traducciones-traiciones recíprocas. Por supuesto, el mapa no se corresponde con el territorio, quedan muchos espacios vacíos, susceptibles de dar lugar a nuevas asociaciones inéditas[174].

Un actor lleva a cabo acciones, es decir hace algo. Es muy distinto de un simple intermediario. Un actor no es un soporte neutro, un canal anodino para una comunicación con el exterior que lo deja inalterado e indiferente; todo lo contrario, un actor es un mediador que se ocupa de traducir y modificar, según sus peculiares características, consiguiendo transmitir de manera eficaz. Por eso una banal comunicación entre dos amigos en el chat de Facebook pone en juego las competencias lingüísticas de los individuos, así como la ideología propia de ese proyecto, protocolos de comunicación de red estratificados y extremadamente complejos, las recíprocas expectativas de quien interactúa y mucho más aspectos que no se pueden reducir al multifacético término «información».

Puede resultar extraño asociar neuronas, individuos, emocio-

---

173 Es lo que se ha intentado hacer en este texto, aplicando una metodología que responde a grandes rasgos a la propuesta de la Sociología del Actor-Red (ANT) en Bruno Latour, *Changer la societè, réfaire de la sociologie*, Paris, La Decouverte, 2006. *Dar cuenta* equivale a la *accountability* en la jerga de Latour.

174 Rosi Braidotti, *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómade*, Barcelona, Gedisa, 2004.

nes, membranas y circuitos, mundo social macroscópico y moléculas microscópicas, pero en la realidad estas cosas se encuentran unidas. Lo extraño sería intentar separarlas, adscribiendo forzosamente los individuos a la descripción socio-antropológica, las neuronas a la descripción neurológica, las membranas a la descripción biológica, los circuitos a la descripción de la ingeniería o de la informática. Llegados a este punto, sería imposible identificar sus conexiones, a no ser que recurriésemos a una quintaesencia omnipresente como es la información, *deus ex machina* del vínculo social en el paradigma de la ciencia de la información; o bien a misteriosas «fuerzas sociales», a «fuerzas psíquicas» no del todo identificadas, a evidentes, aunque demasiado complicadas de examinar, «fuerzas históricas», y a más cosas. La comunicación no transmite la información, pero permite e implica la construcción de espacios de interacción en los que se convoca al unísono a actores heterogéneos.

La colaboración puede evolucionar como tecnología convivencial en cuanto deje de contribuir al parloteo de fondo e intente crear un espacio compartido, un espacio personal y colectivo que puede ampliarse, dirigiéndose a un determinado público[175]. Cuando se convierte en una ocasión de crecimiento para los individuos, puede pasar que el territorio comience a ser concurrido, compartido, usado. Este territorio se llama colectivo, y es un sistema distinto respecto a los individuos. Es algo que antes no existía, una creación

---

[175] La escritura es una forma de comunicación que construye espacios de interacción asíncronos, puesto que, a diferencia de la palabra oral, no requiere la presencia contemporánea de los interlocutores. Sin embargo, necesita el apoyo de instrumentos tecnológicos de diversa naturaleza, desde el bolígrafo a la carta impresa, al ordenador. La escritura en colaboración hecha por medio del ordenador, especialmente a través de herramientas como *wiki*, chat y *mailing list*, es una práctica de escritura que puede brindar métodos de investigación para describir partes de la realidad en devenir. Puede, además, crear espacios en los cuales algunas cuestiones adquieren la necesaria legitimidad para ser planteadas. En el espacio social de la convivencia, construido con tal fin, los individuos pueden encontrarse, desencontrarse, posiblemente entenderse, influenciarse entre sí, crear algo conjuntamente: los individuos se ponen en juego. Véase Carlo Milani, *Scritture conviviali. Tecnologie per partecipare*, 2009.

radical: Castoriadis lo llamaría imaginario instituyente regido por una lógica magmática. Utilizar juntos una tecnología convivencial significa transformarse y transformar la realidad: la propia realidad y, en un sentido más amplio, la realidad que nos rodea.

En la metodología de las dinámicas grupales[176] el problema más relevante -a utilizar como punto de fuerza- es el de los límites de lo colectivo. En toda actividad de colaboración el límite se puede articular en sentido cualitativo, cuantitativo y temporal. Existen evidentes límites cualitativos, pues la elaboración colectiva sin duda responde poco a las expectativas particulares, al sí individual (como elaboración de un sí colectivo), en cierto sentido es más imprecisa. Esto sucede porque las percepciones (discriminaciones perceptivas o *qualia*) del sujeto individual son distintas de las del sujeto colectivo. Ambos sujetos están en devenir y necesitan de un continuo intercambio regulado. Por esta razón hacer las cosas solos es mucho más fácil y menos fatigoso que hacerlas juntos. Sin embargo, hacerlas juntos es doloroso en la medida en que hay que renunciar a tener siempre la última palabra y mediar, en tanto en cuanto la propia identidad se pone continuamente en discusión. El individuo debe confiar a otros una parte de su propia expresión; si intenta controlarlo todo, asfixia al colectivo, abogándose un rol dominante que se le echará en cara puntualmente, incluso cuando los otros se muestren condescendientes.

Es indispensable ser exigentes, aunque es fácil convertirse en guías, e, imperceptiblemente, incluso en censores. Por eso es indispensable tener siempre muy presente el método como límite positivo, un límite también cuantitativo respecto al tiempo y a las energías que se pueden emplear en una actividad colectiva. Cuando hay grandes diferencias de inversión personal en un proyecto, la armonización resultará más complicada. De hecho, en estos casos, quien invierte

[176] Marianella Sclavi, *Arte di ascoltare e mondi possibili. Come si esce dalle cornici di cui siamo parte*, Milano, Bruno Mondadori, 2003.

más no puede simplemente hacer más tapando las lagunas ajenas, reales o supuestas. Y esto, por dos razones análogas pero opuestas: en primer lugar, hacia el exterior del individuo, pues arriesgaría en eclipsar a los demás, impidiendo de hecho la autonomía difusa; en segundo lugar, hacia el interior del individuo, porque arriesgaría en asumir responsabilidades excesivas que luego, para no volverse frustrantes (lo delatan típicamente las lamentaciones del tipo « ¡tengo que hacerlo yo todo!» o «¡soy indispensable!») deberían encontrar alguna forma de reconocimiento que los demás no estarán dispuestos a ofrecer, para no descalificar al colectivo y su aportación personal. Desde un punto de vista ecológico, no siempre hacer más significa hacer mejor: la colaboración exige la renegociación continua de los límites y de las reglas que definen dichos límites.

El puro voluntarismo es ciego y en ocasiones contraproducente. Un desequilibrio sano y constructivo del caos, y el imprevisto creativo, exigen con frecuencia dar unos pasos atrás para redistribuir las energías personales en favor de los demás. No por altruismo, sino por táctica. Por un lado, hay que evitar un excesivo desequilibrio; por otro, hay que evitar también el conformismo hacia abajo, adecuándose al ritmo de quien se muestra menos entusiasta y disponible. Quien enfría los entusiasmos en la mayoría de las ocasiones tiende a imponer un punto de vista conservador, en el sentido de conocido y no útil para la superación de las dificultades. El entusiasmo debe ser alentado por la confianza, y la confianza equilibrada por la capacidad crítica, es decir por la capacidad reflexiva. Los esfuerzos recíprocos tienen que estar dirigidos a ampliar el espacio autónomo sin fomentar el deber y la necesidad, sino el placer. De lo contrario, las frustraciones tenderán a prevalecer. El deseo de dominación personal se alimenta del deseo de los otros de ser dominados, y al revés. Es por esto que el equilibrio debe ser dinámico, estar preparado para usar las energías para nuevas determinaciones, evitando la emergencia de dinámicas hegemónicas y la cristalización de las jerarquías. El estancamiento no se puede superar sin apelar al

residuo caótico, al desequilibrio hacia adelante regulado por medio de métodos compartidos.
Hay que poner también un límite positivo al retorno obsesivo al grupo, que en ocasiones debe disolverse para reconfigurarse o simplemente porque ha agotado su carga; un límite, por lo tanto, *temporal*. Las teorías llanas, las prácticas no viscosas, expuestas en identidades colectivas y exentas de puntos de apoyo y capacidad crítica, resultan tan bellas como inútiles. Son ornamentos inutilizables y no instrumentos útiles. Para dejar espacio a la autonomía del devenir hay que renunciar a la perfección y ponerse del lado del «realismo relativo» dependiente del aquí y ahora y de las técnicas disponibles en la actualidad. El *labor limae* debe frenarse en cuanto se perciba que el tiempo empieza a plegarse sobre sí y el placer del juego de la puesta en común se agota.

Facebook y las otras redes sociales nos incitan al «elitismo de masas desencarnado», que es sinónimo de totalitarismo global organizado en pequeños grupos autárquicos. A pesar de que es mucho más complejo y cansino, preferimos asumir el riesgo de nuestro tiempo, el riesgo de imaginar un mundo de tecnologías convivenciales. Todo es posible aún, nada definitivo está escrito. Todavía estamos nosotros, con nuestros deseos y nuestro tiempo para satisfacerlos, para crear algo diferente. Es el momento adecuado, también, para descolgarse, al menos un poco, de los medios sociales, apagar el ordenador, salir a la calle y empezar a construir redes sociales diferentes.

Un cuento en lugar de una conclusión

Tarde de agosto en la periferia milanesa, carne a la brasa entre amigos. Charlas agradables. Hace calor. Vendría bien algo fresco, el agua de la botella está templada porque el ayuntamiento ha cortado el suministro de agua potable cuando se ocupó la granja en 1994. La cerveza del frigorífico no es una solución adecuada pues hace

sudar mucho. Vendría bien un buen helado artesanal, refrescante. Para hacer el helado hace falta la energía eléctrica, y para conseguir la energía eléctrica hay que estar conectados a la red eléctrica. La energía se produce en las centrales petrolíferas, de carbón y en las hidroeléctricas. A lo mejor se trae desde las centrales transalpinas, porque en Italia hemos rechazado la energía atómica, aunque estamos dispuestos a todo por un helado. Ojalá se pudiese hacer el helado sin energía eléctrica. La discusión se anima: alguien sostiene que los árabes hacían el helado en el desierto, sin electricidad. Alá es grande, pero la salmuera lo es aún más. El secreto del frío estriba en la justa mezcla entre agua, sal y presión. Surge un debate sobre la naturaleza de las reacciones químicas entre agua y sal: alguien sostiene que es exotérmica, y otros que es endotérmica. Sustrae calor al ambiente circundante, o bien lo contrario. El calor, el alcohol y los mosquitos no ayudan a la lucidez de los razonamientos. Mi abuela tenía una heladería en la orilla del lago, no tenía energía eléctrica y por eso el helado lo hacía con sus manos, leche y fruta de temporada, agua y sal para enfriar. El poder de la salmuera se transmite. Se levantan voces críticas: si fuera tan fácil crear el frío, seguramente no utilizaríamos costosos frigoríficos industriales. Tan importantes conocimientos no caen en saco roto. La cuestión queda en suspenso.

Un año más tarde Giorgio, uno de los amigos participantes en esa discusión acerca de las virtudes refrigerantes de la salmuera, me envía un *mail*. Un diseñador danés ha ganado el primer premio en el concurso Bodum Design Award 2011, Dinamarca[177]. El proyecto presentado consiste en una heladera que funciona con agua y sal. Se puede hacer, según parece. Antes o después quizás encontremos en las tiendas heladeras sin cables eléctricos. Quizás el proyecto se quede sin realizar, sea comprado por una multina-

[177] http://www.louisiana.dk/dk/Menu/Bodum+Design+Award/Bodum%C2%AE+Design+award+2011

cional y a continuación encerrado en el cajón de los sueños de las tecnologías convivenciales, esas tecnologías que nacen para satisfacer necesidades reales y se concretan haciendo más autónomas a las personas que las utilizan. La tecnología puede ser un instrumento de autonomía. Depende de nuestra capacidad de jugar e imaginar soluciones creativas para nuestros deseos. Todo es posible.